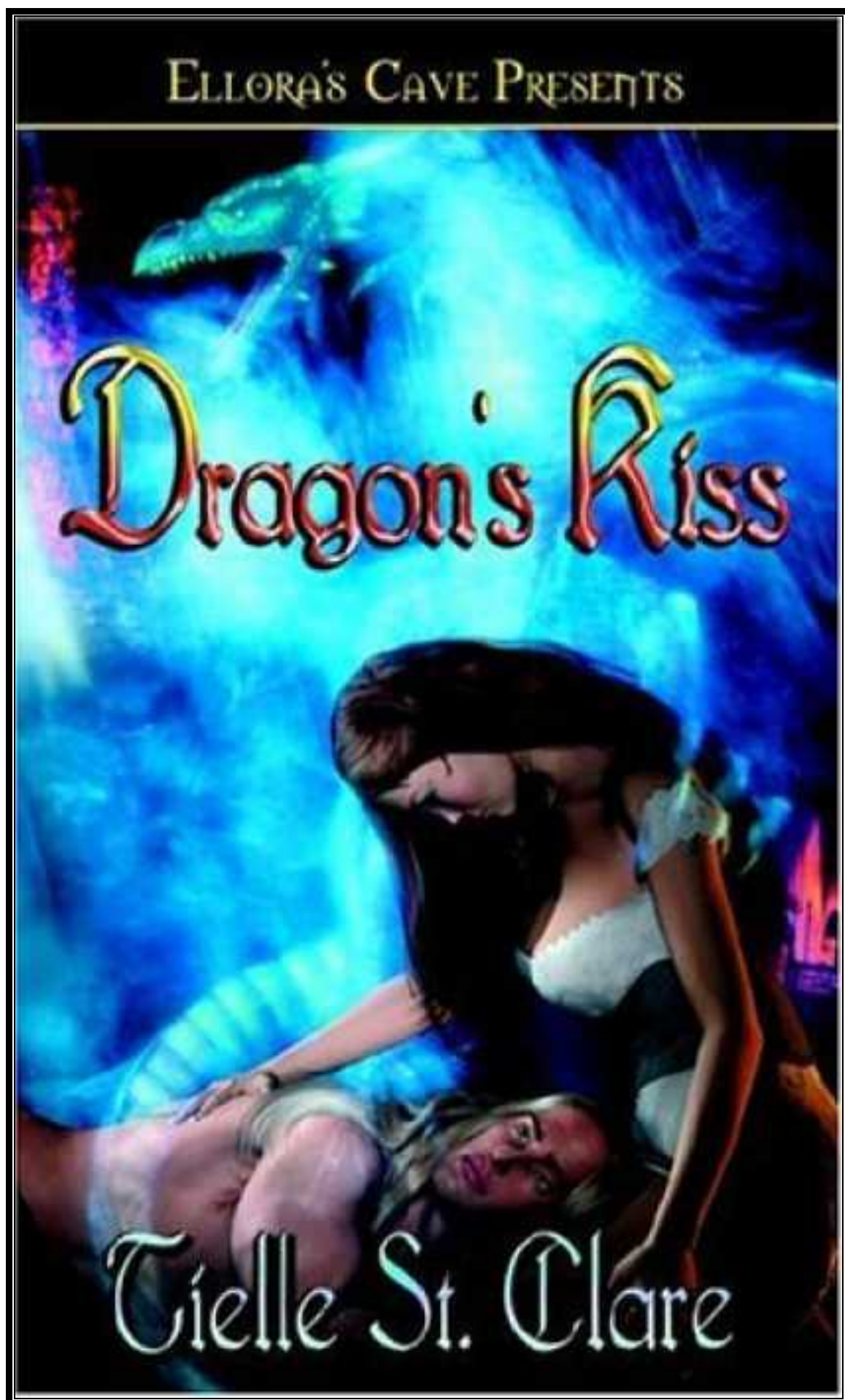




Tielle St. Clare

EL BESO DEL DRAGÓN

1º Sombra de Dragón

ARGUMENTO

Lorran estudió a los dragones durante años, esperando encontrar una manera en la que los humanos y las criaturas salvajes puedan vivir en paz. Ella conoce mejor que nadie la devastación que puede causar el mordisco de un dragón. Y cuando Kei, el Asesino de Dragones, llega herido y sangrando a su puerta, sabe que le quedan tan solo unas semanas de vida.

Kei ha sido un Asesino de Dragones toda su vida, pero cuando se convierte en la víctima de un dragón, llega a Lorran, la única humana que podría salvarle. Mientras que el veneno del dragón atraviesa su cuerpo, el deseo y la necesidad del tacto de Lorran le llena cada pensamiento. Aunque él no lo entiende, lo sabe—Lorran es suya.

Mientras que sus deseos crecen más fuertes que nunca, parece que solo Lorran puede aliviar los impulsos sexuales resaltados por el beso del dragón.

Capítulo 1

El fuego quemó su piel y abrasó su carne. Iba a sentir su toque para siempre. Ansiarlo. El calor entró en su cuerpo como una llama rugiente y derritió las congeladas profundidades de su corazón. La necesidad la llenó, cambiando su miedo en deseo.

Ella se enroscó en la cama, tratando de salir del sueño. Sabía que era un sueño, sabía que era solo su mente la que la tenía cautiva, pero no tenía ningún poder. No podía liberarse.

Mía.

La voz susurró a través de su alma y ella lo negó.

¡No!

Su sueño —corriendo por el bosque, eludiendo a la criatura que quería reclamarla, consumirla. Él estaba detrás de ella, cada vez más cerca.

—No, no, por favor.

El fuego estalló a través del cielo y la rodeó, atrapándola. Se paró, enfrentando la pared de llamas. Girando, se enfrentó a él.

La contemplaban unos ojos morados. Ojos inhumanos en los que se leía lujuria y muerte. Las llamas gotearon de su boca, lamiendo sus piernas. Sintió el calor, pero no se quemó. El largo cuello se estiró hacia delante, moviendo su maciza cabeza hacia su cuerpo. Ella tropezó tratando de esquivarle y se cayó. El áspero vestido de lana se alzó, exponiendo sus piernas hasta los muslos. Trató de bajar el material, pero la criatura ya estaba allí. Acarició con el hocico su mano, apartándola, y se adelantó, presionando de su nariz contra su sexo.

La voz de la bestia llenó su cabeza.

Mía.

—¡No!

El grito de Lorrán rompió el sueño. Se despertó, cuando su propia voz se escuchó en la alcoba. El rápido ritmo de su corazón llenó sus oídos, bloqueando todo el sonido. Se dio la vuelta, abrazándose y mirando fijamente a través del cuarto.

Podía sentirle. Él estaba cerca, listo para poseerla. Tembló a pesar del calor de debajo las mantas. La criatura no quería capturarla, él había querido poseerla, poseer su misma alma.

Los sueños que la habían estado persiguiendo, eran imágenes horribles de llamas y muerte; los gritos de las víctimas. Pero nunca como esto. Nunca antes había sentido su propia vulnerabilidad.

Miró fijamente la luz de la pálida mañana, poco dispuesta a dejar la escasa comodidad de su cama y la necesidad infantil de esconderse bajo las mantas. El sueño todavía estaba con ella.

El ruido de fuertes pisadas, seguidas por un fuerte golpe en su puerta, la arrastró de la cama. Se vistió, pero vaciló en frente de la puerta. Los aldeanos no le habían dado exactamente la bienvenida. No había ninguna razón para que la visitara alguien a esta hora, o a cualquier hora, en realidad. Excepto para exigir que se marchara. Otra vez.

Después del sueño aterrador, no necesitaba más amenazas.

Así que esperó.

El golpe se repitió.

—¡Mi señora! Necesitamos su ayuda —la profunda voz era la de un desconocido—. ¿Mi señora, está allí?

No sonaba a una amenaza. Todavía cautelosa, entreabrió la puerta y echó una ojeada.

Nada podría haberla preparado para la vista. Un hombre enorme, vestido en cuero de batalla, con una gran espada, unida con correa a su cadera, la miró cuando abrió la puerta.

—¿Sí? —pregunto ella, retrocediendo mientras él se empujó hacia adelante. Entró en la casa y entonces vio la razón de la urgencia del hombre; era igual de grande que él, y lo llevaba sobre su hombro derecho. La sangre manchaba los destrozados cueros de batalla y la camisa blanca de lino que llevaba, y sus piernas estaban cubiertas de cicatrices.

—¿Dónde puedo ponerle?

—Allí —dijo ella, señalando la cama de la esquina. El diminuto cuarto no tenía más espacio que para una persona. Ella dormía, comía y vivía en el pequeño espacio. Y ahora acababa de ofrecer su cama a un hombre herido.

El forastero anduvo con pasos majestuosos hacia la pequeña cama. En un movimiento rápido, pero suave, cogió su carga del hombro y bajó el cuerpo, para dejarlo en el colchón. Cuando se alejó, Lorrán vio la verdad, el hombre no estaba sólo herido.

Un gran rasguño abría su pecho. La sangre empapaba la camisa estropeada y goteaba desde la cara del hombre. Ella miró la herida del pecho.

—Esto es una mordedura de dragón —dijo ella, señalando lo obvio.

—Sí. No podía arriesgarme a llevarlo a la ciudad. Oí que tenía interés en los dragones.

Ella asintió con la cabeza. Era posible que fuera la cosa más agradable que alguien, en la ciudad, había dicho sobre ella. Por lo general, ellos la llamaban *puta de dragón*.

—¿Puede ayudarlo?

La pregunta era simple. Pero la respuesta no lo era.

Lorrán examinó sus ojos. Era joven, pero la determinación de su severa mirada le dijo que sabía el destino del hombre herido.

—Puedo cuidarlo. Pero dependerá de los Dioses para sobrevivir.

—¿Y si sobrevive? —él la miró con los fríos y terribles ojos de guerrero—. ¿Puede ayudarlo?

Sabía lo que le preguntaba. El guerrero esperaba. Consideró darle la respuesta que quería oír, lo que alguien querría oír en ese momento.

Pero no podía.

—No sé —miró hacia abajo, al cuerpo rasgado y destrozado. El débil olor de azufre se agarraba a su ropa. El fuego del Dragón. La quemadura marcaba su pantalón de cuero y los bordes de su camisa. El protector del pecho, también de cuero, que debería estar allí, había desaparecido—. Puedo intentarlo —dijo ella finalmente.

—¿Hay esperanza? ¿Hay alguna posibilidad de parar la transformación? —él colocó su mano sobre la amplia espada que colgaba en su cintura—. Tengo que saberlo.

Las emociones brotaron en el pecho de Lorrán ante la sutil amenaza. Sabía lo que pasaría si dijera que no. El hombre moriría. Mejor morir que...

—Sí —se apartó. No mentía bien y temía que esto se pudiera ver en su cara. Miró al hombre herido. Había algo familiar en él—. Cuanto antes empiece con él, más posibilidades tiene —también era una mentira, pero al menos le daría algo para hacer. Y algo para distraer al soldado que esperaba una respuesta. Le echó un vistazo cuando se movió para coger agua y telas para limpiar la herida. El soldado no la creyó —se leía en su cara— pero, tal vez, quería tener alguna esperanza a la que aferrarse. Al final, todo esto no tendría importancia. La verdad se sabría bastante pronto.

—Haga lo que pueda —con aquella orden, él se dio la vuelta y anduvo con paso majestuoso hacia la puerta.

—¡Espere! ¿A dónde va? —se apresuró tras él. No podía abandonar al extraño herido, a su cuidado, menos aún a uno mordido por un dragón. Las mordeduras de dragón eran demasiado inciertas. Y el daño potencial era demasiado grande.

—Tengo que volver —dijo él, andando hacia el pórtico—. Si se corre el rumor de que ha sido atacado, tendremos una rebelión en las manos.

Lorrán le miró alejarse.

—Pero, pero... ¿Cómo quieres que me ponga en contacto con usted?

—Enviaré un guardia del Castillo, a diario, para saber su progreso.

—¿El Castillo? ¿Quiénes eres? —miró al hombre lleno de sangre de su cama—. ¿Quién es él?

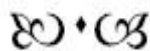
—Soy Riker. Él es Kei.

Lorrán sintió que se le drenaba toda la sangre de su cara.

—Kei, el Asesino de Dragones —dijo ella innecesariamente.

—Sí. —Riker se dio vuelta y se alejó, subiendo a su caballo antes de darle una instrucción final—. No digas a nadie quien es o que está aquí. La seguridad del Reino podría depender de ello.

Su largo pelo se movió por la brisa, cuando empezó a cabalgar. Lorrán lo miró hasta que estuvo fuera de su vista y fue libre de atender al hombre que había matado a su marido.



El fuego quemaba su pecho. La llama entraba en su sangre y corría por las venas hasta las profundidades de su cuerpo, quemando todo rastro de humanidad y dejando a una nueva criatura. El cuerpo del hombre se quemaba. Se dobló, arqueándose sobre hombros y talones, luchando contra la invasión, pero era demasiado tarde. La bestia ya estaba allí, invadiendo las vacías esquinas de su alma.

—Shh. Relájate. Respira para mí. Respira —la voz fluyó sobre su cuerpo como el agua, sofocando el fuego. La tensión se disipó y él volvió a caer en la cama—. Eso es. Respira. —Durante mucho tiempo, tomó alientos profundos. Sus ojos seguían cerrados por el dolor, pero él trató de seguir sus órdenes. Inhaló y llenó sus pulmones de su olor. Este le recordó

al heno calentado por el sol y al fuego de pino fresco. El dulce olor le liberó—. Eso es. Duerme.

Incluso con los ojos cerrados, él podía sentir que se alejaba. Su mano salió disparada, tomándola por su delgada muñeca. El diminuto hueso se quebraría en su mano si lo deseara. Trató de aliviar su apretón, pero no podía obligar a su mano a relajarse.

—Quédate. —La voz no sonó como suya, pero sabía que lo era. Los recuerdos volvían. No tenía ni idea cuanto tiempo llevaba aquí o cuanto tiempo se quemó con el fuego—. Por favor —añadió él, surgiendo de algún protocolo latente.

—Por supuesto. Me quedaré.

Ella mentía. Lo sabía. Se quedaría hasta que estuviera dormido y entonces huiría. El instinto le exigió agarrarla, sujetarla. Ligarla a él para que no pudiera escapar.

El humano de dentro se puso enfermo ante el pensamiento.

Kei quito los dedos de su muñeca por pura fuerza de voluntad. Su alma lloró de dolor pero él se alejó, dándole la espalda.

Metió su brazo bajo la cabeza y se concentró, sintiendo su cuerpo como si no fuera suyo. Había una extraña invasión en sus sentidos, haciéndose parte de él.

No podía abrir sus ojos, pero sabía que Riker se había ido. Dejándolo con la mujer. Inspiró otra vez y reconoció su olor, lo probó en sus labios. Era extraña, pero aún familiar. La niebla se arrastró sobre su mente, dejándole dormir... un descanso nublado por los sueños.

La mujer estaba allí. No podía verle la cara pero conocía su gusto. Su sabor íntimo. Yacía extendida ante él, ofreciéndose. Saber que era bienvenido, que buscaba su toque, lo hizo arrodillarse ante ella y colocar su boca contra su sexo mojado, caliente y abierto para él.

Era perfecta. Esto era lo que había ansiado toda su vida. Su sabor, su olor, la sensación de su piel contra la suya. Él tuvo que sostenerla.

El pánico, como nunca había sentido en todos sus años como guerrero, cavaba en su tripa, envolviéndose alrededor de sus genitales como un puño de hierro. Ella le abandonaría. No podía dejar que le abandonase.

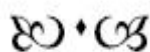
Ella se deslizó de sus manos, desapareciendo y reapareciendo a unos pies de distancia. Él avanzó lentamente hacia ella, pero ella retrocedió. Él la alcanzó. El miedo llameó en sus ojos. Se dio la vuelta, esquivando su apretón. Agarró su cuerpo que se desvanecía. Tenía que tenerla, que guardarla. Ella desapareció.

No.

—¡Es mía! —La palabra rabiaba en su cabeza. Ella se fue. El pánico estaba otra vez en él, aplastándole el corazón, y luchó contra él, buscando la fuerza de un guerrero, la cara estoica que había aprendido cuando era niño. Todo lo que permaneció era el silencio.

Se fue.

Le había abandonado.



Lorran se masticó una uña y anduvo por el diminuto cuarto. Cada pocos segundos echaba un vistazo al hombre que se retorció en la cama. El sudor cubría su cuerpo, mientras

luchaba contra el veneno. Y la batalla interna seguía. Después de una mordedura de dragón, se solía estar en trance durante tres días.

Él no tenía fiebre. Había estudiado bastantes ataques para saber que las mordeduras de dragón se curaban rápido y limpiamente. Pero esto no eliminaba el dolor o la tortura de los días posteriores al ataque. Nada le liberaría.

Lo había intentado con su marido, pero su presencia sólo había servido para enfurecerle.

De todos modos, la compasión manaba dentro de ella. No podía ver sufrir a otro ser humano. Cediendo ante la emoción, se giró a través del cuarto y se sentó en el borde de la cama.

—Su Majestad, por favor —él se enroscaba en las sabanas—. Por favor, Su Majestad. —Caray, se dijo. Llamándole *Su Majestad* no funcionaba. Respiró hondo—. Kei, todo estará bien —no sabía que más decir. Aunque mentir estuviera en contra de su naturaleza, quería consolarle—. Estarás bien —repitió ella. Pareció que su voz le alcanzó y reaccionó. No abrió los ojos, pero se dio la vuelta en su dirección—. Eso es. Todo estará bien. Te lo prometo.

Puso la mano en su hombro. El músculo caliente brincó bajo sus yemas. Había tirado la camisa rota, mientras le había limpiado la herida. Había retirado los cueros, mientras había vendado la carne rasgada. Pero las vendas eran casi inútiles con una mordedura de dragón. La herida ya comenzaba a curarse.

Kei suspiró cuando siguió frotando ligeramente su hombro. Ella miró como la tensión desaparecía de su cuerpo. Para él, el sueño era la mejor cosa. Lorran se sentó durante un momento. Se quedaría con él hasta que despertara.

Habían pasado cinco años desde que lo había visto, y había sido después de una lucha breve y sangrienta. No lo habría reconocido si lo hubiera visto en la calle. Su cara había madurado, perdiendo cualquier borde suave de la juventud, sin ganar ningún rastro de exceso. Su largo pelo rubio estaba extendido por la almohada, enmarcando su rostro masculino.

Se parecía a un Rey. Incluso con su pecho desnudo y pelo salvaje, parecía poderoso. Habiéndose mudado aquí después de la muerte de su marido, desconocía a la familia real. Ya no era parte de aquel mundo. Si recordaba correctamente, él había sido criado como un guerrero, nunca se había esperando ser Rey. Sabía por qué había sido elegido para reinar. Era un hombre nacido para gobernar, el guerrero que conduce un Reino de guerreros.

Se rumoreaba que las mujeres se desmayaban cuando las miraba, tan atractivo era. El corte de sus pómulos y una pálida cicatriz al lado del ojo le salvaba de cualquier tipo de belleza femenina. Su cara estaba esculpida en piedra, dura aún mientras dormía. No podía ver el color de sus ojos, pero decían que eran de color verde claro, el de la hierba fresca.

Y pronto, desaparecería toda esta belleza humana.

Emociones brotaron en su mente. La cólera de estar finalmente enfrente del hombre que había matado a Brennek, pero también compasión. Qué extraño era el destino, que había rendido justicia de este modo. No sentía ningún triunfo. Ningún ser humano sobreviviría a las próximas tres semanas, en la piel de este hombre.

El silencio de la habitación se hizo opresivo cuando se sentó a su lado. Sus pensamientos se llenaron de las cosas que tenía que hacer antes de que acabara el día. Todavía había trabajo. ¿Cuánto le llevaría quedarse dormido? Tenía cosas que hacer. No era

frecuente que alguien tuviera la posibilidad de estudiar a la víctima de una mordedura de dragón. Tenía que anotar sus observaciones.

Le miró. Sus ojos estaban cerrados, pero no por el dolor, sus hombros parecían relajados, lo mismo que su respiración. Finalmente descansaba.

Se inclinó hacia delante, poniéndose de pie, cuando su mano se movió de entre las mantas y la cogió suavemente por su pierna, sosteniéndola. El apretón era firme, pero sin ser doloroso. Lorrán se congeló. Él estaba dormido. Tenía que ser una especie de reflejo. Su piel bronceada parecía pálida contra la oscura lana de su falda. Las líneas blancas entrecruzadas en el dorso de la mano, narraban la vida de un guerrero. Puede ser que ahora fuera un Rey, pero había sido criado como soldado.

Lorrán alcanzó su mano para quitarla, pero él se movió, pasando su gran palma por su pierna, acariciando la curva del muslo, clavando los dedos en el espacio entre sus piernas.

Lorrán miró al cuarto vacío, como si alguien pudiera verla con la mano de un hombre en su muslo. Era un toque íntimo, pero no podía ser intencional. El hombre estaba dormido o, en un trance que le curaba. Él, obviamente, no sabía lo que hacía.

Kei tenía una cierta reputación, pero Lorrán dudaba que hasta él pudiera intentar una seducción, sólo horas después de ser mordido por un dragón.

Sus dedos se empujaron entonces hacia arriba, hasta que rozaron la coyuntura de sus muslos.

—O tal vez podría —dijo ella en voz alta. La agitación de sus dedos contra su sexo frenó sus palabras. No podía pasar esto. Habían pasado años, años desde que cualquier mano, además de la suya, la hubiera tocado allí. Ahora, un extraño, y Rey nada menos, hacía esto.

Se retorció, tratando de quitarla de un modo sutil. En cambio, los dedos de Kei se introdujeron más profundamente entre sus piernas, hasta que llegó a la línea de su sexo. El placer atravesó su estómago como un relámpago.

—Por favor, Su Majestad, Kei... tu mano... —ella tiró de su muñeca. Él gruñó suavemente y las líneas de su frente se hicieron más profundas—. Kei, no creo... —Él presionó un largo dedo a través de su vulva, acariciando su clítoris con un toque ligero. Ah. Ella se tensó, sentándose en la cama—. Realmente creo que... oh Dios... —con golpes lentos, él comenzó a masajearla. Un punto de necesidad se disparó hacia su centro. Inhaló bruscamente. ¿Cómo puede pasar esto? ¡El hombre está dormido! Sus dedos seguían moviéndose, cambiando el ritmo. Parecía que él no sólo sabía donde tocarla, sino también como hacerlo.

—Es una mala idea. No debería dejarle hacer esto —dijo ella al cuarto vacío. Pero su cuerpo no hizo caso de la lógica que había en sus palabras. Se inclinó hacia atrás y arqueó sus caderas hacia delante, abriendo sus piernas hasta que él tuvo pleno acceso. Un suave ruido salió de la garganta de Kei, contento, como el ronroneo de un león satisfecho. Él frotó su mano de arriba abajo, masajeando totalmente sus labios sensibles, aumentando la tensión a través de su clítoris. La ligera lana de su falda sólo aumentaba la sensación. El calor de su toque fluyó por el material y calentó su piel.

Su sexo estaba mojado y vacío. Gimió suavemente por el agudo deseo de estar llena.

Lorran presionó las puntas de sus dedos en la sólida pared de su pecho. Movi6 las caderas, mientras buscaba m6s de las sensaciones que le provocaba su mano. Se arque6 contra sus dedos, empuj6ndole contra su bot6n, enfocando su toque y dirigi6ndole.

El calor man6 de sus dedos y fluy6 por su co6n. La presi6n crecía. Su respiraci6n se escuchaba en el cuarto, produciendo eco y llenando sus oídos. Sus caderas se ondulaban hacia delante y hacia atr6s y gimi6, la parte inferior de su cuerpo temblaba, preparada para correrse. Lorran se tens6 y un placer salvaje la cautiv6, derram6ndose despacio por su cuerpo.

Despu6s de unos momentos, cuando su aliento volvi6 a la normalidad, mir6 hacia abajo. Había señaless en donde clav6 las uñas en el pecho de Kei.

No parecía que lo hubiera notado. Seguía durmiendo, con su mano todavía entre sus piernas, pero ya no la movía. El asomo de una sonrisa se cernía sobre sus labios, como si supiera lo que había hecho.

—Si esto es lo que puede hacer mientras duerme, no me sorprende que las mujeres se desmayen ante 6l —susurr6 ella.

Seguía sentada a su lado, medio asombrada y medio atontada, por lo que había dejado que pasara, por que parecía que Kei había dormido todo este tiempo. Comprob6 que 6l estaba realmente dormido. Cuando se puso de pie, la dej6 ir sin m6s que una protesta masculada.

Su libertad dur6 veinte minutos antes de que 6l comenzara a agitarse en la cama y rasgara las sabanas. Ella volvi6 a su lado, tocando su pecho. Se calm6 de inmediato y su mano avanz6 poco a poco hacia su muslo.

—Ah, van a ser unos días interesantes.

Los días siguientes no fueron nada m6s que agotamiento. Y confusi6n. No podía estar lejos de Kei m6s que unos minutos sin que 6l luchara contra una fuerza invisible. Su presencia parecía permitirle descansar y aliviaba su furia. Pasaba los días sentada a su lado, siempre toc6ndole. El contacto parecía esencial para mantenerlo calmado.

No era ninguna molestia para Lorran. Tenía un cuerpo hermoso. Los calientes m6sculos cabían perfectamente bajo sus manos. Trat6 de mantener el toque impersonal, pero a veces pasaba sus palmas por su fuerte pecho o los potentes m6sculos de las piernas. Parecía que Kei disfrutaba con ello, suspirando y gimiendo, gruñendo cuando se detenía.

Pero todo esto era soportable. Era el poder que parecía tener sobre su cuerpo, que drenaba toda su energía. Su mano buscaba y encontraba continuamente el caliente espacio de entre sus piernas. S6lo despu6s de que la había llevado al orgasmo, dormía de verdad. Perdi6 la cuenta de cuantas veces se había encontrado gimiendo y suplicando para que la dejara correrse.

Las noches eran las m6s duras. Al principio, trat6 de establecer una pequeña cama pero 6l gimi6 y se enrosc6 hasta que se metió en la cama con 6l. 6l se calm6 al instante, acurruc6ndose contra ella, a pesar de la distancia que trat6 de poner entre sus cuerpos.

Cada noche, 6l se envolvía alrededor de ella, sus brazos la abrazaban, hasta que ella se sentía rodeada. Entonces su mano se movía infalible hacia la V de sus muslos. Y comenzaba otra vez. Su vestido bloqueaba el contacto directo, pero el peso de su mano y la ligera agitaci6n de sus dedos enviaban temblores por su cuerpo.

Quitar su mano no era una opción. Lo había intentado. Como un niño sin su juguete favorito, se quejaba y gemía. La lucha se convirtió en un rito nocturno, en donde Lorrán se rendía al final y permitía su mano.

En respuesta, Kei suspiraba, sonreía y se abrazaba a ella, contento por salirse con la suya.

Y comenzaba los pequeños movimientos, sutiles toques que se hacían caricias, haciéndola culminar a veces con fuerza y rápido, a veces lento y profundo. No importaba. Cada noche, sus piernas se abrían, y Lorrán se encontraba apretándose contra sus fuertes dedos, deseando la liberación que prometía su toque.

Una vez que había culminado, Kei la tiraba hacía él, girándola de espaldas y poniendo su cabeza contra sus pechos. La leve sonrisa que marcaba sus labios, le dijo que en algún sitio, profundamente dentro del hombre dormido, alguien sabía lo que hacía.

Las horas pasaban antes de que Lorrán se permitiera echar una ligera cabezada.

El alba del tercer día sacó a Lorrán de la cama. Perdió al instante el calor del cuerpo de Kei. Él protestó, pero la dejó ir. Moviéndose rápido, alimentó el fuego y comenzó su rutina de mañana, disfrutando de la tranquilidad. Preparó el desayuno y limpió la pequeña cabaña, terminando al lado de Kei.

Se terminaría pronto. Algún momento en las siguientes veinticuatro horas, Kei abriría los ojos y la miraría con confusión. Y posiblemente con asco. Dudaba que recordara los toques íntimos que le había dado. Y nunca se lo contaría.

Apartó la vista de su desnudez. Era magnífico. La amplia línea de su pecho tenía músculos duros. Sus brazos, aún descansando, mostraban su poder. Ella siguió la tensa línea de su estómago. Su polla estaba medio dura. Había pasado los anteriores tres días en aquel estado. Se agitó en la cama y Lorrán levantó la mirada.

¿Cuánto tardaría la bestia en mostrarse? Contempló su cuerpo, tratando de distanciarse, tratando de separar la mujer del observador. ¿Habían comenzado ya los cambios? El recuerdo de la transición de su marido era borroso, vagas imágenes llenas de dolor y desilusión. No estuvo cuando hizo el cambio final. Nunca supo que lo causó, sólo vio la destrucción.

Arrastró sus dedos por el pecho de Kei. Se acostumbró a tocarle. Él se calmó al instante, su cuerpo relajándose por el suave toque.

Era una oportunidad. Podría observar su cambio. Podría aprender que completaba la transición. La información sobre dragones era cada vez más disponible, pero la posibilidad de supervisar una transición era rara.

Miró a Kei todo el día. Despacio, el trance que le curaba se desvaneció y tuvo un sueño de verdad. Se acabó. Lorrán se alejó de él, pero no hubo protestas. Cocinó la cena y se preparó para dormir. Él no parecía haberlo notado.

Ya no la necesitaba. El dolor de la desilusión que sintió en el pecho la hizo encogerse. Estaba disgustada por que un hombre enfermo y una bestia enloquecida ya no necesitaban su presencia. *Qué patético.*

Cuando fue tiempo para ir a dormir, se sentó en la pequeña cama. Kei había estado durmiendo pacíficamente. Levantó la manta caliente sobre su camisón de noche y le miró en la oscuridad. Era extraño pero ya se había acostumbrado al sentimiento de su peso sobre su cuerpo mientras se dormía. Apagó la vela y cerró los ojos.

Los gemidos de Kei la despertaron un poco más tarde. Se retorció en la cama, una versión contenida de las luchas que tuvo al principio del trance. Ella se quitó las mantas y se sentó en el borde de la cama. Era frío al toque y se volvió a calmar en cuanto le tocó. Era tarde. La noche final. Se deslizó a su lado. La mañana llegaría pronto.

Kei la envolvió de inmediato entre sus brazos y suspiró contento. Lorrán tuvo que reprimir un sonido similar. Cerró sus ojos y se durmió casi al instante.

Él estaba allí, acechándola por el oscuro bosque, esperándola cuando entró en el mundo de ensueño.

Mía.

La voz estaba de vuelta, llamando su atención.

La cabeza del dragón se balanceaba hacia ella. Su enorme boca se abrió y salió fuego de las profundidades de su garganta, cubriéndola, consumiéndola. Las llamas la rodearon, lamiendo su piel como un millón de lenguas encendidas.

Ella esperó el dolor pero no hubo ninguno, sólo la ráfaga de fuego contra su carne, el calor que sentía.

Dio la bienvenida al calor que se deslizó a través de su piel, que se concentró en el centro profundo y húmedo de su cuerpo. Las lameduras diminutas de la llama bajaron por su cuello. Reaccionó por instinto. Incluyó su cabeza para dejar que el calor toque su piel, era caliente, pero no quemaba ni derrotaba.

El calor invadió sus pulmones y apretó su pecho. Una banda fundida rodeaba su cintura, arrastrándola hacia el fuego profundo. Lo necesitaba dentro de ella.

No sabía qué pasaba. Una fuerza invisible rodeaba su cuerpo como una fiebre. Trató de abrir los ojos, teniendo que ver a la bestia que la sostenía cautiva, pero sus ojos no respondían a sus órdenes.

Abrió la boca para suplicar y fue consumida. Los rayos del líquido calor fluyeron sobre su piel, inflamando sus pechos. Extendió las piernas, rindiéndose al toque de la llama. Se quemó contra ella. Y entonces, el fuego estaba dentro, encendiendo el corazón de su cuerpo. Los zarcillos chasquearon en un ritmo desigual, dentro, acariciando sus labios protectores. Ella presionó sus caderas hacia arriba. La fiebre quemaba cada pensamiento consciente de su mente. Su único entendimiento era la necesidad de aceptar la llama en su cuerpo.

Mía.

La potente y enojada declaración debería haberla aterrorizado. En algún sitio, profundamente en su alma, estaba asustada, pero el miedo fue aplastado por la intensidad del fuego. Quería ahogarse en el calor.

Los dedos del calor bailaron por su sexo, mojando su rizado y oscuro pelo y cosquilleando la carne de debajo. Arqueó sus caderas, buscando más de su toque. Él estaba allí, un extraño, aún tan familiar. Sus piernas se abrieron ampliamente, invitándole dentro.

El material de su vestido se estiró apretado, cuando ella se esforzó por acercarse al calor. Las manos parecieron ayudarle. Los bordes de su blusa se separaron. Sintió el toque frío del aire antes de que el fuego reclamara sus pechos. Las calientes manos hincharon sus pechos, raspando sus tensos pezones que pedían su toque. Se arqueó, buscando más de la increíble sensación. La voz retumbó con triunfo y una boca caliente se cerró sobre un pezón de su pecho. Lo amamantó, metiendo su carne en la boca y jugueteando con la lengua.

El dolor crecía entre sus muslos. Entonces, una mano grande y caliente tocó su sexo, ahuecando su húmedo centro, y metió dentro, profundamente, dos dedos.

Ella bombeó sus caderas, siguiendo el empuje estable de sus dedos, queriéndole más profundo.

—¡Mía!

La voz era de verdad y la sacó de su sueño. La conciencia perforó la niebla surrealista.

La boca de Kei cubría su pecho mientras que su mano estaba entre sus desnudas piernas, entrando y saliendo de su sexo, en un ritmo lento y estable.

Ella gruñó. Reaccionó de inmediato y se lanzó de la cama, rodando por el suelo. Junto los bordes de su camisón roto. Los ojos de Kei chasquearon hacia abajo. Ella se miró para asegurarse que el vestido le cubría las piernas.

Kei apoyó su cabeza sobre las manos. La arrogante sonrisa ya no tenía la desesperada necesidad que había mostrado en su estado febril. Era un hombre seguro de su atracción, seguro de ser bienvenido.

No había ninguna prueba de la mordedura de dragón que había sufrido hace sólo tres días. Después de unos largos momentos de inspección, levantó su mirada y sonrió.

—Ninguna necesidad de correr, querida. Acabamos de empezar.

Capítulo 2

Kei miró a la mujer a través del diminuto espacio. Ella reunió los lados del vestido roto, tratando de cubrir los suaves y dulces montículos de carne, que había debajo. El miedo y la pasión empezaron a esfumarse de sus ojos.

¿Quién era ella?

Trató de recordar cómo había llegado hasta ahí, pero todo lo que tenía en su mente, era una neblina negra llena de gritos y fuego. Y calor. Calor mojado, femenino.

Sus ojos cayeron sobre la delgada capa de tela que escondía su coño de su mirada. Estaba mojada. Su mano todavía sostenía la evidencia.

Más.

Aspiró profundamente y lo invadió el dulce olor de su excitación. Tenía que tenerla. Tenía que probarla. Una oscura niebla llenó su mente, enturbiando sus pensamientos y llenándolo de una desesperada necesidad por esta mujer. Moviéndose como conducido por una fuerza, Kei salió lentamente de la cama y empezó a caminar hacia ella. El ansia de llenarse de ella hervía dentro de él.

Una voz en la distante esquina de su mente susurró que debería detenerse, *ella podría asustarse*, pero fue ahogada por la necesidad de colocar su boca contra su sexo, beber de su coño. Meter su lengua profundamente dentro de ella.

La mujer lo miró y retrocedió poco a poco sobre sus manos, hasta que chocó contra la pared.

—Mía —susurró él mientras se acercaba. El abrumador sentido de propiedad lo detuvo durante un momento, pero entonces ella se movió y más de su dulce olor llenó sus fosas nasales.

Las ganas de tenerla eran demasiado fuertes para escuchar la voz que le decía que debería parar. Sus manos agarraron el borde de su ligero vestido, listo para rasgar la tela. Entonces la miró a los ojos.

En sus marrones profundidades se veía asombro mezclado con miedo. La extraña voz de su cabeza lo empujó a seguir, llevándolo hacia ella. Él tenía que llenarse con su sabor.

Ella se lamió los labios y tragó profundamente. Él sostuvo su mirada mientras deslizaba el vestido hacia arriba por sus piernas, revelando su coño desnudo. El delicioso olor fluyó hasta su nariz. Estaba mojada y esperándolo. El sonido de su laboriosa respiración lo excitó. Estaba tentado de bajar sus ojos y ver sus deliciosos pechos, pero no quería romper el hechizo de su mirada. Ella era suya. Le pertenecía.

El suave material del camisón fluyó sobre sus brazos, cuando pasó sus manos por debajo. Su carne desnuda lo quemó y él sabía que era el fuego que ansiaba. Este fuego lo calentaría para siempre.

Su polla estaba dura, impaciente por sumergirse dentro de su coño mojado, pero esperó. La necesidad de llenar sus sentidos de ella empujado con fuerza contra él. Era imperativo que él consumiera todo lo que era ella.

Él pasó las manos por sus piernas, ahuecando su culo entre sus palmas y la atrajo hacia él, montando sus caderas. Ella jadeó, pero no protestó. Los suaves montículos de su trasero llenaron sus manos y él pensó momentáneamente sobre futuras cosas para hacer con aquel culo.

Él bajó su mirada. Ella estaba boca arriba, sus piernas extendidas ampliamente, su coño agradablemente abierto para él.

Mía.

Bajó la cabeza y cubrió su sexo con la boca. Durante un momento, simplemente la probó, ahogándose en el seductor sabor que le atraía. Lamió su raja, bebiendo la humedad que le ofrecía su cuerpo. Su agudo sabor sedujo su lengua y bebió otra vez.

Sí. Más.

Era casi más de lo que podía soportar. Penetró su coño con la lengua. Y el tiempo se paró. Era aquí a donde pertenecía. Él chasqueó su lengua a lo largo del borde interior de su coño. Entonces se sumergió profundamente. Ella jadeó y se empujó contra él.

Kei paró sus movimientos, sujetándola para su placer, y para el suyo. *Mía.*

Lorran le metió las manos en el pelo, usando los largos hilos como su ancla a este mundo. ¿Diosas, qué le hacía? Estaba más allá de todo. Su lengua revoloteó alrededor de su sexo, rozando su clitoris antes de arrastrarla a través de su carne mojada, abierta. Entonces bañó su fuerte lengua dentro y la sacudió, cosquilleando las paredes a su paso. Sus gruñidos suaves, aprobatorios, fueron amortiguados contra su carne.

—¡Aah! —Su cabeza golpeó contra la pared de detrás de ella.

El calor había vuelto, pero ahora en vez de una vaga criatura hecha de fuego, la fuente era Kei, el Asesino de Dragones. En algún sitio, en una esquina tranquila de su mente, ella sabía que debería pararle. Pero el fuego se juntó dentro de ella y no podía liberarse. Necesitaba el calor para sobrevivir.

El pensamiento estaba allí y de repente desapareció, dispersado por el lento deslizamiento de su lengua por la longitud de su sexo. Él se detuvo, agarrando el sensible meollo que pedía su atención. Él abrió la boca y comenzó a chupar.

Pareció que el grito gutural que se escapó de sus labios, vino de otra criatura, pero Lorran no podía controlarlo.

Ella se sentó, moviendo a Kei. Con un gruñido suave, él colocó una mano en su estómago y empujó su espalda contra la pared y siguió amamantándose.

—Kei, quiero decir, Su Majestad, ah Infiernos, por favor. Majestad... ¡Kei! —las caricias nocturnas habían entrenado su cuerpo, le enseñó a esperar la liberación, pero nunca este dolor de placer salvaje, implacable. Tenía que detenerse, pero no podía encontrar un modo de hacerlo. Presionó sus dedos en su cuero cabelludo—. Por favor, Kei, ayúdame.

Ella no pensó que la hubiera escuchado. Entonces la presión de su lengua cambió en movimientos estables, rítmicos, contra su clitoris. Sintió que sus ojos se ensanchaban, cuando el mundo se movió en espiral, en un punto central, entre sus muslos. Apretó su cara más profundo en su coño. Él ronroneó y siguió chupando. Logró pasar dos dedos largos

dentro de su coño. La presión era increíble. Lorrán jadeó mientras que el fuego que había invadido sus sueños rotos se derramaba en su cuerpo.

Ella parpadeó rápidamente y miró sin expresión el cuarto vacío.

En su pecho, su corazón se detuvo con un suspiro desesperado y comenzó a latir furioso. La satisfacción cerró sus párpados. Ella se retorció contra la pared y escuchó el sonido de los suspiros contentos de Kei.

Su lengua rodeó su ombligo. Ella gimió. Un punto del calor renovado perforó su estómago. Comenzaba otra vez. ¿Cómo podía este hombre tener tal control de su cuerpo?

Ella abrió sus ojos y miró al guerrero que había entre sus piernas. Estaba totalmente absorto, mientras seguía probando su carne, como si no pudiera conseguir bastante de ella. Podía sentir su dura polla contra su pierna. ¿La montaría? ¿Le dejaría? Él iba a desear pronto su liberación, pero en vez de moverse, él volvió su cara entre sus muslos.

Y extendió su sexo ampliamente con sus dedos.

—Kei... —lo que había estado a punto de decir, murió cuando él colocó su boca contra su coño y deslizó su lengua dentro, lamiendo las paredes. Su cuerpo, sensibilizado por su toque, tembló y su crema brotó a causa de esta ligera y juguetona caricia. Él era implacable, chasqueando ligeramente su lengua a lo largo de los bordes de su sexo, sus movimientos eran ocasionales como si él no tuviera ningún objetivo. Sólo quería probarla.

La llamada penetró la mente enturbiada por la lujuria de Lorrán. Ella se sentó. Kei gruñó, como si estuviera irritado por ser movido, pero siguió lamiendo. Lorrán respiró hondo y trató de concentrarse. Llamada. Alguien estaba en la puerta. La luz del sol de la mañana entraba por la ventana de la diminuta cocina. El guardia del Castillo. Él quería la misiva diaria que Riker había solicitado.

La llamada se escuchó otra vez, más alta, más agresiva. Kei también la oyó. Él brincó con sus pies encorvados, de rodillas, listo para el ataque. Ella lo miró explorar el cuarto. Todos los rastros de la sensualidad se evaporaron en aquel momento —él era un guerrero, listo para luchar contra el desconocido enemigo.

Lorrán se levantó rápidamente.

—Es sólo la puerta —refunfuñó ella, apresurándose por delante de él. Ella tiró de los bordes de su blusa rasgada, tratando de cubrir sus pechos. No tenía ninguna intención de exponer su cuerpo al guardia de Castillo. Agarró la nota que había escrito anoche y abrió la puerta, quedándose detrás de ella.

—Buena mañana, señora —la saludo el guardia. Era un hombre distinto al de los otros dos días. El uniforme era más ornamentado, pero era claramente del Castillo. Él miró por encima de su hombro como si tratara de ver en su cabaña.

—Buenos días. —ella le dio el pergamino y comenzó a cerrar la puerta.

—Me han ordenado ver yo mismo al Rey.

—No —ella contestó por instinto. Había algo en este guardia que hacía que desconfiara. Y la necesidad de proteger a Kei era fuerte después de tres días. Incluso aunque él fuera un Rey, Kei estaba ahora en peligro. La espada de la cadera del guardia podría ser rápidamente expuesta y Kei estaba desarmado.

—Se agita si se acerca alguien.

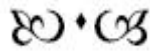
Ella oyó otro eco de gruñido a través del cuarto.

—Realmente no puedo estar lejos por mucho tiempo. Dígales que tendré noticias mañana. —ella cerró la puerta antes de que el guardia pudiera protestar.

Entonces esperó. Kei estaba de pie silenciosamente detrás de ella. Era tiempo de enfrentarle. Ella respiró hondo y se giró despacio.

Sus ojos brillaron con cólera.

—¿Qué demonios está pasando?



La mente de Kei se despejó de la extraña neblina oscura que la había invadido cuando miró la prisa de la mujer. ¿Quién era? Se lamió los labios y sintió que su pene se endurecía más aún. Sabía su gusto, sabía su olor, pero no sabía su nombre.

Una rápida verificación del cuarto le dijo que él no estaba en ningún lugar familiar.

Entonces tuvo tres preguntas: ¿dónde estaba, cómo había llegado allí, y quién era la deliciosa mujer que debía entretenerle?

Ella no era su estilo habitual. Solía elegir mujeres altas, delgadas. Ella era bastante alta, pero tenía demasiadas curvas. Pero se había deleitado con su sabor. Y quería más.

Ella habló quedamente con la persona que había en la escalera, y cerró la puerta con un ruido rápido. ¿Se escondía? ¿O le escondía?

Kei cruzó los brazos y esperó. Pareció que vacilaba, como si no quisiera afrontarle.

¿Quién era? ¿Por qué le parecía tan familiar, y aún así tan extraña?

Mía.

Ese pensamiento levantó su polla. No la había jodido, esperó a que estuviera despierta, solo le comió el coño, y ahora, su cuerpo sentía necesidad. La quería. Esto era más que una erección de mañana. Tenía que joder a esta mujer, correrse dentro de ella.

Inhaló profundamente y deseo tener el control sobre sus pensamientos. Fue entrenado como guerrero desde la infancia. Sabía vivir con el dolor. Una pequeña incomodidad sexual no debería ser nada. Pero esto no paró el deseo.

Finalmente, la mujer enderezó su espalda y se dio la vuelta, despacio.

—¿Qué pasa? —exigió él. No tenía tiempo o paciencia para la cortesía. Algo estaba muy mal. Quienquiera que estuvo en la puerta, sabía que estaba aquí, pero ella no le había dejado entrar.

Sin hacer caso del hecho que estaba desnudo y que tenía la polla tan dura que podía fijar clavos en la piedra, la miró. Pareció que la mujer reconoció el cambio y se dejó caer en una baja reverencia.

—Su Majestad —susurró ella.

Kei casi sonrió. Era absurdo. Él estaba desnudo. Había lamido su coño, y ahora ella se doblaba ante él con la elegancia de un Par. Se alejaba de las mujeres del Par Class. Querían demasiado. ¿Por los Dioses, se emborrachó y terminó casado con la moza? Tuvo Tenía la intención de casarse, pero había esperado estar sobrio en el acontecimiento.

Ella se quedó en la baja reverencia, con la cabeza doblada, esperando su liberación.

—Levántese —ordenó él. Ella se alzó y levantó los ojos. Kei quedó atontado por lo que vio allí —no era ninguna humilde criada—. Ella le contemplaba con un desdén apenas disfrazado, hasta con un poco de irritación. Y tal vez un rastro de miedo.

Infiernos, ¿qué había hecho para merecer esto?

—¿Puedo convencerle para que se vista? —preguntó ella. Sus ojos seguían mirándole.

—Preferiría primero unas respuestas.

—¿Entonces puedo solicitar que se cubra? —hizo una pausa como si notara lo exigente que había sonado—. Si esto complace a Su Majestad —dijo las palabras correctas pero era claro que no las sentía.

—Estoy cómodo —contestó él, sólo para molestarla. Extendió su postura y apoyó sus manos en las caderas. Sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza, lo que la daba una mirada deliciosamente inocente. ¿Ella todavía podría sonrojarse? Extraño—. ¿Quién eres?

—Soy Lorrán, Su Majestad. Está en mi cuarto, fuera de Memphis.

Kei escuchó la información y trató de recordar como había llegado. No recordaba nada. Su último recuerdo fue cuando entró en el refugio del dragón. Había gritado a Riker y luego el mundo se puso negro y rojo. Lleno de dolor, sangre e incineración.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

La mujer respiró hondo y Kei se encontró momentáneamente distraído por la subida y la caída de sus pechos y la piel desnuda debajo de su vestido. Había rasgado su camisa. Había probado aquellos pezones, los sorbió en su boca. La necesidad lo empujaba a hacerlo otra vez, pero él apretó sus puños y se sostuvo estable. Bien, él se sentía atraído por ella, pero esto no le detendría para averiguar la verdad.

—Usted y su hermano vinieron después de Effron.

—Recuerdo esto.

Ella tomó otro profundo aliento como si tuviera que dar malas noticias. El pelo de su cuello se erizó.

—¿Riker está herido? —se adelantó y la agarró por los brazos.

—Ah, no. Él está bien —le aseguró ella rápidamente.

—¿Bien? —le dio una leve sacudida, con poca paciencia.

Ella apretó sus labios, y dijo.

—El dragón le atacó; y le mordió.

La liberó y retrocedió.

—No —él rechazó la idea. No —repitió él.

Todos sus sueños por el Reino se evaporaron ante la fija mirada de los ojos marrones de Lorrán. Ella no se estremeció bajo su feroz y fija mirada. ¿Cómo pasó esto? Tan pronto como la pregunta le vino en mente, comprendió que ya no importaba.

—¿Cuánto tengo? —el sonido de su voz lo asustó hasta a él.

Ella eludió su mirada.

—Eso depende. A veces son meses.

Ella mentía y lo hacía muy mal.

—¿Cuánto? —exigió él. Él tenía cosas que hacer antes de morir.

Su espalda se puso recta como el acero y le miró.

—Tres semanas. Aproximadamente tres semanas.

Kei saludó con la cabeza. Necesitaba ropa. Si estaban en las afueras de Memphis, estaban a sólo medio día del Castillo, montando.

—Gracias por su cuidado. ¿Supongo que me cuidó?

Ella asintió, con una vaga mirada de confusión que estropeaba su serena cara.

—Me aseguraré de que sea recompensada, por supuesto. —Él, de alguna manera sabía que la idea la iba a enfadar. No le había ayudado por el dinero. ¿Pero por qué lo hizo? Cualquiera otra mujer habría huido gritando de un hombre mordido por un dragón. La reputación del dragón era bien merecida. Pero él, ahora mismo, no podía pensar en nada de esto. Tenía que llegar a casa.

—¿Dónde está mi ropa?

—Destruída.

Él giró y la contempló. Ella había ido demasiado lejos.

—¿Destruyó mi ropa?!

—No, lo hizo el dragón. Sólo tomé las piezas rotas de su cuerpo y las quemé. —plantó sus manos en sus caderas y la blusa de su vestido se abrió mostrando la dulce curva de sus pechos llenos. Olvidó el rasgón que le hizo. Sus palmas le picaban por tocar aquellos suaves montículos, sostenerlos en su boca. Se lamió los labios y la miró fijamente, asombrado por el impulso de tocarla.

Un dulce olor flotó por el aire hacia él, atrayéndole. Ahora que su mente estaba clara, necesitó un momento para identificarlo. Era ella, su coño. Ella le enviaba un olor delicioso calentado por el sol. Se lamió los labios, todavía tenía el gusto de su coño en su boca. Su ingle comenzaba a endurecerse de modo incómodo. Por los Dioses, él estaba duro, y necesitaba alivio. Dentro de su cuerpo. Él la quería. Quería joderla hasta que estuviera seco y ella dolida.

La deslumbrante luz, severa y desaprobadora de sus ojos debería haberle quitado el deseo, pero todo lo que Kei podía pensar giraba en cambiar sus ojos duros en suaves, haciéndola gritar de placer, no de desaprobación. Ella parecía fría, hasta frígida, pero el recordaba su respuesta, su humedad cuando él la tocó, el dulce modo en que ella había gemido cuando él resbaló su lengua dentro de ella, contaba una historia distinta. No era fría. Le quemó con su fuego. Él quería sentir que su coño se agarraba a su polla cuando se empujara dentro de ella.

Movió la cabeza para borrar la imagen. El impulso de tomarla, quedó, pero juntó toda su fuerza que le había llevado al trono y se concentró en lo que tenía que hacer.

—Necesito ropa y necesito mi caballo.

—No.

Kei se paró en medio de la estancia. Desaparecieron los tonos ligeramente reacios de respeto.

—¿Qué? —Él fue criado como un guerrero. Ahora, coronado como Rey. La gente no le decía *no*. Ni siquiera una vez.

—No se puede ir.

Él dobló sus brazos y levantó sus labios en una media sonrisa.

—Querida, aprecio la invitación, pero aún tan deliciosa como es, tengo cosas que hacer.

Él nunca había visto a alguien erizarse antes. Pareció que ella se hinchó ante sus ojos y la mirada suprimida de desdén fue liberada.

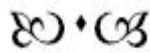
—Su Majestad, yo puede haber soportado su comportamiento mientras estaba inconsciente pero, confíe en mí, nada me daría mayor placer que verle salir por la puerta.

Él sintió que sus labios formaban una sonrisa. Era una pequeña cosa feroz cuando estaba irritada.

—Lamentablemente, es un asunto de vida o muerte, y aunque no le quiero aquí, no es seguro volver.

—¿Por qué? —se burló él—. ¿Ellos me matarán? Eso no importa. Mejor una muerte honorable que una..... él aplastó el pensamiento antes de que se pudiera formar.

—No. Porque los matará.



Lorran se preparó para su reacción. Era una criatura distinta ahora que salió del trance. Cualquier apariencia de vulnerabilidad desapareció.

Habiendo sentido cariño por su cuerpo durante tres días, sabía que era grande, pero parecía una torre sobre ella, llenando su alcoba y haciendo el diminuto espacio parecer aún más pequeño. Incluso la fuerza que había observado en su sueño no era nada al poder interno que exudaba ahora. Era un hombre alarmantemente fuerte tanto física, como mentalmente.

Y ella acababa de sobresaltarle. Pero tenía que hacerle entender. Durante las próximas tres semanas, la conciencia del dragón crecería dentro de él, despacio, alcanzando la mente humana. Y, en un instante, el dragón aparecería en la forma corpórea y el humano desaparecería para siempre.

—Explíqueme esto. —Era una orden de verdad, dicha por alguien acostumbrado a dar órdenes y verlas cumpliéndose.

La irritación la pinchó. Pasó tres días mirándole, calmándole, y permitiéndole tocarla —aunque confesara que fue un placer para ella— y ahora él daba órdenes como si fuera alguna sierva. Estuvo tentada de morderle, pero quería su ayuda, así que detuvo su enojo.

—El cambio sucede más rápido si el hombre vuelve a casa. Nadie sabe exactamente por qué, pero se cree que es la agitación emocional.

—¿Agitación emocional?

Él era obviamente un guerrero que no creía que las emociones fueran o podrían afectarle. Ella quitó toda la emoción de su voz.

—Sí. Cuando la criatura comienza a despertar, el humano se pierde cada vez más. Parece que el desafío de intentar mantener la personalidad anterior hace al dragón más feroz. Más desesperado para salir. Y más enojado cuando aparece.

Kei parpadeó y la miró durante un momento.

—¿Cómo sabe tanto? —La sospecha apareció en su voz.

—Estudio a los dragones.

Y la luz de reconocimiento llameó en sus ojos.

—Por supuesto. Usted es la... del dragón —se paró y tuvo la gracia de parecer avergonzado.

—No se preocupe, Su Majestad. Sé lo que me llaman.

—¿Y eso no le molesta?

Como él parecía realmente curioso, sin burlarse, ella contestó francamente.

—No. Porque tengo que estar cerca de los dragones para estudiarlos.

—¿Con qué objetivo? —El Rey la contempló con asombro. La única razón de estudiarlos es encontrar modos más eficientes de matarlos. El único dragón bueno es un dragón muerto.

Lorran sabía que la mayor parte de las personas tenían aquella opinión, pero de todos modos, era duro oír las palabras. Ella había comenzado a respetar si no a entender a estas criaturas.

—Tengo curiosidad de ver si tendrá la misma opinión en tres semanas, cuando se convertirá en una de aquellas criaturas. ¿Será la muerte su opción?

—Sí, contestó él sin dudar. Pero nunca haré la transición final. No haré esto a mi familia o a mi gente.

Lorran sintió que sus ojos se ensanchaban. Él no podía creer esto.

—¿Va a suicidarse? —La idea era tan extraña, no podía imaginarlo. La profundidad de su determinación estaba más allá de su comprensión.

—Si este es el único modo de parar la transición, sí. He visto lo que pasa a los pueblos donde hay esas criaturas. He visto la destrucción, la devastación. Las cosechas quemándose, rebaños enteros eliminados. Y además, la encantadora tradición de sacrificar vírgenes. — Kei comenzó andar por el cuarto y por primera vez, Lorran le vio como a un líder, no simplemente como a un Rey. No estaba ciego por el odio. Odiaba con razón—. No importa cuántas veces decimos a la gente que sacrificar vírgenes no ayuda, todavía lo hacen. Y el dragón todavía las toma. —Giró y anduvo con paso majestuoso hacia ella—. ¿Ha visto lo qué les pasa a esas mujeres cuándo el dragón acaba con ellas? —Él se paró delante de ella—. ¿Lo ha visto?

—Sí —susurró ella, los recuerdos todavía frecuentaban sus sueños. Nunca fue capaz de salvarlas. La muerte silenció sus gritos de terror.

—¿Y de todos modos, los defiende?

Lorran no sabía cómo responder.

—Tengo mis motivos. —Motivos que un guerrero como Kei el Asesino de Dragones no entendería.

Él movió la cabeza de lado y la contempló.

—Me parece familiar. —Era más una pregunta.

Lorran lo rehuyó, decidiendo no contestar.

—¿Por qué le conozco? —él preguntó directo.

—¿Cómo sabría yo lo qué sabe, Su Majestad? ¿Puedo encontrarle algo para ponerse? —Ella no esperó una respuesta, simplemente anduvo, con la cabeza en alto, sin mirar su desnudez. No que esto ayudara. Ella sabía íntimamente como lucía como hombre. La imagen de su forma quemaba su memoria y se necesitarían años si no una vida para poder olvidarla. Pero no significaba que no podía actuar como si no fuera consciente.

Abrió la puerta del armario. Seguía teniendo algo de la ropa de Brennek. La había llevado en vez de deshacerse de ella, a pesar de que tenía poco valor sentimental. Ahora, estaba contenta. Apretarían un poco a Kei, pero al menos estaría vestido y ella podría empezar a olvidar su cuerpo desnudo.

Le tiró un par de pantalones de cuero y una camisa de lino y los puso en la cama, cerca de Kei.

—¿De quién es la ropa?

Lorran se tensó ante su extraño tono de voz. Un gruñido sonó bajo sus palabras.

—Mi marido. —Levantó tranquila la vista hasta la suya y tuvo que suprimir un ahogado grito. Sus ojos brillaron como piedras frías y verdes.

—¿Estas casada? —Pareció impresionado, atontado, casi enojado con el pensamiento.

—Soy viuda — dijo ella.

—¿Quién fue tu marido? Es obviamente de Par Class. ¿Quién era él? —Preguntó Kei, mientras que su voz y ojos perdían su dureza.

Lorran apartó la vista del Rey.

—Lord Brennek. Mi marido era Lord Brennek. —Esperó que él mostrara alguna clase de respuesta. En cambio la contempló como si no pudiera recordarlo en ese momento. Después de unos largos segundos, él asintió con la cabeza.

—Le recuerdo. Decidió luchar contra dragones y fue mordido en el primer intento. Kei bajó la camisa. Cronan. ¿No era el nombre del dragón que lo hizo? —Kei dejó de vestirse y alzó la vista.

—Eso es. Allí fue donde le conocí. Estaba en la cueva cuando fuimos a por Cronan. — La piel de alrededor de sus ojos se tensó, cuando la contempló—. Se quedó con él. Incluso después de la transición, se quedó con él.

—Hasta que lo mató, sí.

Lorran apenas podría creer las palabras que le salieron de la boca. La cólera, hasta después de cinco años, todavía estaba al acecho bajo su piel. La cólera contra este hombre por haber matado a Brennek antes de que pudiera salvarle. Cólera contra ella, por no ser capaz de rescatarle.

Kei no quería tensarse bajo su feroz y fija mirada. Él se relajó deliberadamente mientras la miraba. Esto, al menos, explicaba su cólera. Pero sin embargo, no explicaba, su propia respuesta hacía ella. Estaba enojada y era obvio que no le gustaba mucho, pero el deseo de joderla, de lamer su coño hasta que gimiera de placer, desbordaba todos sus pensamientos. Su erección creció y se puso rápidamente el pantalón prestado. Era absurdo que él, un Rey, el jefe de una nación de guerreros, tomara prestada la ropa de un hombre que había matado.

No, se corrigió en su mente. Él no había matado al hombre. Había matado al dragón. Habría sido más que feliz de dejar vivo al hombre, aunque hubiera sido Brennek. Pero no al dragón.

—Cronan era una bestia repugnante, si recuerdo muy bien. ¿Cuántas mujeres había capturado? ¿Las contó?

Lorran negó con la cabeza, pero no dijo nada.

Él la miraba, incitándola. Estaba enojada, pero aún se contenía. Y quiso saber por qué.

—Nosotros también perdimos la cuenta. Dice que ha estudiado a estas criaturas. ¿Parece que el carácter del humano está relacionado directamente con la irracionalidad de la bestia? Siempre me he preguntado si la gente débil hace dragones mejores o peores. Estoy seguro que usted tiene experiencia con esto.

Subió la mano y Kei se preparó para el bofetón. Nunca llegó. Se paró a pulgadas de su cara y bajó la mano. Su cabeza la siguió unos momentos más tarde. Ella era leal. Tuvo que concederle eso.

—Pido perdón, Su Majestad —dijo ella aunque como atravesaron sus palabras sus labios apretados, no estaba seguro.

Tuvo el desesperado impulso de besar aquellos labios, probarla y calmar las líneas alrededor de la boca. Sentir su boca, sorbiendo su polla... Kei inhaló profundamente y se movió incómodo. Se sentía apretado, ya que tenía una erección que no le soltaba. No lo entendía. Era bastante bonita, pero su cara no tenía ningún rasgo clásico de belleza. Pero sus ojos brillaban con la inteligencia. Su pelo de caoba sostenía rayos de luz del sol. Sus pechos eran llenos y los pezones perfectamente formados, perfectos para su boca. Y su coño... la realidad se descoloró y todo en lo que podía pensar era en joderla con la lengua. Lamió sus labios. Su sabor desapareció y quiso más. *Mía*. La niebla invadió los bordes de su mente. Caminó hacia delante, conducido por sus impulsos carnales. Ella se apartó abrazándose la cintura. La siguió, para él, sus palabras apenas tenían sentido.

—Se conoce muy poco sobre la transición y los elementos humanos, si se quedan en el dragón.

La palabra *dragón* le paró. Estaba detrás de ella, pero por suerte, ella no se dio cuenta que la acechaba. Giró rápido y se dio la vuelta. De espaldas, se ajustó el pantalón, liberando su dura erección del flexible cuero. Sorprendentemente había suficiente espacio. Kei tocó la costura de los cueros. Fueron hechos por encargo. Brennek o había sido muy bien dotado, o había seguido la moda y había rellenado su pantalón. Le permitió cubrirse y no sobresalir por el cuero.

—El prejuicio contra los dragones es tan grande —siguió ella. Si la gente simplemente se detuviera y aprendiera, podría haber un modo de rescatarlos.

—¿Rescatar a los dragones? ¿Por qué? —Kei no podía creer lo que oía. Había oído antes de simpatizantes de dragones, pero nunca había encontrado uno. Y seguramente no uno al que su marido hubiera sido cambiado.

—Hubo sitios, tiempos, cuando los dragones y la gente habían vivido en paz.

Kei negó con la cabeza.

—Es muy raro y por lo general, es después de la horrible destrucción. El precio es demasiado grande.

—Pero tenemos que aprender sobre ellos. Si los estudiamos, tal vez podemos parar la transformación. O invertirla.

Él hizo una pausa y la miró detenidamente.

—¿Es posible? ¿Hay algún modo de pararlo?

Él la vio vacilar. Como si decidiera que decir. Finalmente, ella respiró hondo.

—No. Al menos todavía no. Pero tenemos que saber más. Tenemos que aprender sobre la transición. ¿Qué la provoca? ¿Por qué un hombre, que aparentemente se repuso de un morisco de dragón, se cambia en un instante en dragón? Tenemos que observar el proceso.

El trance de dragón debe haber hecho más lentos sus procesos mentales, decidió él. Por eso era cortés cuando no quería serlo.

—Me quiere estudiar. No era una pregunta. Vigilarme mientras paso por esto.

—La gente que estudia a dragones raras veces consigue esta oportunidad. —Se apresuró a través del cuarto. El lento salto de sus pechos llamó su atención. En un instante, sus pensamientos desaparecieron, pensando solo en chupar tetas. ¡Maldita sea! ¿Qué pasa

conmigo? Se esforzó en quitarse los lascivos pensamientos y levantó su mirada hasta sus ojos—. Siempre nos llaman cuando un dragón está ya convertido —siguió ella—. Cuando la criatura atormenta una ciudad. Es una oportunidad increíble. Piense en las vidas que podría salvar.

Ella llegó ante él con una mezcla extraña de orgullo e inseguridad. Necesitaba lo que él podría proporcionarle, pero lamentaba tener que pedirle. Era casi como si esperara que rechazara la idea. Y él iba a hacerlo. No quería ser estudiado como algún animal en un parque.

Tenía cosas de hacer. Debía volver al Castillo.

No te vayas. Mía.

Él se quitó los extraños pensamientos de su cabeza, pero no podía luchar contra la obligación que le incitaba a quedarse. Tenía que estar cerca de ella. Probarla.

—Bien —dijo él, tratando de quitarse la imagen de joderla, de sus pensamientos.

—¿Perdona, qué? —Sus ojos suaves marrones brillaban con sorpresa y placer.

Los músculos de su cuello se relajaron como si el cuerpo le dijera que había tomado la decisión correcta.

—Dije bien. Podrás estudiarme.

Capítulo 3

Lorran miró como Kei partía más leña. El sudor relucía en su pecho desnudo. El caliente sol de verano finalmente se ponía, volviendo el cielo a un rosa oscuro. De todos modos él siguió. Había estado trabajando durante horas, casi desde su despertar del trance. Si esto era la fuerza del dragón o la energía natural de Kei, ella no sabía. A este paso, tendría madera más que suficiente durante el invierno.

Él obviamente estaba acostumbrado al trabajo físico. Sus músculos ondearon cuando levantó el hacha y la movió hacia abajo. Sus palmas se calentaron con el recuerdo. Ella había pasado horas con sus manos en su piel, sintiendo esos músculos pulsar bajo las yemas de sus dedos. Han pasado doce horas desde que él había despertado del trance y doce horas desde que ella lo había tocado. Ya estaba extrañando la sensación.

Ella presionó su mano contra su estómago, tratando de aliviar el repentino dolor. Se agitó. Tenía que dejar de pensar en él de una manera sexual. La extraña conexión que había estado allí durante el trance se había ido. El hombre estaba al mando, por ahora. Y cuando el dragón crecería, se distanciaría más aun. Ella lo sabía por experiencia.

Kei había estado de acuerdo en quedarse y permitirle observarlo, pero él conocía la verdad. Había poca posibilidad de que fuera capaz de detener la transición. Unos habían sido capaces de retrasarlo, pero nadie alguna vez había tenido éxito, y permanecido como humano. Kei movió el hacha en la grieta del palo y se enderezó. Una ligera brisa agarró su largo pelo rubio y lo alejó de su cara.

Pero si puede hacerse por pura determinación, pensó ella, Kei es el hombre que tendrá éxito.

Lamentablemente, el dragón era una poderosa criatura. Había visto a las bestias, y después de haber vivido con uno, Lorran conocía su fuerza. No había ninguna manera que un humano pudiera derrotar a uno.

Lorran abrió la puerta y se acercó a Kei despacio. Ellos no habían hablado desde esta mañana. Desde que él había estado de acuerdo en permitirle observarlo mientras hacía el cambio de humano a dragón.

—¿Has terminado?

Kei asintió con la cabeza.

—Debería ser suficiente por algún tiempo.

Lorran miró el montón de leña.

—Durante los próximos años, me imagino.

Kei siguió su mirada fija y ella vio la sorpresa de sus ojos como si acabara de comprender cuánta madera realmente había cortado.

—Pienso mejor cuando hago algo.

—Entiendo. Yo...

—Tengo que bañarme —anunció Kei con toda la arrogancia de un Rey.

—Hay una pequeña tina en la cabaña.

Kei levantó una ceja y la contempló.

—Pero, probablemente es demasiado pequeña —se enmendó Lorrán—. Hay una cascada a poca distancia. La uso de vez en cuando.

—¿Otros?

Kei estaría preocupado de cuantos otros sabían que él estaba aquí. Su hermano había estado preocupado por la misma cosa.

—No. Está también cerca del refugio de Effron.

Él se tensó con la mención del nombre del dragón, pero no dijo nada. Lorrán esperó. Él sólo había aprendido esta mañana que pronto el Rey volvería por el dragón. Ella podría entender por qué él necesitó el tiempo para adaptarse a aquel concepto.

—Me gustaría verlo —dijo él en voz baja.

Ella sabía que él se refería al refugio de Effron. Después de agarrar las toallas, Kei quería un baño después de visitar la cueva del dragón, tomó el camino del sur que lleva a su cabaña. Ella había escogido la posición por su proximidad al dragón. Effron había matado a varios animales del ganado y al perro familiar antes de que el dueño anterior se hubiera mudado.

Todos en el pueblo pensaban que ella era demente por vivir cerca del refugio de un dragón, pero si ella quería estudiar al animal, ella tenía que estar cerca. Había pasado por este camino casi a diario desde que se mudó a la vecindad hacia un poco más de un año.

Effron era un dragón bastante joven. Él había sido un noble tonto que vivía en el norte, quién había aceptado el reto de sus amigos de moverse sigilosamente en el refugio del dragón y buscar el tesoro. El dragón había vuelto. Y esto era el resultado. Otro dragón que atormentaba un nuevo pueblo.

El camino se enroscaba y entonces comenzaba a subir, dejándolos encima de la colina del refugio de Effron. Kei examinó el bosque con cada paso, un guerrero alerta por el peligro.

—Nada vive en estos bosques —dijo Lorrán para llenar el silencio. Effron espantó bastante bien a todos, así que los bosques están bastante seguros. Los dragones no cazan en el bosque. Los árboles no permiten el libre movimiento de sus alas. Pienso que esto los hace sentirse vulnerables. Ellos prefieren su presa al aire libre.

—Y bastante cerca del pueblo para que ellos pueden aterrar a la gente al mismo tiempo.

Lorrán decidió dejar el comentario. No podía negarlo. Parecía que los dragones se deleitaban con la destrucción. Y ellos tenían extensos recuerdos.

Ellos subieron el tortuoso sendero en silencio. Lorrán estaba acostumbrada a la colina empinada y la completó fácilmente. Kei siguió. Él ni siquiera estaba sin aliento cuando ellos alcanzaron la cumbre. Era casi imposible creer que hacía tres días él hubiera sido llevado hacia abajo de esta derribada montaña y hubiera estado ensangrentado. No había ninguna señal de ello ahora.

Ellos se pararon en la cima. Kei contempló el valle desde el anaquel de piedra. Nada se movió debajo. Ella no podía decidirse si él buscaba algo en el bosque, o se preparaba para encontrar a la criatura en que él se volvería pronto.

Después de un momento, él asintió.

—Vamos.

Lorran mostró el camino a la vuelta de la esquina. La apertura a la cueva era pequeña, muy pequeña, si se consideraba que alojaba a un dragón totalmente crecido. Lorran había estado allí bastante veces para saber que la apertura se ampliaba en una enorme caverna justo en la oscuridad. De alguna manera el dragón era capaz de doblar su cuerpo para bajar por la apertura.

Lorran se paró en la entrada. Raramente iba dentro del refugio de Effron. Sabía que territorial eran las bestias y no le gustaba meterse.

Ella echó un vistazo a Kei para ver como él tomaba todo esto. La mirada de su cara era severa. Serio e inmovible. La luz de sus ojos verdes parecía oscura, haciendo juego con la oscuridad de la cueva.

Ella se preguntó lo que pensaba. Hacía tres días él había caminado en esta cueva para matar al dragón. Ahora, él miraba su futuro.

Él entró en la cueva y ordenó a Lorran.

—Quédate aquí.

—¿Qué? —Lo miro fijamente con asombro—. Soy la persona que estudia a los dragones. ¿Por qué me quedaría aquí?

—Él podría herirte.

—Él no está.

Kei hizo una pausa como si estuviera considerando otra orden. Lorran mantuvo su mirada fija estable. Esto iba en contra de su educación de niña, desafiar a un hombre, y a un Rey sobre todo, pero después de los tres días pasados, ella se encontró no haciendo caso al protocolo que ella había aprendido desde hacia años.

—Muy bien, pero permanece atrás. —Él se dio vuelta y camino en la cueva.

Lorran agito su cabeza.

—No soy yo con quien él va a irritarse. No vine detrás de él con una espada —murmuró ella y siguió a Kei dentro.

La caverna estaba oscura, pero la luz del sol se filtraba debajo a través de los cristales así que había bastante luz una vez los ojos se adaptaban. No pareció que Kei esperara. Él se acercó y se paró. La cueva estaba vacía. Effron estaba fuera. Kei vagó por el espacio abierto, su mente obviamente atrapada en sus propios pensamientos. Lorran sabía que Kei había estado dentro del refugio del dragón antes, pero nunca considerándolo desde este ángulo. Las líneas austeras de su cara se endurecieron como piedra cuando él recorrió la cueva a lo largo y ancho.

Él había dicho que se suicidaría, en lugar de permitir que aparezca el dragón. No había querido creerlo, pero mirándolo ahora, sabía que dijo la verdad. No había nada peor en su mente que convertirse en una de estas criaturas.

Kei miró fijamente el montón de metal que caracterizaba la riqueza del dragón. Lorran sabía que esto principalmente consistía en collares rotos cuando ellos fueron arrancados de los cuellos femeninos y varios botones de oro de vestidos y capas. El dragón no estaba interesado en la riqueza, pero los artículos reunidos brillaron. Kei se inclinó, metió la mano en el montón—y sacó una espada.

Su espada. Se debió de haber caído de su mano cuando el dragón lo mordió. Él inspeccionó la lámina y levantó el arma en su mano como si comprobará la empuñadura. Movi6 sus hombros hacia atr6s y sigui6 contemplando la pared en blanco.

Ella tenía que sacarlo de allí.

—Debemos irnos —anunci6 Lorrان—. Efron volver6 pronto.  l no se aleja mucho tiempo. —Ella había registrado los hábitos del dragón. Estaba anocheciendo. A Efron le gustaba estar en su refugio antes de que el sol bajara. Los dragones, aunque pareciera que ellos tenían una visión nocturna increíble, no querían la oscuridad. Incluso sus t picas cuevas estaban iluminadas con alguna forma de cristal.

Kei permaneció callado, pero se volvió para enfrentarla. Las profundidades de sus ojos brillaron con cólera y odio impenitente por las criaturas que él había combatido toda su vida. Y por el daño que esta criatura le había hecho.

Lorrان de repente se sintió muy molesta. Ella no sabía lo que pasaría pero rápidamente se hizo claro que Kei y Efron no podían encontrarse. No ahora.

—Kei, por favor. Vamos.

Sin responder, él se volvió y camin  a la apertura.

Lorrان camin  en la agonizante luz del sol y se congeló. Llegaban demasiado tarde. El pesado aleteo de las alas vibró en el aire cuando dejaron la cueva. Un enorme dragón verde—gris ocupó el anaquel delante de ellos. La bestia bajó agachándose y gru n  bajo en su garganta.

Kei se movió al lado de ella, con su espada firme en la mano.

Lorrان sentía que su corazón empezaba a palpar. Efron la ignora en su mayor parte pero ella no pens  que el dragón tendría la misma reacción por Kei.

La bestia inclinó su cabeza y los miró. Los negros ojos del dragón brillaron con enfadada curiosidad.  l abrió su boca y otro gru nido retumbó en el aire.  l no estaba contento. Lorrان estaba acostumbrada a su examen pero esta vez él la ignor  y se concentró en Kei.

Kei camin  adelante, su compacto cuerpo en postura de guerrero. El dragón extendió sus anchos pies enseñando los dientes.

—Quédate detrás de mí —ordenó Kei.

—Kei, no.

—Baja la colina, Lorrان. Yo me ocupar  de él.

— No! —Ella tiró del brazo en el que Kei llevaba la espada.  l miró fijamente su mano en su codo y luego con brusquedad apartó su mirada de su cara.

— Qu  haces?

—Déjale en paz.

Efron gru n . Kei estuvo enfrente de él. Y Lorrان sabía que tenía que conseguir que uno de ellos se echara atrás.

—Kei, por favor. No le hagas daño. Sólo d jale ir.

El dragón cambió su postura como si estuviera impaciente para empezar.

—No puedes esperar que me aleje.

—Lo hago. Estamos en su refugio.  l protege su casa como harías t . Y para ser sincera, probablemente no est  nada contento de verte volver con una espada. —El dragón

levantó su pesado cuerpo sobre sus potentes piernas y se adelantó hacia ellos. Lorrán se precipitó en encontrar la criatura—. No te muevas —dijo Lorrán.

Kei miró la espalda de Lorrán. ¿Ella se puso entre él y el dragón y ahora le daba órdenes? ¿La contempló y se preguntó cuándo había perdido el control de la situación?

La respuesta vino rápido. En el momento en que había despertado dentro de su alcoba.

El dragón siguió adelante. Alcanzó a Lorrán. La boca del dragón se abrió revelando una fila de dientes blancos, agudos.

—Lorrán... —Todavía tenía tiempo para retroceder y él se acercaría y destruiría a la bestia. Pero ella agitó su mano detrás de su espalda indicando que debería alejarse.

—Está bien. Lo hizo varias veces. —El hocico del dragón bajó hasta sus pies y se movió hacia arriba, como si él la oliese.

Un gruñido profundo hirvió en la base de la garganta de Kei. El sonido era extrañamente animal. Su cuerpo reaccionó sin su orden, preparándose para el ataque. Él no podía dejar que la tocar aquella bestia.

—Kei, sal por detrás de mí y con la cabeza hacia abajo —dijo suavemente Lorrán. Su voz le asustó. Ella no se movió. Se sentó tranquilamente, dejando al dragón oler su cuerpo. Estaré bien. Baja la colina.

Todo dentro de él se rebeló. Su formación y su honor no permitirían que deje a Lorrán para enfrentar un dragón.

Pero ella no lo quería herido. Ella defendería a la bestia.

Kei respiró hondo e hizo lo que nunca había hecho antes en su vida—se alejó de una honrada batalla.

Obligó a sus piernas a llevarle abajo por el camino. Necesitó toda su fuerza. Se paró, fuera de la vista y miró. El dragón siguió inhalando su olor. Kei sintió el movimiento de su pecho, tomando un profundo aliento. Podría olerla a corta distancia. Delicioso.

Su polla se movió nerviosamente dentro del sudoroso pantalón que llevaba y lamio sus labios por impulso. Las horas que habían pasado desde que había estado entre sus piernas—la memoria era una mezcla de fantasía y la niebla que había cubierto la realidad—pero él recordó su gusto. Ella era suya.

Cavó sus dedos en la pared de roca. Su honor como hombre y guerrero exigía protegerla. Sonidos extraños se repetían dentro de su cabeza y le impulsaban a llevar lejos a Lorrán. Mantener la bestia lejos de ella.

Efron gruñó y Kei sintió sus propios labios formando un gruñido en respuesta. Lorrán saludó con la cabeza y comenzó a alejarse despacio. Kei miró la suave oscilación de sus caderas con cada paso y al instante imaginó la sensación de su culo presionado contra sus caderas cuando estuviera dentro de ella. Apartó la vista rápidamente.

¿Qué estaba mal en él? Era un Rey. Fue criado para ser un señor, de una clase. No había ninguna razón de mirar con lascivia a la mujer que le ayudaba.

—Vamos —dijo Lorrán cuando le alcanzó—. Efron podría decidirse a venir por nosotros. No estaba de buen humor.

—¿Le habla? —Kei fue sorprendido por la idea. Nadie había sido capaz alguna vez de comunicarse con las bestias a pesar de que habían sido humanos una vez.

—Uh, no. Pero le he vigilado durante meses. Sé sus humores. Él no estaba feliz descubriéndole en su refugio. Otra vez. Los dragones son muy territoriales.

—¿Qué le prometió?

La pregunta fue dicha en voz baja y Kei comprendió de inmediato que fue un error.

La espina de Lorrán se enderezó y dio vuelta para enfrentarle. Le fulminó con la mirada.

—¿Perdóneme? ¿Qué le prometí?

Pareció que su cólera se alimentaba de ella misma. Se había quedado y él había tenido que alejarse. Dobló sus brazos sobre su pecho.

—Los apetitos de un dragón son conocidos.

—¿Qué? ¿Piensa que consentí en tener sexo con él simplemente para conseguir que él le deje en paz?

—Hay mujeres que buscan a dragones con ese objetivo.

—Estudio a dragones para ayudarles, no porque busco... porque quiero... —Ella dobló sus brazos imitando su propia postura arrogante—. Puede sorprenderse, *Su Majestad*, pero Effron no tiene absolutamente ningún interés en mí. No de ese modo, no, no le prometí nada salvo que conseguiría que se marche. Por las Diosas, piensa que el mundo gira alrededor del sexo. Eso no pasa. Ni siquiera en el mundo de un dragón.

Con esto, ella se giró y se fue, hacía la cascada. Kei esperó hasta que estuviera a una distancia segura, antes de seguirla. Había algo decididamente peligroso sobre Lorrán cuando estaba irritada.

Ella estaba de pie al lado de la cascada esperando, cuando él llegó. Dejó caer dos toallas encima de las rocas.

—Aquí está la cascada. Vaya a lavar su cabeza.

Comenzó a alejarse.

—Lorrán, espera. Por favor. —Él estuvo momentáneamente sorprendido por el sonido arrepentido de su propia voz. No podía recordar la última vez que había dicho *por favor* y realmente lo había querido decir. Pero pensó que Lorrán entendería. Ella sabría lo que esto le costó—. Perdóname por mis comentarios. Realmente no creo que darías tu virtud... —Ella levantó sus cejas y Kei rápidamente enmendó sus palabras— tu cuerpo al dragón. Me asusté que te dejara ir sin hacernos daño a cualquiera de nosotros y yo... —Esto era casi más duro que la disculpa, pero sabía que sería igual de importante—. Aprecio lo que hiciste. Te pusiste delante del dragón, de modo que pudiera escaparme. —Odió aquella palabra. Era una acción cobarde—. Fue muy valiente de tu parte.

La rigidez se desvaneció de sus hombros.

—Efron no me hará daño. Él nunca me toca. No tiene ningún interés en mí.

—Pero eres una mujer. Una mujer encantadora, deliciosa, con un sexo sabroso y... —Kei paró las imágenes. No necesitaba más combustible para los pensamientos llenos de lujuria que le asediaban desde el despertar.

—Sí. —Ella se rió entre dientes, pero él podía oír el dolor de detrás de la risa—. Imagino ser la única mujer del planeta, a quien al parecer, los dragones no quieren. Esto realmente me da una oportunidad única de estudiarlos y eso hago. Dijo las palabras sin emoción, pero había más. Le dejaré con su baño. La cabaña está bajando la colina.

—Espera. ¿No te unirás a mí? —Las palabras parecieron formales... y totalmente inadecuadas para un Rey, a una noble—. Quiero decir, no unirse a mí, por supuesto, pero quizás te gustaría bañarte mientras se presenta la oportunidad. Effron está en su cueva. Pondré el reloj. Y prometo mirar en otra dirección.

Él se sintió muy noble diciendo esas palabras. En particular cuando lo que más deseaba era mirarla quitarse su feo vestido y andar hasta el agua, mojando las suaves curvas de sus muslos, el sedoso pelo de entre sus piernas... Kei gimió, la imagen era demasiado verdadera.

—Ve. Entra en el agua. Esperaré aquí.

Él anduvo hasta el borde de las rocas que formaban la charca y se dio la vuelta, mirando fijamente el bosque. Después de un momento, lo oyó—el suave chapoteo cuando entró en el agua. Kei paró la sensación, bloqueando los sonidos de sus movimientos, sin hacer caso de la erección que palpitaba entre sus piernas. Él era un guerrero. No era un joven adolescente que no se podía controlar. Lo dominaría.

Escuchó los sonidos del bosque, oyendo sólo los árboles que se balancean por los vientos. No se movía nada más. Él se sostuvo de todos modos, concentrándose en el mundo natural. Descubrió que no tenía que verla—su imaginación era capaz de crear el cuadro claro en su mente.

—¿Kei? —La voz de Lorrان era suave y prudente—. Él ya la había asustado. Una persona que podría ayudarle y él la había asustado—. No...

Él se dio vuelta y se quedó atónito. Un raro sonido se rompió en su garganta. Y de repente le era muy duro respirar.

Ella estaba de pie ante él, sin tener nada más que una diminuta tira de tela que apenas la cubría del pecho al coño. Su pelo mojado colgaba alrededor de hombros desnudos, agarrándose a ella con cariño. Sus largas piernas eran suavemente torneadas y fuertes. Él había mirado su culo y sabía que ella tenía fuerza. Tragó y trató de limpiar el terrón de su garganta y recordar que había una realmente buena razón por la que él no la lanzaba a la tierra y la jodía en este momento.

Lamentablemente, aunque realmente creyera que había una buena razón, no podía recordarlo. Arrastró su fija mirada a través de la deliciosa vista de sus piernas.

Ella hizo una mueca cuando él encontró sus ojos, sin duda viendo la obvia lujuria que era claramente visible en su cara.

—Yo iba a decir, no te gires, mi vestido se ha mojado y estoy casi desnuda —dijo ella, su voz burlándose ligeramente.

—Voy, uh, a tomar ahora mi baño. —Su voz era ronca y chirriante. Bajando su mirada fija, Kei se obligó a pasar por el lado de Lorrان y el delicioso olor de su pelo mojado casi detuvo sus pasos.

Él se había despertado a su lado, duro. Había pasado la tarde partiendo madera en vez de tenerla. Nada pareció capaz de bajar su furiosa erección. En cada momento, pensaba que no se podía poner más duro. Y en el momento siguiente, se demostró a sí mismo estar equivocado. La única cosa que impedía a su polla saltar contra su estómago eran los pantalones que llevaba y no estaba seguro que el material iba a sostenerlo mucho más tiempo.

Tenía que hacer algo.

—No es natural —refunfuñó él, cuando se desnudaba—. No es natural estar tan duro durante tanto tiempo. —Se bajó el pantalón y dio un suspiro de alivio cuando sacó la polla.

—¿Su Majestad, habla conmigo? —La voz de Lorrán le llegó desde una distancia segura. Colocó las manos en sus caderas, indignado por la incapacidad de controlar su cuerpo.

—No, hablo conmigo. —Tal vez el agua fría le ayudaría. Se movió hacia el agua y entró en ella. Caray. El agua no era fría. Estaba caliente, casi caliente. Perfecta.

Se suponía que iba a ser incómodo. Algo para no pensar en su polla. El coño de Lorrán. Y su boca, y sus senos, y, maldita sea, tenía que hacer algo. Se zambulló bajo el agua y nadó hacia la cascada.

¿Qué locura lo había hecho consentir en dejarla estudiarle cuando hiciera el cambio? Hubo un deseo extraño, casi una obligación, de quedarse con ella. Y su interés hacia los dragones era la excusa perfecta. Después de que había estado de acuerdo, todo pareció normal. Nunca había esperado pasar todo el tiempo con una erección que no se quitaba.

Kei salió en la parte de detrás de la cascada. Dejó que el agua golpeará su cabeza y hombros. Las mordeduras agudas le hicieron bien, lo suficiente para guardar su cuerpo distraído. Agarró el jabón y fregó su cuerpo, y aclaró su piel. Después de que su piel brilló y su pelo estuviera limpio otra vez, se hundió en el agua, aclarándose rápidamente antes de salir.

Kei abrió sus ojos y miró fijamente a través del agua que caía. Casi anocheecía, pero podía ver a Lorrán claramente. Ella agarró la toalla contra su pecho y se inclinó para recoger su vestido. El movimiento reveló la curva de su cadera, la línea burlona de su culo. La boca de Kei secó. Ella echó un vistazo en su dirección cuando se enderezó. No sería capaz de verle a través del agua que caía. Se acercó a una roca que debería haberla escondido de su vista. Kei se movió detrás del agua, guardándola a la vista.

Ella avanzó poco a poco detrás de la roca. El viento revoloteó su toalla. Kei agarró el olor de su carne húmeda cuando fluyó por el aire.

Pasó su mano debajo del agua y tocó su pene que brincó en su palma. La miró, pidiéndole silenciosamente soltar la toalla. Tenía que verla. Sus pechos llenos y sus pezones apretados. Y su sexo. El recuerdo de su sabor flotó a través de su lengua. Movié su mano a lo largo de su erección y la miró. Su coño estaría mojado. Sabía lo mojado que se ponía en su boca. La llenaría, la follaría hasta que nunca más lo abandonara.

Ella revisó el lugar donde Kei había estado de pie momentos antes. El cielo era casi oscuro. Nunca sería capaz de verle. Pero él podía verla. Ella se dio la vuelta. Él vio la toalla caer a la tierra. Su culo estaba delante de él. Ella se pasó los dedos por los húmedos hilos de su pelo.

La extraña niebla que le había frecuentado desde que despertó, volvió. Tenía que tenerla.

Silenciosamente, casi inconscientemente, se acercó hasta que estuvo de pie al borde de la charca.

Unos instintos no totalmente suyos le condujeron adelante. Salió del agua. Lorrán se giró.

—Que... —Ella retrocedió, pero Kei estaba allí. Hizo callar su pregunta con su boca y el dulce sabor de sus labios explotó en sus sentidos. De repente todo era como debería ser.

La energía que había inundado su cuerpo todo el día se alivió y la distante voz de su cabeza se disipó. Sintió su choque, pero ella no luchó.

Él bloqueó todos los sonidos, dejando solo el susurro de su corazón. Moldeó sus labios con los suyos, y después de una momentánea vacilación, su blandura le concedió el poder. Ella se abrió para él y él se metió dentro, suavemente, tentándola para darle la bienvenida. Como si supiera su deseo, ella tocó la punta de su lengua con la suya en un rápido y ligero movimiento que enviaba demasiadas imágenes por su cabeza, de lo que quería que hiciera aquella lengua. Ella repitió la caricia y él sabía que iría donde la condujera.

Él se hundió en el beso, conociendo su boca, su gusto, deleitándose con los diminutos quejidos con que le alimentaba. Continuó saboreando su sabor, hasta que estuvo desesperado por respirar. Pero no la abandonó. Siguió jugueteando y besándola a lo largo de su mandíbula, moviéndose despacio y disfrutando de cada pulgada de su piel. Ella inclinó su cabeza cuando colocó su boca contra la lisa columna de su cuello y empujó sus senos contra su pecho. Él podría sentir que sus apretados pezones le empujaban. Ahuecó sus pechos en sus manos y masajeó suavemente, amando los suaves gemidos que salieron de sus labios. Se inclinó hacia un coqueto pezón y comenzó a chupar. Los ahogados y asustados gritos de placer de Lorrán le hicieron estremecerse en el tranquilo éxtasis. Quiso darle más—tomar más—hasta que consumiera sus pensamientos y deseos. Kei arremolinó su lengua alrededor de su pezón y sintió que este se alargaba en su boca. Ella se arqueó, pidiendo silenciosamente más. Él gimió. La niebla oscura aumentaba dentro de su cabeza.

Él colocó una mano en su culo, guardando sus caderas apretadas. Los rizos que protegían su coño cosquillearon su polla cuando metió su longitud entre sus muslos. La humedad que fluía de su coño cubrió su eje.

Kei le dobló la espalda sobre su otro brazo, preparando a sus pechos para su atención. Se enderezó y miró abajo. Ella estaba estirada. Mostrándose ante él—su espalda se arqueó y empujó los deliciosos montículos hacia arriba. Su pecho se elevó y cayó. Tenía que tenerla. Se inclinó y colocó un beso suave, burlón en la curva de su carne doblada. El deseo de abrumarla de cada modo posible nubló su mente. Él abrió su boca y lavó el pico duro de su pecho. Él se amamantó y lamió, tardando mucho tiempo hasta que los gritos de Lorrán se hicieron desesperados. Entonces él cambió su atención al otro pecho y le dio el mismo tratamiento de cariño. Sonrió contra su piel cuando ella se enroscó y gimió en sus brazos. Le pertenecía. El bosque que había alrededor desapareció. Sólo su sabor y sus gemidos desesperados eran importantes.

Quería más. Quería que le implorara y que gritara su nombre.

Movió su cuerpo hasta que quedó arrodillado delante de ella. Ahuecando sus suaves caderas en las manos, levantó una pierna sobre su hombro hasta que ella estuvo abierta para él. El olor de su excitación le hundió. Se movió rápidamente, hambriento de su coño. En un movimiento rápido, le extendió las piernas y empujó la cara en su coño caliente. Estaba mojada y empapada con los jugos que brotaban de su coño. Kei quiso aullar de alegría, pero no soltaría el premio de su sexo. Hundió su lengua dentro de ella y lamió las paredes de su cueva. Ella se estremeció en sus brazos. El pinchazo agudo de sus uñas en su cuero cabelludo le animó.

Él perdió la noción del tiempo—las largas horas de luz se diluían mientras seguía deleitándose con su coño. Ella se retorció en sus manos, advirtiendo silenciosamente su

punto culminante. Él podía sentir que su cuerpo comenzaba a vibrar. Ella se corría. Él metió su lengua profundamente dentro y rozó a lo largo del borde superior de su clítoris, empujándola, necesitando romper la barrera.

—¡Kei!

Su grito era nuevo, pero de algún modo familiar. Ella se corría. Él rizó la punta de su lengua y sintió su cuerpo tensándose.

—Por el amor de Dios —jadeó ella.

Kei apenas oyó las palabras. El sabor de su piel y el dulce zumo que ella produjo en su orgasmo era demasiado atractivo. Bebió de ella, sabiendo por la errática pulsación de sus caderas que ella era capaz de más. Era como si su mundo entero se hubiera centrado entre sus piernas.

Su polla saltó contra su estómago. La necesitaba. Necesitaba correrse en el apretado coño que él había probado. Un frenesí como nunca había conocido quemaba a través de sus venas. Movié su pierna alrededor de su cintura y colocó el duro eje contra su mojada apertura. Tan cerca. Tenía que estar dentro de ella.

Mía.

Kei se tensó cuando la desconocida voz invadió sus pensamientos. Venía de dentro de su cabeza, pero no le pertenecía. La reconoció. Recordó de golpe los sueños disipados del trance—fuego y dolor. Y siempre aquella voz.

Su mente se despejó y sintió una faja invisible apretando alrededor de su pecho.

El dragón estaba vivo en su cabeza.

—¿Kei? —Sus labios estaban hinchados por sus besos, pero sus ojos oscurecidos con preocupación.

Él retrocedió, sabiendo que tenía que distanciarse de ella. El deseo de tomarla era demasiado fuerte. Si la tomara ahora, le daría poder a la bestia dentro de él.

No. Mía.

La necesidad le desgarró desde el interior.

—Tengo que joderte. —Las palabras salieron con un gruñido. El sonido era casi irreconocible como voz humana.

Ella le contempló con los asustados y oscuros ojos de presa.

Kei mordía sus dientes juntos. La niebla ribeteaba su control.

—¿Kei? —Ella se inclinó rápidamente y recogió su vestido, sosteniéndolo delante de ella—. ¿Qué está mal? —Él oyó un rastro del miedo en su voz, pero, su único pensamiento era que se escondía de él, escondiendo lo que le pertenecía.

El pensamiento cambió su pasión en rabia. Sus labios se abrieron en un gruñido. Lorrán se congeló al oír el ruido. Le contempló, mirando sus ojos. Entonces, comenzó a alejarse poco a poco. Él reconoció el movimiento. Ella retrocedía ante él como había hecho ante Efron.

La imagen le impresionó, aclarándole. Se miró el cuerpo, preparado para atacar. Se obligó a dar vuelta y estar enfrente de la cascada. ¿Qué estaba mal con él? La había asustado. Y con buena razón.

¡No!

La voz gritó en su cabeza, animándole. Podía tenerla. Tenía que tenerla.

¡No te vayas!

—Vete —le pidió aunque tenía un nudo en su garganta. Echó un vistazo sobre su hombro, pero no se dio vuelta. Su polla estaba tan dura y la necesidad de estar dentro de su coño todavía era tan desesperada, que no podía mirarla. Vete. Ahora -dijo cuando ella no se había movido.

—Déjeme ayudarte. —La confusión y la compasión rodeaban su oferta.

Ella tenía que marcharse. No podía controlar al dragón mientras ella estaba allí.

—Sólo vete —ordenó él otra vez.

Después de otro momento, mientras Kei silenciosamente imploró que los Dioses se la llevaran, ella comenzó a retroceder. Él la miró con disimulo. Ella esperó hasta que estuviera abajo, antes de darse la vuelta y alejarse rápidamente.

Cuando ella desapareció, apartó la vista del vacío. El gusto persistente de su carne se combinó con el gusto amargo de la desilusión. Y la cólera. Ella se fue.

Se hundió en la tierra y dejó caer su cabeza en las manos. La sangre quemaba su corazón. Tenía que follar.

No, se corrigió, él tenía que follarla, tenía que venirse dentro de *ella*.

Se concentró en calmar su aliento y devolver su foco a este mundo. Esto pasaría. El olor del suelo forestal le llenó momentáneamente la cabeza. Su olor estaba en todas partes dentro de aquella pequeña casa. No había ningún modo que él pudiera volver allí. No en estas condiciones.

Con un suspiro, alcanzó y envolvió su mano alrededor de su sólido falo. No podía tenerla, pero encontraría su liberación. Dirigió su mano de la punta a la base, un agarre rápido. Sus manos serían dedos suaves, delicados que acariciarán su polla. Miró su propio toque, imaginando, esperando su piel suave contra la suya, el calor de su palma alrededor de su verga erguida. Desterró la imagen. Él lo haría—pasaría la página. Tenía que tratar con problemas de verdad. No podía pasar sus días con un duro y macizo pene.

Él apretó y bombeó su eje. Era tan duro que no duraría mucho. El placer se construyó con cada movimiento de su mano. No debería haberle llevado más que unos golpes, pero sólo se puso más duro. Pareció que el punto culminante se movía lejos, fuera de su alcance. Él formó un anillo apretado con sus dedos, moviendo su mano más rápido. Esto sólo tuvo éxito en aumentar la tensión. Su polla gritaba por la liberación. Su cuerpo entero vibró con la necesidad de venirse.

Y él no podía. Siguió. No había ninguna otra opción. Él tenía que venirse.

Dentro de ella.

—No, caray —refunfuñó a la influencia de su mente. Él lo haría de este modo.

Una chispa de conciencia paró su movimiento frenético. Hizo una pausa y escuchó. Era como si algo esperase cerca. Él no alzó la vista. No tenía que hacerlo. Lo sabía.

Ella lo miraba.

Pareció que el tiempo y el espacio no existieran. Podía verla claramente, como si ella estuviera de pie delante de él.

Ella no había vuelto a la cabaña. Se había quedado para vigilarle. Y ahora que le había visto, visto lo que él hacía, había permanecido. Kei sonrió. Su pequeña anfitriona remilgada era curiosa.

No, él no podía venirse dentro de ella esta noche, pero podría venirse por ella. Todos los pensamientos del rápido alivio se disolvieron. Descansó sus hombros contra la roca e inclinó sus caderas de lado para mejorar su vista.

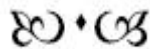
Devolvió su mano a su verga y comenzó a acariciar despacio su longitud. Tardó, dirigiendo su palma de arriba abajo por su eje, haciendo una pausa para saborear la tensión, guardando los movimientos lentos. Si Lorrان le tocara, él no la apresuraría. Querría disfrutar de cada caricia. Ella sería suave, efímera, luego se pondría más valiente. Sus ojos clarearían. ¿Disfrutaría ella de tocarle? Algo le dijo que sí. Ella amaría el poder que tenía sobre él—el poder de sostenerle en su mano.

Cerró los ojos y se la imaginó, arrodillándose a su lado, con sus encantadores y largos dedos acariciándolo. Sabiendo que lo miraba, extendió sus piernas, y comenzó a tocarse despacio. Pronto. Pero ahora quería aplazarlo, saber que le miraba, imaginar su toque. Con cada golpe de su mano, él imaginó a Lorrان, sus hinchados pechos que llenan sus manos, sus apretados pezones que llamaban a su boca. Se lamió los labios. Su coño, mojado para él. Ella le torturaría con las manos antes de pasar despacio su eje dentro de su coño. Él gimió y bombeó más rápido sus caderas. Ella le sostendría apretado, sus paredes aferrándolo. Y aquellos pequeños gemidos calientes que ella había hecho cuando la había tocado. Ella gritaría cuando se viniera.

—Lorrان —susurró él entre los dientes apretados cuando el ritmo se puso más duro, levantando su mano de arriba abajo. Estaba tan cerca. *Dentro de ella*. Tenía que venirse dentro de ella.

La necesidad casi dolorosa se movió en espiral quitándole el control. No había nada que pudiera hacer. Se lamió los labios, el sabor sutil de su coño se derritió en su lengua.

Él condujo a su polla profundamente en su puño y se tensó cuando su semilla manó en su mano.



Lorrان estuvo de pie en las sombras, fuera de su vista. No podía abandonarle. Algo estaba mal. Aunque no había pasado mucho tiempo con Brennek durante su transición, él no había parecido afectado del mismo modo que Kei. La tensión que ligaba sus amplios hombros no tuvo nada que ver con la cólera y todo con la excitación.

Kei estaba excitado. Por ella. Ella consideró la idea que podría ser la influencia del dragón, pero era demasiado pronto. Se había despertado del trance solo esta mañana.

Podría verle por los árboles, su brillante piel contra las oscuras rocas, iluminadas por la brillante luna llena. Dejó caer su cabeza entre sus manos como si toda su energía hubiera desaparecido. Tal vez buscaba un cuerpo complaciente para perderse en el durante unos momentos, olvidar el horror de las siguientes semanas. Tuvo que ser esto.

Brennek había hecho lo mismo, pero no fue su cuerpo el que había ansiado. Tendría que encontrar algún modo de ayudarle. Lorrان mordió su labio inferior. Podría ponerse en contacto con una de las mujeres del pueblo. Había unas prostitutas que vivían en la ciudad. Podría pagar una para Kei.

Él cambió su postura, apoyándose contra la roca y mirando al cielo. ¿En qué pensaba? Lorrان tuvo sólo un momento para considerar la idea antes de que sus movimientos la

distrajieran. Él enderezó una pierna y dobló la otra, entonces él encajó su palma y dedos alrededor de la longitud gruesa de su polla.

Su aliento quedó atrapado en su garganta cuando despacio él comenzó a deslizar su mano por su larga polla. Era gruesa. Y dura. Un dolor hueco repentino se extendió por su estómago. Su sexo todavía húmedo por las atenciones de Kei comenzó a gotear. Lorrán gimió.

Kei se tensó y durante un momento, ella estaba segura que la había oído, pero él se relajó. Seguramente, se pararía si pensaba que le miraba. Pero él siguió con golpes estables, hasta parecía haber reducido la velocidad. El obvio placer marcó su cara cuando cambió, volviendo sus caderas hasta que estuvo totalmente expuesto a ella. Ella podría ver cada línea y curva. Sus muslos tiraron cuando él empujó sus caderas hacia arriba.

Su aliento se movió con cada empuje, emparejando su ritmo. Él tiraba, alcanzando su punto culminante. Su propia mano se cerró en un puño. Quiso tocarle, quiso mirar su cara cuando ella hiciera exactamente lo mismo. Sus movimientos se pusieron más frenéticos cuando aumentó la velocidad. No podía dejar de mirarlo. Era hermoso. Le dolían los pezones. Dirigió su mano por su cuerpo y cogió su pecho. Se pellizcó el pico y sintió dolor entre sus piernas.

Él movió su cabeza. Ella podía oír su gemido y mirar como el líquido blanco se derramaba por sus dedos.

Sola en los bosques, ella le miró y se lamió los labios.

Capítulo 4

Lorran se acercó a la ventana, mirando fuera, buscando alguna señal de Kei. No había vuelto a la cabaña la noche pasada. Después de verlo en la cascada, ella se había apresurado a casa y le había esperado, durmiéndose finalmente de madrugada.

El silencio era extraño. Se había acostumbrado a su presencia durante los tres días de trance. Y dormir sola en la cama había sido incómodo. En el sueño estuvo perseguida por las manos y los labios de Kei sobre su piel. Agarró los bordes de su falda. Era tan fácil recordar, recrear la memoria física de su toque. Su sexo comenzó a palpar, como si se preparara para él. Suspiró y dejó que su mente recordara el movimiento de la mano de Kei entre sus piernas, de su boca chupando su coño, de su propia mano alrededor de su eje.

Ella sólo podía imaginar lo que le gustaría sentir su verga dentro de ella. Era gruesa y larga. Su pecho se hinchó mientras luchaba por respirar. Inconscientemente, rodó sus caderas, sintiendo un extraño dolor entre sus piernas. Suspiró y cerró los ojos, mientras permitía que aumentara la tensión. Sus pezones rozaron el suave algodón de su blusa.

Estuvo deseosa anoche. Si él no se hubiera apartado, lo habría aceptado en su cuerpo. Aún se sentía vacía, preguntándose lo que se había perdido.

Aunque no oyó nada, de repente supo que ya no estaba sola. Abrió los ojos. Kei estaba en la entrada, mirándola.

—¿En qué pensabas hace un momento?

—Uh, en nada. —Sentía un leve rubor en sus mejillas.

Las líneas alrededor de sus ojos se hicieron más profundas, pero él no habló. Era casi como si pudiera ver sus pensamientos y sabía que ella había estado fantaseando sobre él. Su pelo largo estaba mojado. Había vuelto de la cascada esta mañana. La contempló durante un largo momento. Le devolvió su fija mirada, asustada por la emoción salvaje que vaciló en sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó ella, su voz no era más que un susurro. Él se enderezó y la extraña vulnerabilidad se fue. Algo había pasado para haberle sacado de la cascada. Él la había querido. Se limpió sus húmedas manos sobre un paño de cocina—. No supe que te pasó anoche —dijo ella enérgicamente.

—Anduve por el valle.

Lorran asintió. No sabía que más decir.

—¿Quisieras comer algo? —preguntó, desesperada por hacer algo para aliviar la extraña tensión del cuarto. Kei estuvo de acuerdo y en pocos momentos Lorran le puso delante comida caliente. La miró cuando ella se movió por la cabaña, sus ojos enviaban corrientes de calor a través de su cuerpo. Ella se preparó mentalmente y reunió sus pergaminos antes de sentarse enfrente de él.

Él echó un vistazo, pero rápidamente volvió su atención hacia a su desayuno.

—Creo, que deberíamos comenzar —dijo ella abriendo el papel y entintando su pluma—. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

La áspera respuesta era totalmente poco ilustrativa pero Lorrán la anotó.

—¿Sentiste algún cambio? ¿Algún pensamiento extraño que no puedas explicar?

Su tenedor se detuvo a medio camino de su boca, entonces continuo. Después que tragó, él agito su cabeza.

—No.

Lorrán marcó su respuesta, pero no estaba segura que dijera la verdad.

—Necesitaremos rastrear tus emociones.

—¿Por qué? —Él finalmente encontró su mirada.

—Cuando la conciencia del dragón crezca, es cuando tú notarás cambios. Tus emociones se intensificarán. Odio, cólera, dolor, humillación.

—Excitación sexual —añadió él.

Ella domo su expresión para no demostrar nada.

—Sí, supongo que la excitación sexual sería una de las emociones a las que apelaría el dragón —ella carraspeo—. En particular considerando la reputación de los dragones. En esa área. Pero nadie ha informado alguna vez una transición, durante, uh...—ella no estaba cómoda con este tipo de discusión. Su familia no había discutido de las relaciones entre hombres y mujeres. Su noche de boda había sido una real sorpresa—. Bien, durante las relaciones íntimas.

—El sexo —replicó Kei.

Ella sintió que se ruborizaba otra vez. Tuvo que recuperar el control de la conversación.

—Sí. Los observadores han informado que el humano comienza a cambiar, al menos mentalmente y en sus comportamientos, mucho antes de que el dragón físicamente aparezca. Las emociones de la persona se hacen muy erráticas—. Ella mantuvo su voz distante e impersonal. Era extraño. Nunca había hablado con un hombre que estaba pasando por el proceso. Él parecía tan tranquilo con la situación pero ella había visto la rabia dentro. Ella no tenía ningún modo de aliviar su ansiedad. Aunque apenas le conocía, temió por las próximas semanas. Las lágrimas picaban los bordes de sus ojos.

—¿Qué causa la transición final? —preguntó él. Su voz impasible hizo juego con la suya. Su capacidad de mantener el control inspiró la suya y Lorrán obligó a sus lágrimas a retirarse. Ella se sentó en su silla.

—No sabemos exactamente pero parece que estas emociones son la entrada. El humano... —ayudaría si ella pensara en ello en términos generales en vez de los datos concretos de Kei cambiándose en dragón—. Muestra emociones erráticas. Por lo general construyendo un arrebató que libera al dragón en el mundo.

—¿Y esto es cuándo se hace físicamente presente?

Ella asintió.

—Notarás probablemente la conciencia mental mucho antes.

—¿Una vez que el dragón aparece, habrá algún modo de volver al estado humano?

Lorrán estaba segura que él sabía la respuesta pero ella contestó.

—No. Nunca hubo un caso de un dragón que volviera al estado humano.

Kei cabeceó y pensó durante un momento antes de inclinar su cabeza de lado.

—Si las emociones son la llave, ¿Puedo mantener al dragón lejos si tengo éxito suprimiendo todas las emociones?

—Teóricamente —con cautela, estuvo de acuerdo. Pero Lorrán se sintió obligada a decirle la verdad—. Nunca he oído hablar de ese funcionamiento. Cuando el dragón crece, lucha por el control, se pondrá más difícil. Algunos hombres han tenido éxito retardando la transición. Pero ellos han sido mucho más apacibles, más amanerados que...—dejó arrastrar sus palabras.

Él puso su tenedor sobre la mesa y miró fijamente sus ojos.

—Que el dragón asesino promedio—dijo él, terminando su frase con un toque de burla.

Lorrán no podía mirar a lo lejos.

—Exactamente. —El aire entre ellos se puso pesado. Con sólo una mirada, él la devolvió a la cascada, la sensación ardiente de su lengua dentro de su pasaje. Ella se movió en la silla.

La fija mirada de Kei bajó a su pecho, que subía y bajaba con cada esfuerzo de respiración. Él tragó profundamente.

—Me tengo que ir.

Él hizo retroceder la mesa y estaba en la puerta antes de que Lorrán pudiera responder. Contempló su espalda durante un momento antes de correr tras él.

—¡Kei! —lo llamó. Él no se paró. Los momentos de simpatía se evaporaron con su arrogancia. No podía seguir desapareciendo así. Había estado de acuerdo con su estudio—. Su Majestad, no puede seguir alejándose.

Él siguió moviéndose hasta alcanzar el montón de leña. Se dobló y recogió el hacha. Ella no estaba asustada. El hombre podría ser un dragón asesino pero él no le haría daño.

Lorrán siguió y se paró entre él y el pedazo de tronco. Ella apoyó sus manos en las caderas y le fulminó con la mirada. Kei miró atrás, sus ojos centellaron pero con furia no con lujuria. Lorrán rechazó ser intimidada.

—Tenemos mucho que hablar. Tengo que conseguir tu información inicial y entonces podremos rastrear los cambios.

—Lo haremos más tarde.

—Si lo hacemos más tarde, no sabré donde comenzamos —indicó ella con sensatez.

Kei hizo una pausa durante un segundo. Ella miró los músculos a lo largo de la tensa línea de su mandíbula, él contenía un gruñido.

—Lo haremos más tarde —insistió él.

—Has estado fuera del trance durante casi un día y medio y he podido observarte durante menos de tres horas.

Él se inclinó sobre el mango de hacha y le dirigió una sonrisa satisfecha.

—¿Pero tú echaste un vistazo anoche, verdad? ¿Te quedaste mirando en nombre de la observación?

Así que él había sabido que ella estaba allí. Ella tenía dos opciones. Podría sonrojarse y tartamudear o responder a su arrogancia con clase. Ella eligió esto último.

—Eso parecía una oportunidad para observarte en tu estado natural. ¡Pero no puedo supervisar tu progreso si pasas todo tu tiempo en el bosque o rompiendo leños en astillas!

¿Puedo recordarte que tú acordaste dejarme estudiarte y para hacer eso tengo que verte físicamente?

—Bien, puedo señalarte que pasar la noche en el bosque era la única opción que yo vi a pasarme la noche aquí follándote hasta que no pudieras caminar.

Sus palabras eran como un tornillo alrededor de su garganta. Ella se distanció un corto paso.

—¿Qué?

—Me oíste. —Kei permitió que el hacha cayera a la tierra—. Tú has pasado por esto antes. ¿Es normal? ¿Es esto lo que se supone que pasa? ¿Qué todo en lo cual puedo pensar es en follarte y lamer tu pequeño coño mojado? Dioses, ayúdenme. Todavía puedo probarte y querer más. —Él avanzó hacia adelante, parándose directamente enfrente de ella.

Por un momento ella pensó que él la alcanzaría pero él apretó las manos a sus lados.

—¿Así que, dime, es normal esto?

Lorran tenía dificultad para encontrar su voz. Ella sabía que sus palabras deberían causarle rechazo pero ellas sólo tuvieron éxito encendiendo de nuevo el hambre entre sus piernas. Quería aquellas cosas, quería su verga y su boca.

—Hasta cierto punto, sí. Brennek se pasó sus últimos días en otra ciudad con las mujeres del pueblo.

—Follando cualquier cosa que se movía.

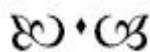
Lorran sintió que sus mejillas se enrojecían, pero asintió.

—Sí.

—Bien entonces tu sabes por qué me alejo mientras podrías querer vigilarme, de alguna manera dudo que tú quieras caer en la cama y extender tus piernas en nombre de la observación.—Él giró y recogió el hacha. Su largo pelo oscureció su cara cuando él contempló la tierra—. Así que, hasta que yo consiga que esta cosa este bajo control, sugiero que me dejes trabajar un poco esta energía.

Lorran lo contempló durante un momento y luego se apartó.

Ella no tenía ninguna respuesta para esto.



Kei anduvo con paso majestuoso atrás de la cabaña cuando el sol comenzó a ponerse. Su largo pelo goteó incómodamente bajo su espalda. Él había vuelto de la cascada.

Tres baños en veinticuatro horas. Cuando el dragón apareciera, Kei estaría agotado, enloquecido por la frustración sexual, pero muy limpio.

Aunque no fuera mucho, parecía que bañándose aliviaba el dolor por el sexo, sólo un poco. Nada duraba por mucho tiempo. Pareció que todo inspiraba pensamientos de follar. Y Lorran.

Quedarse en el bosque lejos de ella no había ayudado. Incluso trabajando él mismo la madera, cortando hasta el agotamiento sólo lo tenía embotado de dolor un rato. Entonces algo—algo que pareció, un olor, un color, la forma del mango de hacha que le recordaba la curva de la espalda de Lorran encendieron de nuevo el recuerdo y él volvió a estar duro y desesperado.

Y él no encontraría el alivio dentro de poco. Al menos no con Lorran. Ella casi se había estremecido cuando él le había contado su deseo de follarla. Desgraciadamente, mientras

ella se había apartado, su cuerpo se había agitado en acuerdo y ese pensamiento lo había ocupado horas. Estando dentro de ella, montando su coño hasta que gimiera con necesidad, hasta que estuviera totalmente abierta para él. Hasta que estuviera unida a él por lazos irrompibles.

Se paró en el pórtico y esperó, esperó que su verga se calmara antes de que ir adentro. Podría haberse masturbado otra vez, pero mientras su cuerpo le dolía por la necesidad, la sensación de su propia mano hizo poco para satisfacerlo. Esto sólo lo hizo peor.

La voz en su cabeza repitió su grito quejumbroso. *Mía.*

Kei rechinó sus dientes juntos. La voz crecía en la fuerza si no en vocabulario. Incluso sin las palabras, la bestia estaba empujándolo llenando su mente con claros recuerdos de Lorrán.

Él contempló la puerta y comprendió que tenía sólo una opción. Él tenía que marcharse. Tenía que volver al Castillo. A pesar de lo que Lorrán había dicho, volver a casa era la única opción ahora. Había mujeres en el Castillo que le darían la bienvenida, hasta con impaciencia. Con los apetitos sexuales legendarios de un dragón, allí sería perseguido por unas mujeres que estarían de acuerdo en ocupar su cama durante las próximas tres semanas. Esto parecía la única solución viable. Él no podía quedarse, no sin follar con alguien. Y la única persona que él quería era Lorrán.

Tuvo que ser la proximidad. No podría haber ninguna otra razón de que él la ansiara tanto. Seguramente otra mujer también funcionaría.

Él abrió la puerta y se paró. El olor del pan caliente fresco llenó el cuarto haciendo eco en su vientre. Le dio la bienvenida al dolor constante. Era otro sentimiento además de la excitación sexual.

Lorrán estaba sentada al lado del fuego, sus manos agarraban un libro pero sus ojos contemplaban las llamas. Ella se dio vuelta cuando él entró. La preocupación estropeó su mirada serena. Caray —él no necesitaba su compasión.

Ella despacio se levantó de su silla.

—¿Le gustaría algo de cenar, Su Majestad? —preguntó ella remilgadamente, aunque no incluyó el sarcasmo en su título esta vez. Su espalda estaba recta y tiesa y parecía lista para romperse. Él esperó, preparándose para otra reprimenda. Lorrán no tenía miedo de decir su opinión. Él decidió que le gustaba eso. En el pasado año, demasiadas personas habían aprendido estar de acuerdo con él—por ningún otro motivo que no fuera que él era el Rey. Era una pena que él se hubiera encontrado con Lorrán ahora, cuando él estaría muerto en tres semanas. Ella habría sido una sabia consejera.

Ella se movió con rápida eficacia, rozando la mesa por delante de él sin decir una palabra. Kei se preguntó durante un momento si ella se había rendido pero la línea tensa de su columna le dijo que ella simplemente almacenaba sus palabras. Probablemente hasta que él hubiera cenado.

Su delicioso olor se combinó con el rico olor de la comida que ella había dejado calentándose en el horno.

Kei la siguió cuando ella colocó su comida en la mesa. Su verga se levantó hacia arriba. Por todos los infiernos, él nunca había imaginado una tortura como ésta. La quería. Toda ella. El olor de su coño añadió una especia al cuarto, sutil y seductora. Él quiso lamerlo, probarlo. Beber de él. Vertiéndose en él hasta que ellos se mezclaran en un ser.

No había ningún modo de pararse. Si era la criatura que creció dentro de él o su propio deseo natural, él no lo sabía—tenía al menos que tomar un poco de lo que él desesperadamente ansiaba. La agarró del codo y la hizo girar alrededor, aceptando su grito ahogado en su boca. Sus labios se tocaron, y al instante el dolor dentro de él se alivió y luego explotó. Era dulce y él necesitaba más—él necesitaba todo de ella.

Ella pareció dudar, pero Kei no pudo detenerse. Él condujo su lengua dentro de su boca, regodeándose en su sabor. Ella gimió y él tomó eso también. Él quiso todo lo que ella le dio. En un rincón de su mente él reconoció que ella no le apartaba, ella lo aceptaba. El mundo se volvió rojo en su mente cuando él se colocó contra ella, dibujando su boca, tirando su cuerpo contra el suyo, hasta que ella abrazó su dolorida erección entre sus piernas.

Mía.

Él rodeó sus caderas, apretándose contra su montículo, su cuerpo se perdió en los movimientos, incluso si él no podía estar aún dentro, donde pertenecía.

Lorran alejó su boca, jadeando. Kei sostuvo sus caderas y se mecía contra ella. Él besó la columna de su cuello, distrayéndola de cualquier posible pensamiento claro. Una breve luz de cordura le advirtió que ella debería romper el hechizo. Ella ignora la advertencia y suspiró cuando el sentido común se marchitó.

No había ninguna manera de luchar contra el placer que él le daba. Ella quería esto. Lo quiso. Deslizó sus manos sobre su pecho, necesitando sostenerle. Él capturó su boca y esta vez ella le reclamó a cambio. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello. Chasqueó su lengua contra la suya, imitando sus movimientos seductores. Él gimió, y giro su cabeza, encajando sus bocas más cerca. Sostuvo sus caderas, casi levantándola como si él quisiera meterse en su cuerpo. Nunca la habían necesitado así.

Fóllala hasta que no pueda andar.

El recuerdo de sus palabras y la admisión aguda disparó el dolor entre sus piernas. Sus pezones alcanzaron su punto máximo contra el suave material de su blusa. Incapaz de resistirse, ella se rozó contra su pecho, amando la ligera fricción. Kei tiró una mano con impaciencia hacia su culo y resbalo hacia abajo al frente de su vestido, rasgando rápidamente los lazos. Su caliente palma ahuecó su pecho, sosteniendo su pesado peso, mientras él esparcía besos por su mandíbula.

—Kei —suspiró ella, la palabra una súplica tranquila, por más confusión que él creaba dentro de ella.

Él se enderezó. Lorran parpadeó por la pérdida repentina de su boca. Sus ojos brillaron cuando él contempló las curvas de sus pechos visibles por la apertura de su corpiño. Con manos deliberadas, él extendió los bordes del ancho material y mostró sus pechos desnudos.

Lorran esperó, mirándolo, buscando alguna reacción. A su marido le habían gustado sus pechos, pero nunca los había contemplado con la fascinación que Kei mostraba ahora. Él extendió la mano, el largo dedo arrastrándolo a lo largo de la curva de su pecho, dando vueltas más cerca hasta que finalmente rastreara el contorno rosado de su firme pezón. La cima empujó más lejos, como queriendo alcanzar su toque.

—Hermoso—él dijo cuando dobló y ató con su boca el pezón estirado. Él mordió suavemente, luego alivió la presión con tirones suaves de su boca. Una saeta de relámpagos

unió su pecho con su sexo. Ella se retorció cuando el vacío entre sus piernas se hizo más pronunciado.

Él adelanto su muslo, presionando el espacio entre sus piernas, moviéndose contra su coño doloroso. Ella suspiró y tentativamente se empujó contra él. Kei gimió sobre su piel y el sonido hizo eco a través de su cuerpo, cada estruendo de placer de él envió otra caricia profundamente en el centro de su cuerpo. Ella calmó su peso en su pierna, rizando un tobillo alrededor de la espalda de su amor para sostenerle en el lugar. El dolor vacío se convirtió en anticipación. Ella se apretó contra su muslo sintiendo el dulce dolor de su creciente orgasmo.

Extendiéndose hacia abajo, él ahuecó sus caderas, levantándola de sus pies. El mundo dio vuelta cuando él giró alrededor y la llevó una corta distancia a través del cuarto. Él la sentó en el borde de la mesa y apartó sus faldas. Con un movimiento fluido, él tiró sus caderas adelante y colocó su verga contra su coño.

Él subió sus caderas hacia adelante y colocó su erección a lo largo de su hendidura, masajeando con ritmo sutil. Lorrán jadeó y él apretó su boca en la suya, atrayendo su lengua dentro.

Después de mucho tiempo de desesperados besos, él se retiró.

—Estas mojada para mí. —Él puso su mano entre ellos ahuecando su sexo que goteaba, pasando la punta de su dedo en su pasaje—. Tu coño fluye todo este jugo sólo para mí. —Él mordisqueó el lóbulo de su oreja—. Ahora, voy a beber de ti.

—¡Sí!

Con su grito, Kei se dejó caer en sus rodillas. Sin prelude, él desplegó los labios, sujetó firmemente su boca sobre el sexo de ella y comenzó a lamer. Él parecía desesperado por ella. Lorrán se inclinó hacia atrás, extendiendo sus brazos ampliamente y agarrándose del lado opuesto de la mesa para mantener su cuerpo derecho. Sus caderas se inclinaron hacia adelante abriéndose más ampliamente al toque de Kei. La agitación ligera de su lengua condujo temblores profundamente en su estómago. Su cabeza de pronto pareció demasiado pesada. Su entusiasmo y hambriento banquete eran locamente seductores. Él lamió toda la longitud de su sexo y arremolinó su lengua alrededor de su clitoris, atormentando la sensible protuberancia. La caricia mojada, encantadora envió violentos estremecimientos por su cuerpo.

—¡Kei!—Su cuerpo siguió palpitando, reponiéndose del clímax brillante y agudo. Pero de todos modos ella quería más. Ella deslizó sus caderas hacia adelante, inconscientemente abriéndose a él. Él tomó total ventaja.

Su lengua se deslizó en su coño, metiéndose profundamente en su pasaje como si quisiera juntar tanto de su jugo como fuera posible.

Unas manchas se formaron delante de sus ojos y Lorrán sintió que sus brazos se debilitaban. Se cayó hacia atrás en la mesa y miró hacia arriba en el techo, tratando de mantener pensamientos coherentes en algún sitio en su mente. Perdería su cordura si se diera a este placer cegador.

Pero no había ninguna posibilidad de huir. Kei no la dejaría. Su hambre inicial aparentemente aliviado, suavizó sus movimientos, bebiendo a sorbos y lamiendo, tirando suavemente sus labios inferiores. Pero sus besos persistentes no hicieron nada para reducir el fuego que la quemaba. Esto sólo intensificó el calor. Los largos momentos sensuales

pasaron. Lorrán se retorció dentro del apretón de sus fuertes manos. El placer era casi doloroso y la necesidad tan grande que ella podía apenas hablar para suplicarle. Él chasqueó su lengua sobre el clítoris y ella gimió. Era demasiado.

—Por favor, Kei, no más.

Él ignora la protesta y empujó la lengua en su sexo. El líquido caliente se volvió oro en su lengua y él quiso más, quiso todo. Toda ella. Sus dedos apretados obsesivamente en sus muslos, sosteniéndola en el lugar para la dulce invasión de su boca.

Él condujo su lengua en ella otra vez, sus gritos se mezclaban con la voz en su cabeza. Tenía que tener más de ella. Rizó el final de su lengua, queriendo ir más profundo. Ella luchó, empujando el coño contra su boca. Él recompensó su necesidad chupando suavemente su clítoris. Entonces él estiró dos dedos dentro de su coño alcanzando lo que su lengua no podía. Él encontró las paredes interiores de su apretado pasaje. Su grito perforó la niebla sensual que lo rodeaba y él levanta su cabeza. Ella estaba acostada en la mesa, las piernas extendidas ampliamente, su vestido levantado, y no parecía notarlo. Su mente estaba perdida en lo que él le había hecho.

Él dejó caer sus ojos sobre su desnudo coño.

—*Mía* —él susurró. Él no sabía de dónde venía el sentimiento, sólo que era verdad.

Él devolvió su boca al coño y colocó besos ligeros a través de su sexo, saboreando su olor y sabor, deleitándose en los gemidos suaves que ella hizo. Una neblina extraña todavía se cernía en los bordes de su mente. Sus propios deseos simplemente fueron aumentados por las ansias del dragón. No podía pararlo, no podía reducir la necesidad de probarla.

Esto era a donde él siempre había pertenecido: entre sus piernas. La voz silenciosa de la criatura retumbó en su cabeza, animándole, alentándole. Más, y más todavía. El dulce líquido que fluyó entre los muslos de ella, le pertenecía a él.

Él la empujó una y otra vez hacia el clímax. Sus súplicas se hicieron gritos luego gemidos, después amenazas y luego volvían a ser súplicas desesperadas. El deseo de follarla creció con cada orgasmo.

Él pasó un largo dedo en su coño y gruñó. *Mía*. Él lo quería. Lo quería para empujar su erguida verga dentro de ella, llenándola con su corrida.

—Voy a follarte —refunfuñó él entre los dientes apretados.

Ella parpadeó rápidamente y levantó su cabeza unas pulgadas de la mesa. La mirada velada en sus ojos se marchito cuando ella se concentró.

—Necesito follarte. —La voz de él parecía extraña pero la necesidad lo impulso. Ella estaba abierta a él—podía tomar lo que necesitaba pero él quería su aceptación, su acuerdo, que ella deseara esto tanto como él. Esperó. Las emociones no completamente propias—cólera, dolor y dimisión bullían dentro de él con cada momento que pasaba.

Tómala. Tómala. Kei luchó contra el impulso, sabiendo que era de una fuente fuera de él, de la voz desesperada dentro de su cabeza.

—Sí.

La palabra era suave, pero distinta clara. Kei se agarró al borde de la mesa, obligándose todavía a resistir el deseo de abalanzarse. Ella lo miró fijamente con claridad, directa.

Él no podía resistirse más a su gusto. Arrastró su lengua por la longitud de su coño, saboreando el sabor.

La bestia dentro lo impulsó —la perspectiva de llenarla era demasiado atractiva. Kei se levantó.

Lorran lo contempló, sus ojos se llenaron de preguntas, de curiosidad y preocupación. Ella respiró hondo y él volvió a ver la realidad en su mirada. La lánguida sensualidad que había madurado su cuerpo fue sustituida por una forzada relajación. Él casi podía ver como trabajaba su mente—como si ella catalogara cada acción.

Ella no convertiría esto en un algún maldito experimento. Por los Infiernos, él no la dejaría hacer eso.

Él tomó las caderas en sus manos y la bajó de la mesa. Con tres tirones rápidos, le quitó el vestido de su cuerpo. Ella estuvo de pie antes de que los ojos de él bajaran. Él pensó que ella querría cubrirse —esconderse de su escrutinio—pero ella se mantuvo quieta. Ella era encantadora —pechos firmes, grandes con pezones que le hicieron dar hambre, una suave y marcada cintura que terminaba en las suaves curvas de sus caderas. Él sostendría aquellas caderas cuando entrara profundamente en ella.

—Gira —mandó él. Sus ojos se ensancharon de confusión y Kei tuvo un breve pensamiento sobre que poco imaginativos habían sido sus amantes anteriores. Tenía mucho que enseñarle.

Después de un largo momento, ella se dio vuelta despacio. Él avanzó suavemente empujándola hasta que sus manos dieron de llano contra la mesa.

—¿Kei?—Ella miró sobre su hombro, sus ojos interrogativos.

Él envolvió su brazo alrededor de su cintura y presionó sus caderas contra las suyas.

—No te preocupes, dulce—susurró él en su oído—. Puedo llenarte aquí —él ahuecó su coño desnudo, deslizo la punta de un dedo dentro, sólo lo bastante para recordarle a donde él pertenecía. La forma en que retuvo su aliento le dijo que ella no era el observador distante, que se había imaginado.

Su desnudo culo brilló bajo su palma. Él frotó su mano a través de la lisa carne. Ella encajaba perfectamente.

—Estaré tan profundo dentro de tu coño —su voz era suave y baja—. Seré una parte de ti. Nunca dejarás de sentirme. Me querrás dentro de ti para siempre.

Ella se apoyó en sus manos, jadeando.

Kei tiró de los lazos de la cima de sus pantalones prestados, la presión de su verga empujaba los cordeles extensamente. Él empujó los cueros hacia abajo y se movió contra ella. Ella estaba suave, su piel era un susurro de seda a lo largo de la suya.

—¿Puedes sentirme? —él mantuvo sus labios contra su oído, su voz suave, solo para ella. Ella asintió—. Voy a llenarte, a acabar dentro de ti hasta que no puedas tomar más, hasta que gotees con mi corrida —ella tembló en sus brazos y mecía sus caderas contra sus dedos burlones. Estaba lista para él.

Sus manos se cerraron en puños encima de la mesa cuando él extendió sus piernas y empujó la punta de su verga en su entrada.

Se tensó. El era grueso y estiró su paso con la primera pulgada que metió en ella.

—Shh. Relájate, cariño, déjame tener tu coño. Es mío. Déjame tenerlo.

Ella dejó fluir sus palabras a su alrededor y encontró el coraje de relajar sus músculos. Se deslizó más adentro de su eje. Él se movió despacio, metiéndole lentamente una pulgada dura después de otra. Su cuerpo se adaptó, fundiéndose alrededor de su eje. Él hizo una

pausa, dándole tiempo para acostumbrarse a él. Y luego había más. Ella pensó que nunca terminaría. Finalmente, sus caderas estaban presionadas contra las de ella y él estaba profundamente dentro.

Ella podía sentirle. Calor que fluía y se extendía de su polla hacia su cuerpo, calentando las esquinas más oscuras. Su voz suave susurró tonterías consoladoras sobre su belleza y como de deliciosa se sentía. Ella se apoyó contra él. Pareció que era la señal que necesitó. Él comenzó a moverse.

Su longitud salía lenta de su coño en lo que parecía para una eternidad. Ella reconoció vagamente los extraños sonidos de jadeos como viniendo de ella, pero nada de lo que hizo pareció detenerlos.

—¿Te gusta así, cariño? Sus palabras eran calientes contra su oído. Él pellizcó el borde de su lóbulo, uniéndose a la sensación del implacable empuje de su polla en su coño. Un grueso brazo fue envuelto alrededor de su cintura, manteniendo sus caderas estables para su invasión. La otra mano ahuecó el peso de un pecho. ¿Verdad?

Con cada pregunta, se apretó un poco más profundo, comenzando otra vez el delicioso tormento. Los orgasmos se derramaron y comenzó una nueva línea de excitación. Lorrán tomó alientos profundos, tratando de luchar contra la oleada que corrió por ella. Nunca había experimentado algo igual. Excepto en sus sueños.

—Kei. Ella lo quiso decir como una protesta. Pero salió como una súplica.

—Eso es, preciosa. Dioses, tu coño es tan apretado. Me tomas tan fuerte. Como si nunca quisieras que te dejara. Él la ciñó, hasta que casi estuvo de pie. Inclino sus caderas hacia adelante, quedándose dentro de ella. Masajeó los llenos montículos de sus pechos. Su calor fluyó de su piel, calentando su interior.

Ella dejó caer su cabeza contra su hombro cuando su aliento dejó sus labios en gritos ahogados y desiguales.

—Dime, Lorrán. ¿Se siente bien? ¿Te gusta mi polla dentro de ti?

Ella no podía resistir más.

—¡Sí!

—¿Quieres más? Él la inclinó avanzado, hundiéndose poco a poco, lentamente en su interior.

Su orgullo desapareció. Quería lo que Kei podía darle, todo lo que él podría darle. Nunca se había sentido tan desesperada.

—Sí, ella gimió. Por favor.

Sin hablar, Kei se enderezó y agarró sus caderas con las dos manos. Ella agarró el borde de la mesa y se apoyó en él. Él se empujó profundamente en ella; con fuerza. Los largos movimientos seductores desaparecieron, dejando los empujes duros y profundos.

—Aaah. Su grito sonó en la diminuta habitación. No era el dolor; era la necesidad, el placer. ¡Sí, sí! gimió ella las palabras por los duros golpes en su coño. Él se deslizó profundamente y se detuvo. Su mente gritó protestando. Estaba tan cercana. La dulce tensión le advirtió que su punto culminante estaba cerca, vibrando por su cuerpo. Sólo necesitaba un poco más. Ella se empujó hacia atrás, tratando de deslizarle más profundo, dirigir su polla donde lo necesitaba. Sus manos la sostuvieron todavía más fuerte. Estaba a su merced y él aún no había acabado de atormentarla. Despacio, su larga polla se retiró, casi dejando su cuerpo.

—Noo. Por favor, Kei.

—Quédate quieta.

—No, Kei, te necesito. Ella odiaba el suplicante sonido de su voz, pero él no podía pararse ahora.

—Necesitas esto. La penetró. Esto es lo que necesitas. Su mano acarició su desnuda espalda. No te preocupes, dulzura. Es tuya. Voy darte toda la polla que necesitas. ¿Y tú me darás este coño agradable, verdad? Él salió y se mantuvo en su entrada.

—¡Kei!

—¿Verdad? exigió él. ¿Me darás todo el coño que necesito? ¿Todo el que quiero? Él la tentaba, empujando su grosor una pulgada. Ella gimió, apretando sus labios para aplastar el sonido. Dímelo, la incitó él.

—Sí. Todo el coño que quieres, todo lo que necesitas.

El triunfo y la rendición se mezclaban en su gruñido de aprobación.

Kei respiró hondo, recreándose en el olor de su excitación. Era fuerte, potente. Se empujó, deslizándose pulgada por pulgada en el coño mojado que pedía su verga. Un poder masculino como nunca había sentido antes, le llegó. Su pareja, inclinada, suplicando por su polla. Sus diminutos jadeos y el suave gemido alcanzaron sus oídos cuando se acomodó otra vez en su centro.

Él se esforzó por mantener sus movimientos lentos, luchando contra el animal de su cabeza que le llevaba a penetrarla—gritando por joderla duro—repetidamente llenándola con su polla.

Deslizarse en su coño era una dulce tortura. Él se empujó hasta su matriz y se quedó allí, disfrutando de la sensación de sus paredes mojadas alrededor de su verga.

Esto era. Esto. Esto era lo que le había atormentado desde que se despertó. No sabía cómo llamarlo, pero su lugar era dentro de su cuerpo, allí era donde pertenecía.

Arqueó las caderas, moviéndolas en un círculo diminuto dentro de su cuerpo.

Ella jadeó. Kei sonrió.

Mía.

—Por favor, Kei.

—Suplícame, dulce. Él no sabía de dónde venía la profunda necesidad de oír sus gritos, pero lo quería. Pídeme joder este dulce coño. Él hizo rodar sus caderas en un remolino lento, largo, jugueteando con darle más de lo que necesitaba.

—Sí, jódeme. Por favor. Él no se movió. ¡Ah Diosas, Kei! Jode mi coño. Jódeme. Su voz era desigual y suplicante.

Sabía que las palabras eran desconocidas para ella pero él amó su desesperación. Amaba saber que le necesitaba tanto que dejaría sus inhibiciones para suplicar, pidiendo su polla. No podía hacer nada más, solo darle lo que le pedía. Su cuerpo explotó por la restricción mental. La penetró una y otra vez, con fuerza, rápido, profundamente. Ella respondió a sus empujes, jodiéndose en su polla.

—Jódeme. Por favor, Kei, jódeme. Más, por favor, dame más, lléneme.

—Todo lo que quieras.

Entonces él, y el dragón que rabiaba dentro de él, jodieron a la mujer. Era apretada y agradable. Más la jodía, más la quería. Su humedad fluyó sobre su mano que masajea

todavía la suave piel de entre sus piernas. Tenía que estar sensible—él rodeó el borde externo de su clítoris.

Sus gritos sonaron en sus oídos. Sus incoherentes suplicas estaban llenas de su nombre. Le llamaba, exigiendo que la satisfaga. Su propio cuerpo gritaba por un orgasmo pero él no podía dejarla venirle antes de hacerlo con su polla dentro de ella. Ahuecó su coño y fue más duro, forzando su clítoris contra su palma y enviando su eje profundamente en su coño. Su espalda se enderezó y su cuerpo se tensó. Las suaves caricias acariciaron su verga, mientras su coño se contraía con el punto culminante. Él rugió y la llenó una vez más, inundándola con su semilla.

Kei se sostuvo mientras toda la fuerza de su cuerpo se drenó.

Ambos se hundieron en la mesa. Después de un largo momento, él subió los codos, liberándola de un poco de su peso. Pero no podía dejar su cuerpo. Todavía no. Sostuvo sus caderas firmemente contra ella, guardando su polla profundamente dentro de ella.

Escuchó los sonidos de su respiración.

Nunca antes había jodido así—o se había corrido con tal fuerza. Se le quedó gravado—cada empuje, cada sensación—repitiéndose. Sintió que su polla se endurecía dentro de ella. Imposible. No podía recuperarse tan rápidamente. Lorrán gimió mientras él crecía dentro de ella.

—¿Kei? Su voz pareció preocupada.

Él debería abandonarla. Él ya la había usado duramente. Pero no podía convencer su cuerpo a responder. Sintió como si hubiera esperado desde siempre estar en su interior.

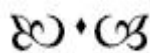
—Shh, shh. Lento y suave, prometió él, sin sentir ningún inminente deseo de salir de su coño. Sólo la encantadora sensación de su coño. Se enderezó y colocó sus caderas detrás de las suyas. Palpitó profundamente dentro de ella. Su paso se agarró a él, tratando de sostenerle en el lugar.

Lorrán parpadeó y miró fijamente el fuego, sintiendo el lento latido de la excitación. Su cuerpo estaba agotado, pero ella no podía luchar contra el zumbador placer. Era como prometió—lento y suave. Breves empujes, pero profundos, masajeando sus paredes interiores. La subida del orgasmo fluyó por su cuerpo. Era una subida lenta.

Ella no tuvo ni idea de cuanto llevaba allí, contra la mesa mientras Kei la jodía. Sólo sabía que la tensión llegó a un nivel insoportable, hasta que ella le suplicó dejarla venirle.

Él aceptó, dándole la profunda caricia que necesitaba. La liberación de su cuerpo fue larga y profunda, justo como su cariño.

—Mía, susurró él cuando se vertió en ella por segunda vez.



Temprano por la mañana, Lorrán estaba en la cama, mirando fijamente la oscuridad. El brazo de Kei era pesado alrededor de su cintura, sujetándola. Su corazón volvía a la normal. Kei estaba durmiendo. Su cuerpo estaba agotado pero su mente pensaba en las posibilidades. Y en la realidad.

¿Qué había pasado esta noche? Por la pálida luz de las triples lunas que brillan en la ventana, ella podía distinguir la mesa de comedor. ¿Sería capaz de mirarla de nuevo sin

pensar en Kei sobre ella, montándola duro y largo? El estable ritmo de su corazón aumentó con el pensamiento, cuando su cuerpo debería estar saciado.

Su marido había venido a su cama regularmente, hasta que estuvo claro que era estéril. Entonces empezó a acostarse con las mujeres de la ciudad. Después de que Brennek había dejado su cama, le había faltado el contacto físico y los suaves orgasmos que había alcanzado.

Nada de esto podía compararse con sentir a Kei en su interior.

Incluso ahora, su cuerpo buscaba más de las deliciosas sensaciones. Era imposible. Ella había perdido la cuenta de las veces que había culminado. Kei la había llevado a la cama y la había montado una y otra vez. Presionó los labios, aplastando el quejido que amenazaba a salir. Su cuerpo estaba dolorido pero además del dolor sentía necesidad—le quería dentro de ella.

—¿Hmm? Kei se movió detrás de ella, frotando su pecho contra su espalda y acercándola más a sus caderas. El áspero bello de sus muslos le raspó las piernas. Lorrán respiró hondo, esperando calmar su rápido latido del corazón. No lo conseguía.

La mano de Kei se deslizó hacia abajo acariciando su pálido cabello, tocando los rizos. Casi inconscientemente, Lorrán inclinó sus caderas hacia él, tratando de aferrarse a las puntas de sus dedos, queriendo guiar sus movimientos.

—¿Más?

La palabra fue mascullada en su pelo. No sabía si Kei estaba dormido o despierto pero no importaba. La giró despacio. Su mano se deslizó hacia su muslo, abriendo su coño para él. En un movimiento soñoliento que pareció durar para siempre, deslizó su dura polla dentro de su sexo. Lorrán se tensó durante un momento, la gruesa longitud era todavía nueva para su cuerpo. Cuando completó la penetración, ella se relajó, el dolor había desaparecido.

Dejó el ritmo suave, como si él también necesitara la conexión. Su mano bajó y encontró el punto en donde sus cuerpos estaban unidos. No había ningún movimiento para hacerla venir sólo la unión de sus cuerpos.

Kei apoyó su cabeza sobre su pecho y sintió que se hundía en el sueño.

¿Qué pensaría él cuándo se despertara a la mañana siguiente? ¿La miraría con repugnancia? ¿Recordaría él? ¿Tenía de alguna manera al dragón comenzado ya a influir en su comportamiento? No tenía sentido. Ninguno de los dragones que ella había estudiado había mostrado ningún interés sexual por ella. No, tenía que haber otra explicación.

Era probablemente el mismo deseo que había enviado a Brennek hacia las muchachas de pueblo mientras su transición duró. Sus ojos comenzaron a cerrarse. Y ella vagamente reconoció que iba a dormirse con sus preguntas sin contestar—y con la polla de Kei sepultada dentro de ella.

Ella despertó con el sonido de su propio gemido y el empuje del pene de Kei en ella. Sus ojos se abrieron asombrados. Él estaba encima de ella, mirándola atentamente mientras se hundía en su coño.

El calor en sus ojos fue estropeado por la insinuación de algo más, ¿Dolor? ¿Miedo? ¿De qué? ¿Del dragón? ¿De su rechazo? Ella no lo sabía. Ella sólo sabía que ella quería desterrarlo. Ella levantó sus piernas, envolviendo los tobillos alrededor de su cintura. Ella usó su agarre para llevarlo más profundo. Sus ojos se ensancharon por una fracción de

segundo y ella se sintió satisfecha al oír su respiración entrecortada. Él se movió despacio, como saboreando el agarre de sus paredes sobre cada pulgada de su polla. Mientras sus ojos todavía perforaban los suyos, él empujó en ella profundamente. Su cuerpo se relajó para alojarle pero todavía estaba apretado. Ella se meneó, tratando de tomarle más profundo. Ella quería esto, más de lo que él le había dado anoche. Su fuerza, su poder, su semilla. Todo lo que el pudiera ofrecer, lo que él tenía que dar, ello lo quiso

—¿Más? gruñó Kei, interrumpiendo sus dispersos pensamientos. ¿Me darás más coño?

Él preguntó suavemente pero ella oyó el dolor en sus palabras, y contestó.

—Sí, Kei. Todo lo que quieras, todo lo que necesites.

Capítulo 5

Ella nunca podía haber imaginado como aquellas palabras la atormentarían en los días que siguieron. Él le había pedido acceso a su cuerpo y ella se lo había dado con mucho gusto. Con frecuencia.

Lorran miró su cuerpo: sus pechos estaban desnudos, el borde de su vestido se agarraba a sus pezones, en un último fragmento de modestia. No sabía por qué le molestaba. Kei la tendría desnuda y tendida en unos momentos.

Él la había seducido con mucho más que su toque. Le había hablado y escuchado. Y la había follado. Ella se retorció cuando esa palabra en su compleja memoria simplemente invocaba su boca y lengua, su verga y manos, él llenando su cuerpo. Ella gimió silenciosamente y se relajó en la cama.

En sus momentos de autoengaño, ella era casi capaz de convencerse que había permitido que sus atenciones aliviaran su necesidad de sexo. Manteniéndolo satisfecho mientras él hacia la transición.

Cuando su cuerpo se sentía vacío y doloroso por estar llena, ella sabía que era una mentira. En cuatro días, se había enviciado del placer que él podía proporcionarle. Había ido de moderado a desenfrenado.

Su presentimiento había ocurrido. Ella había aprendido a ansiar la sensación de él dentro de ella. Ella nunca olvidaría la sensación, la longitud gruesa y palpitante de su verga en su coño.

Y peor: nunca olvidaría el recuerdo de él en su vida. No sabía cómo había pasado esto pero se había prendado del hombre. Él era mucho más que un guerrero o un Rey que gobernaba una nación. Él se había hecho su compañero, que trabajaba alrededor de la cabaña, llenando las horas del día entre el acoplamiento con ella y el hacer trabajos varios, construyendo muebles, sellando huecos en los troncos.

Él de alguna manera encajaba en su vida.

No era una buena idea, lo reconoció. No podía prosperar el encariñarse con él, como un hombre o como un dragón. Era demasiado arriesgado. Sabía el futuro de Kei y no la incluía.

Su futuro era una vida quebrada, en ruinas en una cueva hasta que alguien encontrara la fuerza para destruirlo.

Ella tomó un largo aliento y miró la situación con fría distancia. A Kei le gustaba tener sexo con ella. A ella le gustaba tenerlo con él. Ellos lo dejarían en eso. Ella separaría sus observaciones de su relación física. Ella mantendría la distancia. Esto no haría que se enamoraran, se paró antes de que pudiera pensar en esa palabra.

Con un gemido, cerró sus ojos y dejó caer su cabeza en la almohada. ¿Podría hacerlo? Solamente tuvo que concentrarse en el placer que le daba. No era difícil. No había ningún

modo de evitar los recuerdos en esta cabaña. Las visiones y los olores siempre le recordarían el toque de Kei y la sensación de él. Ella cambió de posición en la cama, reconociendo su soledad.

—¿En qué piensas?

Ella abrió sus ojos. Él había vuelto de la cascada y esperaba al lado de la cama, comiéndosela con los ojos.

—En ti —parecía que la honestidad sin aliento de su respuesta lo complacía.

—Dime.

La primera reacción de Lorrán era negarse. Ella todavía no se había acostumbrado entre las palabras o el poder de su atracción. Entonces examinó sus ojos. Él luchaba contra su demonio esta noche. La miró fijamente atentamente, esperándola.

Lorrán inhaló profundamente y trató de hablar de su deseo.

—Yo te imaginaba dentro de mí, con fuerza y empujando. —las palabras enviaron recuerdos físicos por su cuerpo. Levantó sus brazos sobre su cabeza y cerró sus ojos cuando el sueño la tomó—. Tú eres tan grueso y me llenas tan profundamente. Repetidas veces tú te deslizas en mí. Hmmm. Más —suspiró ella.

—¿Eso es lo que tu quieres? —la voz de Kei se dejó caer como un sonido profundo áspero—. ¿Una dura follada? ¿De mí?

Lorrán abrió sus ojos y sonrió. El poder y la seducción fluyeron en sus venas. Ella podría hacer a este hombre quererla —algo que ella nunca había imaginado antes.

—Sí. *Una larga*, y fuerte follada.

Ella sostuvo su fija mirada mientras alcanzaba y levantaba su camisón de noche. Miró sus ojos. Ellos comenzaron a brillar entonces se oscurecieron cuando ella levantó el material encima de su cintura. Dobló sus rodillas y extendió sus muslos. Sus dedos tomaron el borde superior de sus rizos que protegían su feminidad. Kei lamió sus labios y contempló su sexo, sus ojos apresados por la visión.

—Me gusta tu boca —susurró ella. Su cuerpo se tensó—. El modo en que me lames el coñito, me pruebas. La manera en que empujas tu lengua dentro de mí. —Un temblor recorrió su cuerpo y ella gimió—. Es tan bueno.

Ella nunca lo vio moverse. Él estaba a su lado, encima de ella, sus manos lanzaron el resto de su falda fuera y su boca estaba caliente contra su coño antes de que ella pudiera reaccionar.

Él cubrió su sexo con su boca y acomodó su lengua profundamente dentro. Lorrán lanzó un grito y se agarró de su cabeza. Él lamió el suave revestimiento de su carne, burlándose de ella, la probó hasta que ella sólo pudo jadear y pedir. Y ella lo hizo, llenando el cuarto con sus gritos, sus súplicas de más.

El primer clímax cayó de golpe en su cuerpo. Esto era lo que él le daba—el placer constante. Y la necesidad de más.

—Oh, Kei, más. Por favor.

Él gruñó cuando subió por su cuerpo y Lorrán abrió sus brazos para darle la bienvenida.

—Dentro de mí. Por favor, ven dentro de mí.

Ella vio la llamada en sus ojos y luego él estuvo allí, con fuerza y profundamente colmándola.

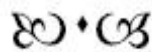
—Oh, sí. Kei, esto es tan bueno. —Las palabras salieron de su boca cuando él comenzó a moverse. Cada empuje era más profundo, como si él quisiera meterse en su cuerpo, ser una parte de ella. Ella miró sus ojos. El dragón se ponía más fuerte.

La idea la tensó. Kei empujó su polla en ella y se sostuvo allí, estirando su apretado pasaje.

Ella miró fijamente sus ojos y el dolor la golpeo. La bestia estaba sobre él esta noche. Lorrán se alzó y alisó su mano abajo su mejilla.

—Te necesito esta noche —susurró él. Era una súplica y la necesidad vino de un lugar que ella no podía deducir. Pero no podía abandonarlo con un dolor como este.

—Sí —contestó ella.



La triste luz volvió a los ojos de Kei a la mañana siguiente. En el alba, no había ningún modo para ella de consolarlo. Y él no buscó su bienestar ahora. Él sabía su destino así como ella.

Después de limpiar la cabaña y mirar tallar a Kei en el bosque, Lorrán decidió ir a la ciudad. Ella necesitaba tiempo para ella y tenía que ir por algunos artículos básicos.

Lorrán levantó su barbilla cuando fue a la tienda aproximadamente una hora más tarde. Las miradas agudas que eran enviadas en su dirección no eran nuevas. Ella se había acostumbrado al desdén de los ciudadanos. Pero hoy fue diferente.

Antes siempre ella había sido capaz de no hacer caso de sus insultos, sabiendo que ella era virtuosa y honrada. Pero ahora, eran verdad.

Ella se había convertido en la amante del dragón. La puta del dragón es lo que ellos dirían.

Él había sido implacable anoche, empujándola cada vez más alto y yendo él cada vez más profundo como si tratara de desterrar la oscuridad con su cuerpo. Sus piernas le dolían. Su coño latía con una palpitación constante. Y aún más era el recuerdo de su propia voz que le pedía que la follara, acabando dentro de ella. Se sonrojó cuando la puerta se cerró detrás de ella.

—Señora Lorrán, le doy la bienvenida. — El almacenero, el Sr. Fiya la saludó con una sonrisa amistosa. Muchos en la ciudad no aprobaban su posición. Ellos querían que ella se marchara y esperaban que si ella fuera incapaz de comprar mercancías, ella lo haría. Él se había puesto firme y le había dado la bienvenida a ella de todos modos. Fiya poseía la única tienda de la ciudad y tampoco podrían permitirse no frecuentar su tienda.

—Sr. Fiya —dijo ella.

—Ha pasado mucho tiempo desde que vino la última vez. Apuesto que usted esta desesperada por un poco de harina fresca.

—Sí. —lo siguió alrededor de la pequeña tienda, despidiendo al pequeño grupo de mujeres que se juntaron para contemplarla. La miraban fijamente para intimidar. La mayor parte de los días, Lorrán no tenía ningún problema no haciendo caso de ellas, pero hoy, ella se sintió decididamente expuesta.

—Humph —una mujer gruñó cuando Lorrán paso. La mujer dirigió a los espectadores para que ellos intencionadamente le dieran la espalda a Lorrán. La situación de repente pareció tan ridícula. Estas mujeres no entendían. Nunca lo harían.

Lorrán apretó sus labios y se resistió al impulso de abrir sus brazos ampliamente y gritar:

—Sí, follo a un dragón y es increíble.

Fiya juntó su orden y colocó los artículos en un saco de tela áspero.

—Ahora, Señora, usted tiene que tener cuidado camino a casa —le advirtió él—. Effron ha sido en particularmente repugnante estos últimos días. No se lo que lo tiene tan irritado.

Otro dragón en la vecindad. Lorrán guardó esa información. Nadie sabía sobre Kei y tenía que quedarse así. Riker de alguna manera había logrado guardar el secreto. Kei todavía enviaba y recibía mensajes diarios del Castillo. Él daba instrucciones a sus consejeros y comandantes, pero sólo proporcionaba indicios imprecisos de su recuperación y vuelta inminente. Ella no lo entendía pero tenía un presentimiento que había alguien en el Castillo en el cual él no confiaba. Ella no pensaba que fuera Riker. Kei habló de él con gran cariño. Tenía que haber alguien más.

—Putita del dragón. —El silbado insulto sacó a Lorrán de sus pensamientos. Ella levantó sus ojos y miró fijamente de modo provocativo a las mujeres amontonadas al fondo de la tienda.

El Sr. Fiya colocó una mano consoladora sobre su hombro.

—No las deje ponerla así —susurró él—. Usted sólo siga haciendo lo que hace.

Lorrán saludó con la cabeza y abandono la tienda. *¿Y qué hago?*

Aquella pregunta la atormento todo el camino a casa. La semana pasada la había cambiado. Ella había ido de un observador a un participante. Incluso ahora, ella no podía creer las cosas que había hecho con Kei. Cuando ellos habían comenzado, nunca reconoció el peligro. El obvio peligro de vivir con un hombre que toma la forma de un dragón había resultado fácil de superar. No, el riesgo verdadero lo había corrido su corazón, durante aquellos momentos tranquilos después de hacer el amor, cuando Kei la sostenía en sus brazos y le decía de sus proyectos para el Reino; o aquellas comidas cuando Kei escuchaba atentamente cuando ella le hablaba de su investigación; o las largas horas cuando él amaba su cuerpo, susurrándole palabras seductoras, calientes y mostrándole que deseable era ella.

Ella se estaba enamorando de él. Sus pasos redujeron la marcha cuando ella dejó la ciudad y comenzó a bajar por el camino a su cabaña. Enamorada. De un dragón. Esto era lo que ella había temido anoche.

¡Caray!, no podía hacerlo otra vez. No había estado enamorada de su marido pero esto hacía que esta vez sea fuera peor. El dolor cuando Brennek se había dado vuelta, cuando el dragón Cronan no había hecho caso de su presencia. Ella lo había tolerado porque ella se había comprometido con Brennek. Y porque ella se sintió responsable de su cambio.

Pero todo eso iba ser peor cuando Kei cambiara — cuando él volviera a ella, no deseando su toque. Cuando él pasara de ella para tomar a una mujer que hubiera secuestrado del pueblo. Su garganta se oprimió y ella tragó profundamente, tratando de desalojar el nudo que se había formado.

Ella tuvo que detenerse. De alguna manera. Tenía que distanciarse. Había perdido su capacidad de observar, se había implicado demasiado profundamente con el sujeto. Algunos otros que estudiaban a los dragones como ella le habían advertido que no estuviera implicada. Tenía que permanecer separada—apartada de la víctima. La compasión sólo conducía al dolor. El dragón raramente vivía mucho tiempo y ellos se harían amigos fatales.

Esta vez, ella se había dejado implicar con el humano pero el resultado sería el mismo.

Ella hizo presión en sus hombros hacia abajo. Bien, ella sólo tendría que conseguir no implicarse. ¿Cuán fuerte podría ser? Ella limitaría sus discusiones con Kei estrictamente al estudio de como el dragón le afectaba. Y ella no lo miraría cuando él partiera la madera o trabajara en el jardín. Ella no esperaría su reacción a la comida al ver si ella lo había complacido de algún modo pequeño.

Ella podía hacerlo, juró silenciosamente. Por el interés de su propia cordura, ella podía separarse de Kei.

Hasta la noche. ¿Entonces, qué iba a hacer? Cada noche cuando ellos comían la cena, sus ojos comenzaban a calentarla y con una palabra o un tirón leve de su mano, él la atraería a la pasión.

No necesitaba mucho para atraerla a sus brazos. Sólo el fuego en su fija mirada. Cuando él la miraba, la perforaba con aquellos calientes ojos como si él quisiera mirar lejos pero no podía. Ella lucharía contra la fuerza de atracción, hasta que la presión se hiciera demasiada y ellos volarían juntos, desesperados por la unión.

Su cuerpo le dolía del asalto constante, pero de todos modos ella quería más. El calor de su mirada le libraba un dolor agudo en el centro de su estómago, una necesidad de sentirlo dentro de ella. Incluso ahora, con sólo el recuerdo se calentaba, su sexo comenzaba a humedecerse, abrirse, preparándose para su penetración.

Ella se paró y se apoyó contra un árbol, esperando que la sensación pasara y sus rodillas se fortalecieran. Bien, esto si no tenía nada mas, ella tendría al menos recuerdos para atesorar durante los años por venir. De alguna manera ella lo sabía, Kei sería el estándar para todos los otros hombres.

Ella gruñó cuando se apartó del árbol. Era un hábito extraño que ella había aprendido de Kei a lo largo de los días pasados—gruñir cuando no estaba feliz. Parecía que trabajaba para él. Cuando lo hacía, él sólo se reía. Pero cuando estaba sola, esto le hacía sentirse mejor, más poderosa.

Ella saboreó aquel poder, tratando de recordarlo mientras entraba en el claro. Kei estaba en su posición habitual, cortando troncos de madera en trocitos diminutos, para agotar al demonio de su cabeza.

Él alzó la vista mientras se acercaba a la cabaña. Sus fosas nasales llameaban como un animal salvaje que encuentra el perfume de su compañera. Él empezó a ir hacia ella, después se detuvo. La línea apretada de su mandíbula era la única señal de respuesta. Él estaba luchando, peleando contra otro de aquellos demonios.

Esta noche le diría su decisión. Era mejor para los dos. Ella lo sabía y Kei vería la lógica de ello.

Ella esperó hasta que la comida estuviera en la mesa. Y entonces, trajo su pergamino y pluma.

—Así que, estoy un poco retrasada en el registro de mis observaciones. Pensé que debería ponerme al día.

Kei alzó la vista, pero no dijo nada.

—He hecho notas sobre el progreso de nuestros estudios, hasta ahora. Sólo necesito tu aporte —se limpió su garganta—. Has notado un cambio en tu... —miró hacia abajo y vio su plato—. ¿Uh, apetito?

Kei se enderezó en su silla y la contempló. Lorrán levantó la barbilla y le devolvió la mirada fija. No podía dejarse intimidar. O seducir. Tenía que proteger lo que quedaba de su corazón. Los ojos de Kei se arrugaron en los bordes como si tratara de entender qué estaba tramando. El maldito hombre era demasiado perspicaz, exageraba.

—¿Kei? —lo provocó ella—. ¿Cambios de apetito? —Pareció que él disfrutaba de todo lo que cocinaba ella. Había sido criado como un guerrero antes de hacerse Rey, y sin duda estaba acostumbrado a una comida peor.

Finalmente, él lo negó, pero sus ojos no perdieron la cautela.

—¿Capacidad de dormir? —lo negó otra vez—. ¿Sientes que la presencia del dragón crece en ti?

Él hizo una pausa como si estuviera considerando su respuesta, y después dijo:

—No.

—¿Hay algo extraño en tu comportamiento? ¿Algo qué notas que es distinto a lo de antes de que te mordiera el dragón? —se enderezó y dio un toque con la pluma al borde del papel—. No te conocía antes, así que no sé si hay algún cambio de personalidad.

—¿Quieres decir, además de la constante necesidad de joder? —refunfuñó él.

Lorrán tragó.

—Uh, sí.

—No, esto es más o menos el único cambio.

—Lo atribuyes a, uhm... una necesidad constante ... —Ella había dicho antes las palabras, por lo general gritándolas cuando Kei entraba en su cuerpo, pero sentarse y hablar tranquilamente de ella... — ¿a que tomes parte en relaciones sexuales?

La esquina de su boca se levantó en una sonrisa satisfecha.

—¿Kei? —lo presionó, cuando él no le contestó. Apretó los labios.

—No sé.

—¿De verdad? —dejó que su escepticismo se escuchara en su voz. Él vacilaba demasiado en las respuestas. Mentía o no le decía todo.

Él se puso de pie. Agarró su plato y se acercó al fregadero antes de hablar.

—¿Qué? ¿Quieres que te diga que el dragón me está hablando? Bien. Está en mi cabeza, o mi cuerpo, o en alguna parte. Está allí y todo lo que quiere es follar. Confía en mí, es la única cosa que pasa por la mente de la criatura.

Lorrán se limpió la garganta.

—Se conoce que los dragones tienen unos apetitos sexuales voraces.

—Éste sí, y suerte para mí, hemos encontrado a una mujer complaciente, que nos acepta a los dos.

—Bien, ya que llegamos a esto, creo que sería mejor poner fin a aquella parte de nuestra relación.

Ella esperó un gruñido, una queja, un suspiro, o alguna clase de la respuesta. Él se quedó en silencio. Finalmente, ella levantó la cabeza y encontró sus ojos. Eran piedras verdes y frías.

—¿Qué? —su voz era suave y amenazante cuando habló.

Era infinitamente peor que un grito o gruñido.

—Creo que tenemos que parar nuestros encuentros íntimos —reafirmó ella. Ella dobló sus manos remilgadamente en la mesa, planeando presentar tranquilamente la lógica que le había llevado hasta allí—. Hemos estado juntos cada noche —y día, añadió ella silenciosamente— desde que despertaste del trance. El dragón no ha aparecido. Así que, aunque tenga necesidad de sexo, no es algo que causa la transición al dragón. Y creo que debemos seguir adelante.

Ella esperó, devolviendo desafiante la fija mirada de Kei. En esto, no se echaría atrás. Kei significaba ya demasiado para ella. Tenía que empezar a distanciarse de él. Sus ojos parecían oscurecerse mientras la miraban. Él se alejó de la mesa.

—¿Joder conmigo era sólo un experimento? —la frialdad de su voz envió un temblor por la espalda de Lorrán.

No se atrevió a mentirle.

—Bien, no, pero debemos usar todo el conocimiento que podemos juntar. Y tenemos que tener en cuenta que nuestra, uh, relación física podría animar la presencia del dragón.

—¿Así que, se hace más fuerte porque nos acostamos? —no sonó como si lo creyera y realmente no lo podía culpar. Pero era la mejor excusa que tenía. No podía decirle la verdad. *Sería fácil enamorarme de ti.*

—Creo que es algo que tenemos que considerar —dijo ella remilgadamente, anotando en su pergamino.

—Muy bien — él estuvo de acuerdo, su voz era tranquila e indiferente—. Si esto es lo que quieres —deambuló por la habitación.

—Hay una cama en el armario —dijo Lorrán, esperando mantener su voz igual de desinteresada. Pensó que había tenido bastante éxito.

—Por supuesto. La prepararé.

No, él pareció definitivamente más despreocupado sobre ello. Cuando ella limpió la mesa y lavó los platos, se quejó por lo bajo.

Había esperado que se escapara —para dirigirse hacia el montón de leña y seguir con su campaña de diezmar el bosque. En cambio, él cogió la cama y la montó en el lado opuesto de la cabaña. Después, se sentó delante del fuego, sin hacerle caso.

—Podría haber protestado al menos un poco —refunfuñó ella, mientras fregaba la olla del guisado. Obviamente, había tomado la decisión correcta. Sus horas juntos habían llegado a significar demasiado para ella y para él, no significaron nada más que un cuerpo disponible. Había una posibilidad de que la necesidad de tener sexo le condujera a la ciudad, pero tenía que creer que volvería. Si no por otra razón, al menos porque hubiera prometido que le permitiría observarle.

Ella terminó los platos y se giró. Kei siguió mirando el fuego. Era extraño trabajar sin su escrutinio. Cada noche, él la había mirado, y la lujuria era una sensación palpable en el cuarto.

Lo estudió durante un momento. Su mandíbula estaba apretada y sus nudillos blancos. Él luchaba contra algo. Quería preguntarle sobre ello —pero la necesidad de consolarle era demasiado grande. No podría. Aunque esto matara su interior, ella se apartó. Tenía que protegerse. Su vida se llenó de confusión, cuando su marido se había convertido en un dragón. La culpa y la pena que persistían de aquella experiencia, todavía pesaban en su corazón. ¿Cuánto peor sería esta vez, cuándo su corazón estaba involucrado? Había sólo un modo de sobrevivir esta vez —tenía que poner distancia entre ella y Kei.

—Me voy a la cama —anunció ella, aunque fuera temprano. No había ninguna razón de mantenerse despierta y tenían que adaptarse a esta nueva rutina. Kei asintió, pero no alzó la vista.

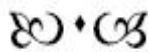
Lorran tiró la cortina alrededor de la cama, aislándola del resto de la cabaña. El fuego brillaba detrás del material. Ella respiró hondo y cogió el camisón del armario. Sus pezones empujaban contra el ligero material de algodón, cuando se lo puso por encima de su cabeza. Incapaz de resistir, ahuecó sus pechos y rozó los apretados picos con sus dedos, recordando el calor de las manos de Kei y la húmeda calidez de su boca chupándola.

Esto sólo sirvió para aumentar el hambre presente entre sus piernas.

Con un aliento profundo, ella dejó caer sus manos y se obligó a no hacer caso del dolor. Avanzó lentamente en la cama y contempló el techo, su cuerpo zumbaba por la necesidad. Mucho después, oyó a Kei ponerse de pie y moverse por la cabaña. Parpadeó, alejando las tontas lagrimas que amenazaban caerle, porque él no subió en su cama. Tenía que concentrarse en el futuro. Y esto significaba desterrar ahora a Kei.

Cerró sus ojos, decidida a acostarse. Dormiría, no pensaría en Kei y no pensaría en el vacío que sentía.

Aprendería a vivir sin él.



Kei contempló la cortina y emitió un gruñido bajo, predador.

Él aplastó el sonido. Era demasiado parecido a los rugidos y a los gruñidos de la bestia que arañaba en su interior. Él no era aquella bestia. Nunca lo sería.

Se puso boca arriba y miró el techo.

Era un sentimiento agradable, pero no era verdad. Él se convertiría en la bestia.

Lorran dijo que nadie había sido capaz de parar la transición. Unos afirmaban haberla retrasado, pero al final, se convertiría en la criatura. El pensamiento quizás no le asustó tanto como debería. El final se acercaba. Sólo tenía que mantener su cordura un rato más, mantener la bestia a raya. Kei tomó un profundo aliento, ampliando su pecho y sosteniéndolo. Cuando el aliento se escapó, se relajó y se permitió que fuera a la deriva, en un sueño ligero.

El crujido de tela contra tela despertó su mente e inmediatamente, su cuerpo comenzó a endurecerse. Ella estaba cerca, sólo detrás de un fino trozo del material. Incapaz de resistir, miró a través del cuarto, tratando de penetrar la cortina. Su visión de noche siempre había estado bien, pero ahora, el cuarto no parecía más oscuro que en la mañana. Los instintos del dragón y sus capacidades comenzaban a mostrarse.

Él tendría que decírselo a Lorrán. Ella lo anotaría y haría aquel ruido de tarareo que hacía cuando tenía nueva información. Era una versión más suave del gemido que soltaba cuando entraba en su cuerpo caliente.

Él se había acostumbrado a las estranguladas súplicas que surgían de su boca. Esto le hacía querer empujar más duro, más profundo, hasta que ella no pudiera contener nada, hasta que le diera todo. Entonces hacía los sonidos más deliciosos, los diminutos gritos ahogados se convertían en gritos y exigía que él la joda.

Su mano bajó a través de la piel de su estómago, hasta la dura erección que se apretaba contra la única manta que usaba. Su carne saltó al primer toque de su propia mano.

Mía.

Él la quería, la necesitaba. Sus dedos se deslizaron por la dura longitud, fingiendo que era su mano. Emitió un gemido bajo. Era tan fácil recordar el ligero toque de sus dedos en su polla y un estremecimiento traspasó su cuerpo. Se puso aún más duro. ¿Por qué se atormentaba así? No podía correrse de este modo. No una vez que había estado dentro de su coño. Lo había intentado, aquellas pocas primeras noches cuando había montado a Lorrán una y otra vez. Poco dispuesto a usarla de tal modo, sólo había tratado de satisfacer su lujuria, pero aunque lo ponía duro, solamente el toque de Lorrán podría hacerle culminar. Era otra pequeña exquisitez que no había compartido con ella. Y probablemente debería. Ella lo encontraría interesante.

Interesante. Esto es todo lo que era para ella. Un experimento y tal vez un caso de caridad.

Y ahora ella consideraba completado al experimento. Incapaz de parar el sonido esta vez, él gruñó hacia la cortina. Ella pensaba que podría bloquearle. Durante casi una semana, había dormido a su lado, amado su cuerpo. Se había mantenido dentro de ella, la sintió envolver su polla, sosteniéndole. Y esta noche había puesto una pared entre ellos.

Mía.

La palabra pulsó por su cabeza.

Mía.

Él se movió, bajando de la cama y se fue hacia su cama. Le pertenecía a él. El impulso era irresistible. Cuando se acercó, el dulce olor de su coño le alcanzó. Kei se paró durante un momento. Absorbió el riquísimo olor y lamió sus labios, recordando el gusto seductor.

Su mano aterrizó en la cortina, lista para desgarrarla, romperla, y arrastrarse sobre ella, sumergiéndose dentro de ella.

Sí, lo impulsó la bestia. *Mía.*

Kei sintió como perdía el control de su cuerpo.

Él tiró de la tela. Los ojos de Lorrán se abrieron automáticamente, mientras yacía acurrucada en su lado. En un breve momento de claridad, se dio cuenta que ella no había estado dormida —no había ninguna desorientación por ser despertada de repente, pero justo cuando le vino el pensamiento, fue sustituido por un hambre que aplastó su racionalidad. El instinto gobernaba y sus instintos le decían que ella le pertenecía. La línea entre sus impulsos y el dragón se mezclaron y en este momento, no podía saber quién estaba a cargo— sólo que la necesitaba, necesitaba estar dentro de ella.

La oscura neblina que estuvo permanentemente al acecho en su mente, lo llenó mientras miraba a Lorrán. Los nuevos y agudos sentidos del dragón tomaron nota de cada matiz de su piel, la curva suave de su mejilla, el rechoncho crecimiento de sus pechos.

Ella rodó y se movió como si fuera a sentarse. Sus ojos brillaron con preguntas sin formular.

Kei miraba como si fuera de lejos, sintiendo liberarse los deseos del dragón.

La mujer estaba allí. Él podía olerla, casi probarla.

Avanzó lentamente en la cama, adaptándose a la musculatura extraña de este cuerpo humano. La débil memoria de su gusto y el suave apretón de su sexo alrededor de su lengua le condujeron hacia delante. Él colocó una mano a cada lado de sus caderas y se sentó a horcajadas sobre ella. Ella estaría mojada y esperando.

Lorrán miró hacia arriba, cuando Kei se puso en cuclillas sobre ella, sus movimientos eran lentos y deliberados, como si los músculos y los huesos fueran formas ajenas.

—¿Kei?

Él osciló despacio su cabeza a izquierda, después a la derecha.

Nekane.

La palabra entró en su mente, nunca cruzó los labios de Kei. La voz era profunda y áspera.

—Nekane —repitió ella.

El dragón tenía un nombre.

Capítulo 6

Ella se estiro, poniendo una mano en su pecho.

—Kei —le llamó otra vez.

La ligera presión de sus dedos contra su piel, combinada con su suave voz, aligeró el apretón del dragón en su mente. Él se tensó. Su primera reacción era retroceder, decirle que no lo tocara. El deseo estaba demasiado cerca de la superficie y su control era débil. Esta era una necesidad más allá del deseo de joder—él quería poseerla, consumirla, trepar dentro de ella hasta que nunca pudiera escapar.

Ella se movió hacia él. Estaba más cerca ahora.

—Respira hondo. Lucha contra ello. No le dejaré ganar —le susurró ella. Las palabras confusas, apenas distinguibles, pero el sonido de su voz calmó los bordes ásperos del control. Ella estaba cerca. Esto era lo que necesitaba. Respiró hondo e inhaló su olor caliente. Su pelo colgaba alrededor de sus hombros, salvaje por la presión de las almohadas.

Él perdió la pista de donde terminaban las necesidades del dragón y comenzaban las suyas. Él sólo sabía que la necesitaba. Ella podría mantener la niebla contenida—podría mantenerlo en esta tierra. Kei jaló a Lorrán hacia él, cubrió su boca con la suya. Su gusto penetró en él como una flecha, aguda abriendo ampliamente su corazón. Los gritos diminutos y gemidos que él había ansiado antes fueron su recompensa cuando él hundió su lengua en el calor húmedo de su boca. Ella le encontró, su propia lengua enredada con la suya.

Entre la neblina del deseo él comprendió que lo aceptaba, dándole la bienvenida. El dragón retrocedió, pero no desapareció. Kei podía sentirlo, cerniéndose justo más allá de este mundo. Imágenes y sabores inundaron su mente cuando el dragón lo urgió con recuerdos de su coño, los montículos llenos de sus pechos.

Kei deslizó sus manos alrededor de su espalda y la atrajo duro contra su cuerpo. La línea dura de su erección se presionó contra la raja húmeda de su sexo. Por el delgado material de su camión de noche, podía sentir su humedad. La bestia rugió dentro de él, como si saber que ella tenía hambre de él, complaciera a la criatura. Kei apretó los dientes, tratando de mantener el control, pero las vistas y los olores de la pasión de Lorrán junto con la influencia del dragón lo empujaron al borde. Él tenía que tenerla.

Lorrán jadeó mientras Kei se movía. Sus manos fuertes extendieron sus muslos y la atrajeron hacia adelante. El pesado peso de sus cuerpos los inclinó hacia atrás en el cojín de la cama. El cuello alto se rasgó en sus manos para exponer sus pechos. Ella sólo tuvo un momento para reaccionar antes de que sus manos cubrieran los montículos suaves.

—Te necesito.

El brillo desesperado en sus ojos la llamaba. Ella abrió las piernas. Él miró abajo, contemplando sus muslos extendidos abiertos ante de él. Él inhaló un tenso aliento raspos.

—Ven dentro de mí.

Inmediatamente, él estaba sumergiéndose allí profundamente, devastando su coño. Ella estaba mojada, pero la repentina penetración profunda punzó. Ella mordió sus labios juntos para ocultar el alarmado jadeo que amenazaba. Ella quería esto, quería facilitarlo con su cuerpo. Su pasaje se ajustó rápidamente para su entrada y se puso mojada, aceptándolo abiertamente dentro.

Lorran la sujetó, susurrando suavemente mientras empujaba en ella. Ella dirigió sus manos a lo largo de sus hombros y pecho, amando la tensión en sus músculos fuertes cuando él se movía sobre ella. Cada vez que él se retiraba, su coño se apretaba, agarrándolo, queriendo detenerlo. Mudas súplicas bajaban de sus labios, la necesidad de más, la necesidad de sentirlo más profundo dentro de ella.

—*Mía*. —La palabra salió de su boca casi imperceptible. Aunque ella hubiera tratado de rechazarlo, no podía. Él la necesitaba. Al menos por el momento, él necesitaba la comodidad de su cuerpo, y ella no podía negarle lo que necesitaba.

Su corazón palpó profundamente en su garganta. Nadie la había necesitado realmente alguna vez.

—Sí —ella estuvo de acuerdo—. Todo lo que necesites. —Sabía que se comprometía con él, aun si él no lo entendiera.

—Te necesito. Necesito este coño.

—Sí, todo lo que necesites. —repitió ella su voto de la primera noche.

Kei gruñó y pareció hincharse dentro de ella. Lorran cayó atrás sobre la cama. Él estaba duro entre sus piernas, bombeando en ella con la fuerza de un maniático.

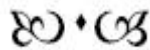
Él se deslizó a casa y Lorran jadeó.

Kei se arrancó, deteniéndose en el borde de su sexo, como si supiera que debía detenerse, pero no pudiera asimilar dejar el calor de su coño.

—Te estoy haciendo daño.

—No. —envolvió sus piernas alrededor de su cintura y lo hizo caer, usando su fuerza para deslizar su polla de nuevo dentro de ella, de nuevo donde él pertenecía—. Por favor Kei. Jódeme. Por favor.

Sus ojos se oscurecieron y él se irguió antes de empujar adelante una y otra vez. Él no se contuvo nada esta vez, dándole toda su fuerza y poder cuando él enterró de golpe su polla en ella. Ella perdió su capacidad de hablar o hasta de pensar coherentemente. Su último pensamiento claro fue que era demasiado tarde—ella había entregado su cuerpo y su corazón a un dragón.



Kei silenciosamente paseó al costado lejano del cuarto, deteniéndose cada pocos pasos para mirar la forma dormida de Lorran. Él se había arrastrado fuera de la cama sabiendo que si se quedaba a su lado, ella nunca conseguiría ningún descanso. No parecía que él pudiera detenerse. Los impulsos que se habían movido a través de él antes parecían menores al deseo aplastante de quedarse dentro de ella. ¿Infiernos Oscuros, qué le había hecho él a ella esta noche?

Todo. Cualquier cosa.

Y ella lo había permitido.

O tal vez ella no lo había hecho. Él no le había dado mucha oportunidad de protestar. Ella había estado asustada cuando el dragón se había lanzado al ataque pero le había ayudado a controlar a la bestia—y a cambio, él la había jodido hasta el olvido, usando su cuerpo para aliviar el dolor feroz.

¿Qué había hecho él?

La criatura se hacía más fuerte. No había duda sobre esto ahora.

Kei anduvo a lo largo de la cabaña. Incluso ahora, después de horas de joder, él la deseaba. La punta protuberante de su polla era la evidencia de eso. Desde el otro lado del cuarto, él podía rastrearla, olfatear el olor dulce de su excitación.

Había tanto que él no le había dicho. Cómo era su alcance visual mejor, su sentido del olfato más potente. Él había mantenido aquellos secretos ocultos. Había tanto que él debería decirle, pero decir las palabras en voz alta lo hacía demasiado real. La bestia crecía en él.

Nekane.

Él se tensó ante el gruñido mental, reconociéndolo como la voz de sus impulsos. Él cerró sus ojos y deseó a la criatura lejos. Él todavía era lo suficiente fuerte para que la bestia se calmara después de unos momentos.

Kei sacudió la cabeza. ¿Podría ser que su vida fuera así hasta el final? ¿Voces en su cabeza y su polla una roca dura?

Esta noche traería a su muerte un paso más cerca. Él no podía esperar mucho más tiempo para volver al Castillo. No se permitiría convertirse en un dragón, una bestia que aterrorizaba a la gente que él había pasado su vida protegiendo. Él le pediría a Riker que lo matara. Lamentaba dejar su muerte en los hombros jóvenes de su hermano pero el dragón se levantaba rápidamente.

Él miró a Lorrán.

Los dragones tenían memorias largas ¿Si lo inimaginable pasara y Kei hiciera la transición, volvería el dragón a ella? Había sólo un modo de protegerla—tenía que devolverla al Castillo. Riker cuidaría de ella, la protegería. Kei respiró hondo. Tal vez entonces, ella dejaría de lado esta obsesión extraña con los dragones. Eso iba a conseguir matarla.

Y por los Dioses, él no quería ser el dragón que lo hiciera. Él sabía que una vez que el cambio ocurriera él sería inconsciente de nada sino de su propia rabia, pero estaba el miedo, el temor persistente de que el ser humano que había sido la reconociera y se afligiera por su pérdida.

—¿Kei? —La voz soñolienta de Lorrán pareció a un aguijón en su alma—. Vuelve a acostarte. —Y la mujer que hacía una semana se hubiera estremecido ante el pensamiento de andar por ahí en ropa interior, retiró las mantas y expuso su cuerpo ante él—. Te necesito —refunfuñó ella, sus ojos entornándose. Ella extendió sus piernas—. Dentro de mí.

Kei trató de resistirse a la llamada, pero ¿quién puede resistirse al reclamo de una mujer hermosa, desnuda que abre sus piernas y suplica por él? Él caminó a través del cuarto. No hubo demora en caricias previas, ninguna caricia excitante. Él simplemente deslizó su erección dentro de su coño.

Todavía medio dormida, Lorrán sonrió y suspiró, aparentemente reconfortada por tener su polla dentro de su cuerpo. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y lo arropó fuertemente.

Ella dejó caer su cabeza atrás en la almohada y se relajó. Kei no pudo detener una sonrisa burlona.

Su pequeña remilgada estaba dormida, contenta solo con dormir con una polla sepultada profundamente dentro de ella. ¿Qué haría cuándo él se hubiera ido? En la pasada semana, él había pasado tanto tiempo dentro de ella, que no estaba seguro de que ella fuera capaz de sobrevivir sin él. Le diría a Riker que subiera con una lista conveniente de posibles maridos para ella.

El dragón rugió en su cabeza. Y la mente de Kei se volvió negra.

Cuando él volvió en sí mismo, lo que pensó que fue solo unos momentos más tarde, él encontró su cuerpo empujando profundamente en Lorrán. Ella estaba totalmente despierta ahora, jadeando, mendigando.

—Por favor, Kei, sí, por favor. ¡Kei!

Sus uñas se clavaron en sus hombros y la mirada soñadora, aturdida en sus ojos le dijo que él no le había hecho daño durante el tiempo que se había ido. Él no podía detenerse, no podía negárselo. Ella lo necesitaba. Eso hizo a la bestia dentro de él rugir.

Átala, guárdala. Mía.

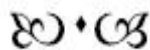
Su mente estaba clara; su cuerpo estaba bajo el control del dragón. Kei sólo podría seguir donde la bestia le enviara, empujando más profundo y más largo en su coño. Los gemidos dulces de Lorrán y las súplicas lo condujeron a eso. Ella estaba mojada y hambrienta de él. Ella jadeó y se arqueó contra él. Ahora las contracciones familiares de su orgasmo masajearon su polla y Kei gimió. Él empujó varias veces más, extrayendo cada trozo de placer de ella. Entonces, él dejó a su cuerpo irse y soltó su semilla en sus profundidades.

Largos momentos de radiante olvido pasaron antes de que él encontrara la fuerza para empujarse sobre sus brazos. Él se quedó mirando abajo a la mujer saciada en sus brazos. Sus piernas todavía estaban envueltas alrededor de su espalda, como si ella quisiera mantenerlo dentro de ella. Sus ojos se agitaron abiertos y sus labios se curvaron en una sonrisa soñadora. Ella no entendía. Kei sintió la palpitación de su propio corazón aumentando.

Nekane había estado en el control.

¿Lo sabía ella?

¿Era Lorrán consciente de que había estado jodiendo con un dragón?



Kei se levantó de la cama a comienzos de las horas de la mañana. El dragón gruñó cuando Kei jaló su polla del coño de Lorrán. Su frente se arrugó como si estuviera irritada por ser incomodada. Entonces volvió a un sueño profundo, saciado.

El momento de arrogancia masculina no podía ser ignorado. Él le había hecho esto—le enseñó a ansiar su polla tanto como él añoraba su coño. Su erección creció cuando la miró

en la cama, pero él se resistió y se vistió en las pieles prestadas situando su dura polla dentro de la bolsa.

Kei salió sin saber a donde estaba yendo —sólo que él tenía que moverse —para pensar en la noche anterior. El dragón estaba allí, en su mente. Kei podía sentirlo. Donde antes había sido una presencia extraña rondando, ahora parecía que la criatura tomaba una parte de su mente. Las historias del comportamiento errático de los hombres antes de su transición final tenían más sentido ahora. El dragón invadía el cerebro, la posesión iba en aumento hasta que era lo suficiente fuerte como para controlar el cuerpo— entonces aparecería en su forma corpórea completa.

Kei se paró y contempló abajo en el valle vacío, comprendiendo que había trepado al refugio de Effron sin saberlo. El dosel de árboles cubría la cabaña de Lorrán. El pueblo estaba en dirección contraria. El humo se ondulaba de las chimeneas medio oscurecidas por los árboles. Este era el lugar perfecto para la guarida de un dragón— aislado aún dentro del alcance de aquellos que él pensaba atormentar.

Kei dio la vuelta y contempló la entrada a la cueva. El dragón estaba dentro. Kei podía sentirlo. Él podía oler a la otra criatura y oír el silbido tranquilo de las escamas a través de las paredes de piedra mientras el dragón se movía en la cueva.

Él respiró hondo y caminó dentro. No hubo ninguna necesidad de adaptarse a la carencia de luz. Sus sentidos aumentados permitieron que él viera cada grieta en las paredes de piedra y cada escama de la piel del dragón.

Effron consumió el espacio, sentándose hacia atrás en sus ancas y reptando su cuello largo hacia adelante. Kei se levantó apenas cruzó la entrada, dando al dragón un momento para acostumbrarse a su presencia. Effron inclinó su cabeza hacia el lado y se quedó mirando por un momento, luego se marchó dando media vuelta, despidiendo a Kei.

La cólera y la furia que Kei asociaba con los dragones estaban allí. Él lo había visto a menudo cuándo había cazado a las criaturas. Pero ahora Kei reconoció algo más. Bajo la furia había dolor— desolación— un sentimiento abrumador de soledad.

El dragón era una criatura solitaria, destinada a permanecer solo debido a su naturaleza. Kei sintió que la conciencia de la bestia en su cabeza crecía. Su cólera y negación ante el estado de Effron palpitaba a través del cráneo de Kei.

Mía.

El dragón en la cabeza de Kei susurró la palabra como para recordar a Lorrán. Effron levantó a su cabeza y gruñó.

Kei se puso rígido mientras el dragón se elevaba en sus patas. Otra vez él había venido a la cueva sin un arma. Él no tenía miedo. Así como ahora él entendía la soledad del dragón, él también sabía que Effron lo reconocía como una criatura similar. Kei dobló sus brazos y vio al dragón retirar su cabeza, abrir la boca y exhalar. Flamas estallaron de las profundidades de la garganta de Effron. El fuego fluyó sobre Kei.

Él se tensó, en espera del dolor. Pero no hubo ninguno.

Las llamas no lo quemaron.

Effron gruñó y envió otra onda de fuego sobre Kei. Luego se agachó abajo en la esquina y giró su cabeza fuera.

Kei miró durante un largo momento. El fuego del dragón no lo quemó. Él había sido quemado bastante a menudo en el pasado así que era una experiencia nueva de sentir las

llamas, pero no haber recibido ningún daño. La única explicación era el dragón dentro de él. Effron había enviado la llama como una advertencia. Él quería que Kei se fuera. Kei asintió y se alejó. Él no quería añadir dolor a la criatura.

Cuando él salió a la luz del sol, el peso de la soledad de Effron colgaba en los hombros de Kei y comenzó a situarse en su corazón. Esto era su futuro.

Mía.

El grito insistente del dragón pareció correr a través del valle pero Kei sabía que sólo estaba en su mente.

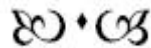
¡Mía!

La bestia pedía a Lorrان.

Ella lo esperaba. Ella le había ayudado a calmar a la criatura anoche. Ella podría apartar el aislamiento. Kei miró sin ver el valle. Sería tan fácil confiar en ella. Hacer lo que él había hecho anoche y sepultar su dolor en su carne dulce. Ella iba a ayudarlo. Su compasión por el dragón la conduciría aun si el afecto hacia él no lo hiciera.

Él no podía hacerlo. Lucharía contra esto y lo enfrentaría solo.

Él comenzó a bajar la ladera lejos de la cabaña de Lorrان.



Lorrان dobló sus brazos a través de su pecho. La ligera brisa se escabulló por el material delgado de su ropa. Ella realmente debería entrar y tomar un chal pero no lo podía hacer. No, no con lo que había al interior.

Era el plan perfecto. Bien, perfecto podía no ser la palabra correcta. Era apropiado. Inteligente. Ella sabía de la necesidad de Kei por el sexo y ella podría dárselo.

Kei no había regresado anoche o a través de las largas horas del día. Él se había levantado de su cama ayer por la mañana y había desaparecido en el bosque. A Ella no le preocupó que él fuera herido. No sólo él era *Kei, el Asesino de Dragones*, sino que él era ahora el anfitrión de un dragón. Ninguna cosa que viviera en este bosque lo podía dañar.

Ella sabía por qué él no había regresado. Él huía de los demonios de su mente, —tratando de superarlos—de luchar con la realidad. La aparición de Nekane se había convertido en un recordatorio directo de lo que Kei enfrentaba. Kei cumpliría su promesa de dejarla observarlo. Ni siquiera un dragón la podría detener.

Lorrان suspiró. Ella no se había preparado para la aparición de Nekane en su dormitorio hacía dos noches. Parecía demasiado pronto para que el dragón tuviera este desarrollo. Obviamente, había cosas que Kei no le había contado sobre la presencia del dragón.

Nekane.

Escalofríos corrieron abajo de sus brazos. El áspero susurro del nombre del dragón hizo eco en su memoria. Él había estado cerca pero Kei había podido conquistarlo. ¿Pero por cuánto tiempo?

El hombre en cuestión finalmente salió caminando del bosque y se dirigió a través del claro. Las líneas sombrías de su cara le dijeron que él había aceptado su destino. Él era un guerrero y más importante, un rey. Él sabía cuando encarar la verdad, aun cuando fuera dolorosa.

La línea tensa de su cuerpo suplicaba por el consuelo de su toque pero cuando él se aproximaba ella retrocedió.

Incluso a la luz pálida de una luna sola ella podía ver el verde de sus ojos oscurecerse. Ella se mantuvo firme. Él entendería en un momento.

—¿Qué está mal? —el hielo que cubrió su voz estaba teñido con un indicio de furia acechando debajo. Esto era por lo que tenía que llegar hasta el final. El dragón necesitaba ser aplacado.

—Nada —contestó ella rápidamente.

Sus ojos se entrecerraron mientras él fijaba la mirada en ella.

—¿Qué estás haciendo aquí afuera? Hace frío. Ven adentro. —él dio un paso sobre el porche y se movió hacia la puerta. Lorrán sacudió la cabeza.

—Tú ve. Iré dentro más tarde. —Mucho más tarde, añadió ella en silencio.

Kei inclinó la cabeza hacia un lado pero no hizo la pregunta que ella podía ver en sus ojos. Él no tenía que decir las palabras. Ella sabía que estaba actuando extrañamente. Ella estaba asombrada de la tensión inusual suspendida entre ellos. En el poco tiempo que llevaban juntos, habían aprendido a moverse al unísono. Ahora ella se estaba apartando.

Kei no entendía. Pero lo haría.

Ella se retiró y se quedó mirando afuera, el cielo oscurecido, esperando que él se diera cuenta de la indirecta y fuera adentro. Esto tenía que comenzar. Comenzar para que así pudiera acabar.

El chasquido tranquilo de la puerta que se cerró detrás de él envió una puñalada de dolor a su corazón. Estaba todo bien, tenía que decirse a sí misma que eso era con la mejor intención, pero en el silencio de la noche, ella sabía la verdad. Odiaba el pensamiento de compartirlo con otra mujer.

Ella escuchó el silencio entonces se percató de que ella no había pensado mucho más allá. Ella no tenía ninguna parte a donde ir. Tendría que caminar por el patio hasta que se terminara y pudiera regresar dentro del calor de la casa. Ella lo haría.

—¿Qué infiernos es esto? —el grito de Kei reverberó desde adentro.

Lorrán se sobresaltó y empezó a mirar hacia la cabaña, mentalmente preparándose a sí misma para su semblante. La puerta principal se balanceó abierta y chocó contra la pared de la cabaña en puntuación perfecta a sus palabras.

La furia y la rabia brillaron no sólo en sus ojos, sino que vibraron por su cuerpo. Ella tragó profundamente y apretó los puños.

—¿Qué quieres decir? —ella preguntó tan causalmente como pudo.

—¿Quién es esta?

—Su nombre es Maka, y ella es una muchacha, una... una... una... —del pueblo.

—Es una puta del pueblo. ¿Qué demonios hace aquí?

Lorrán empujó sus hombros atrás y miró arriba a sus ojos.

—Está aquí para ti.

—Justo hace dos noches, acordaste darme todo lo que necesitara. Ahora, te echas atrás.

—No.

—Entonces no la quiero.

—No puedo, tú sabes...—años de educación la detuvieron de decir las palabras—. No puedo, tener relaciones contigo ahora mismo.

—¿Tener relaciones? ¿Es un modo sofisticado de decir joder? ¿No me joderás, es esto lo qué dices? —él estaba enojado. Y tal vez un poco herido.

—No puedo. —La distinción fue clara en su mente—. Ando en mis días de mujer —su voz descendió automáticamente a un susurro—. Después de la otra noche cuando tú, y Nekane... —Kei se sobresalto ante el nombre de su futuro ser, pero Lorrán continuó—. Si tuviera que negarte el sexo, entonces no quisiera una repetición del incidente. Yo no puedo... —la mirada furiosa de Kei la hizo detenerse. Ella colocó los puños en sus caderas y miró furibundamente directo de regreso hacia él—. No te puedo follar ahora mismo, así es que traje a alguien que pudiera. Pensé que era mejor mantener las cosas suaves y tranquilas.

—Tú sólo encontraste a alguien y se supone que la monte.

Lorrán dobló sus brazos sobre su pecho. Ella conocía la vida de un noble.

—¿Y tú nunca has estado con una desconocida antes? —su marido había tenido a tantas mujeres que no había manera de que él pudiera haber sabido todos sus nombres.

—Sí, pero yo las escogí. No fueron escogidas por mi amante del momento. —Kei cruzó sus brazos en su pecho. Ella podía haber jurado que hacía pucheros—. Despídela.

—Pero...

—No la tomaré. Despídela.

Las esquinas de la boca de Lorrán se apretaron pero ella se dio la vuelta y camino solemnemente a la cabaña. Kei esperó hasta que ella se fuera y soltó su aliento reprimido.

¿Qué le ocurría? La mujer, Maka, se había parado ante él, desnuda. Su cuerpo deliciosamente apretado dándole la bienvenida. Habría sido una tarde de simple joder sin sentido. Y no podía.

Su mente reconoció su belleza desde la distancia. Su forma había sido larga y lisa. El tipo de mujer que le gustaba. Incluso sus ojos se habían ampliado con un curioso deseo. Podían haberle pagado para estar aquí pero estaba intrigada por joder con un dragón. Quería saber si las leyendas eran verdaderas—si un dragón realmente podría joder toda la larga noche y todavía querer más.

Él podría habérselo asegurado... las leyendas definitivamente eran verdad. Él había pasado horas entre los muslos de Lorrán y había deseado más. Él la deseaba ahora. Pero ella no podía tomarle esta noche.

Él nunca le confesaría eso a Lorrán, pero traer a una puta de la ciudad era una solución lógica.

Pero la mujer había estado de pie ante él y no había tenido deseo de ella. Ningún deseo por hacerla gemir o traerle placer. Ningún deseo por siquiera tomar su placer en ella.

En términos sencillos, ella no era Lorrán.

Él retiró su cabello rubio hacia atrás sobre la parte superior de su cabeza.

Era algo más que él nunca podría decirle a Lorrán.

La puerta se abrió detrás de él y la mujer del pueblo salió caminando. Sus caderas se balancearon de un lado al otro con deliberada seducción.

—¿Una última oportunidad? —le ofreció ella.

Kei sacudió la cabeza.

—Bien, una muchacha puede intentarlo —ella guiñó un ojo mientras se alejaba.

Él vio el bolso diminuto de monedas que sostenía en su mano. Por su peso, le habían pagado bien por ningún servicio.

Él miró hasta que desapareció en los árboles. Ella estaría segura en la caminata corta al pueblo. Un dragón en los alrededores mantenía a los bandidos a distancia.

Cuando se fue, Kei aspiró una profunda respiración de aire renovador y entró caminando en la cabaña. Lorrان ponía en orden el cuarto, actuando como si la mujer extraña nunca hubiera estado allí. Kei todavía la podía oler. El olor ligero de Lorrان se mezclaba con el olor drogado de la otra mujer.

—Preparé tu cama —dijo ella con una eficiencia nacida de los nervios.

—No.

Ella levantó la vista. El desafío brilló intensamente de regreso a él.

—Te dije...

—Sé lo que me dijiste. No te tocaré, si eso es lo que tú quieres, pero dormiré a tu lado.

—Él no examinó demasiado estrechamente sus motivos. Él sólo sabía que quería y necesitaba estar junto a ella. Incluso si estaba totalmente vestido y sin sexo. Algo parecido al dolor amenazaba cada vez que él pensaba en estar separado de ella.

—Pero —El pensamiento de que le rechazaba, relampagueo en su mente y la criatura dentro de él rugió. El sonido reverberó en el cuarto. Kei brincó hacia atrás y Lorrان se sobresaltó.

—Eso fue... ¿Nekane?

Kei asintió. La criatura había enviado mensajes mentales, pero nunca un ruido verbal.

—Bien, ahora sabemos que él puede hacer sonidos.

—Y que él está irritado de pensar en ti durmiendo sola.

—Correcto. El dragón está irritado. —Ella sonaba un poco molesta, pero no dijo nada más. Asintió—. Bueno. Ambos dormiremos aquí. —Ella indicó a la alcoba que había servido cuando compartieron la cama—. Tiene sentido, por supuesto. No hay necesidad en primer lugar de que nosotros durmamos en la cama incómoda cuando aquí hay una cama muy buena. —Ella enderezó su columna vertebral y alisó su falda.

Ella estaba rígida y tensa pero debajo de eso, él vio un débil brillo de alivio.

Kei guardó su distancia a través de la cena y mientras trabajaban amigablemente para limpiar. Años viajando con una banda de guerreros le habían enseñado a limpiar tras de sí mismo. Lorrان pareció contenta con la ayuda y eso le dio una excusa para estar junto a ella aun si él no la podía tocar.

Cuando la luz del final de la tarde desapareció y acunó al mundo en la oscuridad, Kei arrojó abajo la toalla que había usado para secar los platos.

—¿Estás lista para la cama?

Lorrان se tensó ante el tono seductor de su voz. Ella había estado cerca de gritar toda la noche. Primero, con la prostituta en su casa, luego el rechazo de su plan aparentemente *perfecto* por Kei, lo cuál no entendía, y ahora esto, toda la noche, él se había tomado mucho tiempo cerca, sin tocarla nunca pero sin dejarla salir del alcance de sus brazos. Era como una seducción sin posibilidad de un clímax. Sobre todo, muy muy frustrante.

Ella comenzó a protestar.

—Ven a la cama —dijo él. Él no la tocó o jaló a la alcoba. Él simplemente se movió dando media vuelta, dirigiéndola en la dirección que él quería. Él se quitó de encima la pesada camisa que traía puesta y la colgó al borde de la silla. Lorrán sintió el pequeño temblor respondiendo en su corazón ante la vista de su pecho desnudo. Ella quiso tocarlo, sentirlo. Su respiración se atoró en su garganta mientras sus manos bajaron hacia la pretina de sus pieles. Con algunas excepciones notables, ella no había pasado mucho tiempo viendo a Kei desvestirse. Sus ropas usualmente eran arrancadas al azar mientras estaban apurándose por el cuerpo del otro.

Ella miró cuando él abrió la bragueta de su pantalón y empujó el cuero suave debajo de sus piernas fuertes, poderosas. Cuando él se enderezó, alzó la vista a ella y sonrió. Ella apenas notó la sonrisa, tan atenta como estaba sobre la erección que se erguía del nido de vello pálido entre sus muslos.

—Es tarde. Ven a la cama. —Esta vez, hubo una orden en sus palabras, un sonido que el cuerpo de Lorrán no podía resistir.

Ella pasó junto a la cama y se vistió rápidamente con un camisón suave de franela. Ella le dio la espalda a Kei pero el intento de modestia fue desperdiciado. Ella podía sentir su mirada sobre su piel, una caricia caliente que ella sintió en el centro de su cuerpo.

Avergonzada, mantuvo los ojos hacia abajo, se volteo y se metió bajo las mantas. El cuerpo caliente de Kei encontró el de ella y se amoldó a su forma sin palabras. Ella se tensó esperando a que él empezara a tocarla de una manera sexual pero mientras su toque era sensual, no era explorador. Él la abrazó con suavidad cerca y se acurrucó en las mantas, como un niño abrazando su juguete favorito.

—Kei. —Ella realmente no sabía lo que iba a decir. No encontró voluntad para protestar. Se sentía demasiado maravilloso ser envuelta en sus brazos así.

—Silencio, dulce. Es tarde. Ambos estamos exhaustos y la salida del sol es temprano.

Ella miró su cara. Sus ojos estaban cerrados y una ligera sonrisa contenida se prolongó en su boca. ¿Qué más podía hacer ella?

Ella se relajó encima de su pecho y momentos más tarde se asentó en una ensoñación llena de sueños.

Kei sintió el momento en que ella se rindió al sueño. Su mente y cuerpo estaban gritando aunque extrañamente complacido. Él no entendía a la bestia dentro de su cabeza. La comprensión de la criatura era extremadamente limitada. Él deseaba follar a Lorrán. Eso era todo lo que Kei podría decir. Pero habiéndole sido negado el placer de su coño, el dragón parecía contenido, mientras Lorrán permaneciera cerca. Era cuando ella se movía que la bestia se ponía inquieta.

Kei abrió sus ojos y se quedó con la mirada fija en la oscuridad. O lo que debería haber sido oscuridad. Cada artículo en el cuarto era visible. Los sentidos del dragón en continuo aumento lo hicieron saber sobre el mundo normalmente invisible. Un ratón corrió a toda prisa debajo de la puerta de la despensa, yendo en busca de migajas de alimento. A Lorrán no iba a gustarle eso. Él había colocado algunas trampas en la mañana. Ella mantenía la casa limpia pero el bosque cercano le ocasionaba a ella una constante batalla.

Vete.

La pequeña criatura levantó la cabeza como si oyera la orden mental de Kei. *Vete*, él repitió con un empujón mental. El ratón dio vueltas y corrió velozmente hacia la puerta. Kei se rió entre dientes suavemente en la oscuridad.

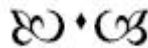
Lorran se movió.

—¿Que? —Sus ojos soñolientos pestañearon abiertos.

—Nada, dulce, vuelve a dormir.

Ella asintió y estaba recostada en su pecho. Ella se acomodó a sí misma y su mano se deslizó abajo hasta que sujetó su columna dura en su palma.

Kei se tensó y esperó pero la respiración de Lorran desaceleró hacia el sueño profundo. Por los Dioses, ella estaba haciéndolo así para torturarlo. A él le esperaba una noche larga.



Lorran se despertó como siempre lo hacía cuando el sol se asomó por la ventana. Ella estaba caliente y cómoda. Mientras abría los ojos y reagrupaba su ingenio, vio qué estaba prácticamente encima de Kei. Ella sonrió encima de él. Él la miró irasciblemente de regreso. El oscurecimiento de sus ojos no fue debido a la presencia del dragón.

Kei —el humano— estaba molesto.

Tenso.

—¿Qué está mal?

—Ten mucho cuidado en cómo mueves tu mano —ordenó él, su voz tensa como un alambre.

Ella lo miró interrogante, y entonces comprendió dónde estaba su mano... envuelta alrededor de su polla.

Y por la apariencia de eso, había estado allí un rato.

Ella sintió sus labios curvarse hacia arriba.

—Pobre bebé —bromeó ella—. Esto se ve incómodo. ¿Qué tal si hago esto? —Ella deslizó su mano arriba de la línea de su polla. Kei gimió—. ¿Oh? ¿No te gustó eso? ¿Y si hago esto? —ella puso tirante su agarre y volvió a trazar el camino. Sus caderas se empujaron hacia arriba, forzando su erección a través de su palma.

—Pequeña bruja —gruñó él a través de sus dientes apretados.

—¿Quieres que me detenga? —mantuvo sus movimientos ligeros, apenas el pequeño temblor de sus dedos, evitando los bombeos duros que ella sabía le harían terminar rápidamente. Ella empujó las mantas más atrás y clavó la mirada en él. Su pene estaba erguido orgullosamente delante de ella. Ella lo conocía íntimamente dentro de ella, pero decidió de repente que no había pasado el suficiente tiempo explorándolo. Ella corrió sus dedos ligeramente a través de la columna suave, dura. Finalmente, incapaz de resistirse, ella se inclinó hacia adelante y colocó un beso leve sobre la punta.

Kei hizo un sonido atragantado que ella nunca le había oído hacer antes. Ella levantó la mirada. Sus ojos estaban cerrados, apretados, tensos mientras su cuerpo se estiró bajo su toque. Él deseaba esto, tal vez había estado sediento de esto pero nunca lo había pedido. Ella abrió su boca y dio un golpecito con su lengua contra su piel— sólo una probada, lo suficiente como para captar el sabor masculino cálido.

—¿Has acogido alguna vez el pene de un hombre en tu boca? —preguntó él, su voz tensa.

Ella no le contestó, pero la imagen la tentó. Había oído historias por supuesto. Las criadas habían hablado sobre darle placer a sus hombres de esa manera, pero ella nunca lo había considerado. Hasta ahora.

Él abrió los ojos y la observó fijamente, su mirada oscureciéndose con lujuria y la fuerza del dragón. Ella se estiró arriba y corrió las yemas de sus dedos abajo del centro de su pecho, trazando los músculos tensos que lo mantenían atado a ella. Ella dejó a su mano vagar sobre su carne, trazando patrones al azar hasta que el alcanzó la erección plena. Él estaba grueso y largo. Su boca no lo abarcaría todo. Pero quería intentarlo. Ella envolvió su mano alrededor de él.

Él gimió y se incorporó encontrándola en una posición acucillada junto a sus caderas. Él se quedó con la mirada en sus ojos por un momento entonces la besó, su lengua deslizándose suavemente dentro en su boca y retorciéndose alrededor de la de ella, como si él necesitara su sabor para sobrevivir.

Lorran cayó dentro de sus besos, adicta al poder de su boca, a la manipulación suave de sus labios. Ella dejó al mundo desvanecerse y saboreó cada caricia. Finalmente, Kei se sacudió con fuerza de vuelta, su pecho moviéndose entre largos jadeos profundos.

La misma mirada intensa enfocada en ella, calentándola más profundamente.

—¿Quieres saborearme? —preguntó él. Él pasó rozando su dedo abajo de su mejilla. Lorran sintió la pregunta en el centro de su estómago.

—Sí —susurró ella en respuesta.

—Tus ojos son tan expresivos. Puedo ver cada deseo antes de que lo digas.

—Sí. —Ella le observó igual de detenidamente—. Tú siempre sabes justamente cómo tocarme, justo lo que quiero —miró hacia abajo a su gruesa erección—. Ahora, te quiero en mi boca.

El pecho de Kei ascendió y cayó en una inhalación larga, contraída. Él se detuvo un momento, como si estuviera reuniendo su fortaleza, entonces extendió la mano y tomó su mano en la de él. Él la guió hacia adelante, colocando su palma a lo largo del pene duro, caliente. La sola idea de eso la asombró. Ella le había hecho esto a él. Ella tenía el poder de poner a este hombre hambriento. Algo profundo dentro de su mente se liberó y ella sonrió. Deslizó los dedos hacia abajo de su erección y lo sintió tensarse bajo su toque.

Ella batió su pelo sobre su hombro y oprimió ligeramente su pecho.

—Recuéstate, le ordenó. Kei se detuvo un momento entonces lentamente se hundió sobre la cama. Él estaba extendido ante ella. ¿Cuántas veces había estado ella en aquella posición—su coño abierto, hambriento, doliendo por la sensación de su boca? Era su turno ahora. Y el suyo.

Lorran se empujó arriba sobre sus manos y rodillas, gateando hasta que ella se ahorcájó en sus piernas. Su erección se incrementó frente a ella.

Él la observó con una intensidad que la hizo temblar. Bárbaro. Él lucía apenas humano. Y que cercano a la verdad era eso.

Lorran no pudo detener su ligera sonrisa. Él deseaba su boca en él. Pero primero ella se daría el gusto, solamente un poco. El flujo de poder la empujó hacia adelante. Ella colocó sus palmas en sus muslos firmes. Los músculos estaban duros bajo sus dedos.

Ella deslizó sus manos sobre sus muslos y más allá de sus caderas hasta su estómago plano. Ella extendió los dedos amplios y ágilmente rozó las yemas de los dedos a través de su piel, absorbiendo su calor. Kei inhaló abruptamente.

Ella levantó la mirada y se perdió por un momento en el tirón de la mirada hambrienta de Kei, pero sus manos nunca se detuvieron. Era el control—la capacidad de mantenerse aparte—Lo que le hizo a ella querer inundarle con necesidad, tenerle adelante de ella suplicando.

Ella había aprendido mucho sobre el deseo de Kei. Pero él siempre había estado al mando, siempre conduciéndola al placer. Ahora, ella le quería suplicando. En lugar de moverse hacia adelante, ella se hundió de regreso en sus talones.

Kei tragó profundamente mientras él observó la esquina de su labio curvarse. ¿Hasta cual infierno lo llevaría ella? Aunque ella nunca hablaba de su marido, Kei en cierta forma sabía que ella nunca había realizado este servicio para Brennek. Sólo Kei. Sólo él la sentiría alguna vez meter en su boca su pene.

Un estremecimiento de posesión sacudió su cuerpo cuando él la contempló. Ella estaba rehuyendo. Tal vez cambiando de idea. Él dobló sus manos en las sabanas ligeras bajo él, luchando contra el impulso repentino de doblegarla y empujar su pene en su boca mojada. El deseo extraño de dominarla lo sobresalto.

No pareció que la criatura dentro de él entendiera. Esto luchó contra el control de Kei llenando la mente humana con imágenes eróticas de la boca de Lorrán tragándole. La fantasía casi táctil de liberar su venida en su garganta. Él gimió y empujó los cuadros lejos.

Él abrió su boca, listo para decirle que se detuviera. Entonces examinó sus ojos. Ella no retrocedía.

Su sonrisa envió temblores de terror masculino bajo su espina. La sonrisa de una mujer confiada era una amenaza para ser tomada en cuenta. Ella tenía el poder y ahora ella lo sabía.

Sus dedos se demoraron junto a la hilera de botones manteniendo el remilgado camisón cerrado.

—¿Te gustaría que abra esto? —preguntó, sabiendo que a él le gustaba mirar sus pechos, había pasado horas chapándolos.

Él asintió. Sus ojos cayeron a sus manos mientras ella abría los botones a lo largo de su canesú. Ella desabrochó las presillas diminutas hasta que llegó a su cintura. Ella estaba desnuda pero todavía oculta. Y ella supo que eso lo volvería loco.

Ella deslizó sus manos hacia arriba, ahuecando sus pechos y lentamente les dio masaje en círculos suaves, someros. Ella cerró los ojos y dejó caer su cabeza hacia atrás mientras movía sus manos sobre su piel, alcanzando dentro del camisón para pellizcar las puntas de sus pechos.

Podía sentir los ojos de Kei observando cada movimiento. Largos hipnotizados minutos más tarde, cuando sus pechos dolieron por sentir la boca de Kei, ella levantó su cuello y abrió los ojos. Kei alcanzó abajo y tomó su pene en la mano.

Lorrán le dio palmadas en la muñeca y apuntó a su cabeza.

—Mío —dijo ella.

Era la palabra que había llenado su cariño. Pero ahora, él y ese pene delirantemente grande, le pertenecían a ella. De mala gana. Kei retiró su mano. Ella esperó hasta que él hubiera alcanzado arriba de su cabeza antes de moverse.

No estaba completamente segura de cómo seguir pero Kei le había enseñado a ella el poder de un toque ligero de la lengua y largos lametazos lentos. Ella se inclinó hacia adelante, quedando suspendida sobre su estirada vara. Abrió la boca y remolineo su lengua alrededor de la cabeza de su pene. Cuando escuchó su siseo conmocionado, ella repitió el movimiento antes de levantar la cabeza. Ella no podía detener su sonrisa. Su mandíbula se cerró tan apretadamente que ella estaba segura que podían oírse sonidos de agrietar de dientes.

Ella tomó una respiración profunda y abrió los labios haciendo pasar al interior de su boca la llena y gruesa cabeza. Él era sedoso y tan duro.

Ella se relajó y tomó tanto de su longitud como pudo, queriéndolo todo dentro de ella. Allí había demasiado para que ella lo tomara. Ella deslizó su mano alrededor de la base de su eje, ahuecando los sacos dobles que colgaban abajo. Sus caderas saltaron, empujando a su pene más profundo en su boca. Entonces finalmente, ella se retiró y giró su lengua alrededor del extremo.

—Mío —dijo ella de nuevo.

Ella se dobló adelante y sorbió tanta de su longitud dentro de ella como podía tomar, sosteniéndole profundamente antes de retroceder y chasqueando su lengua a lo largo de la parte oculta de la cabeza.

Kei gimió. Él había estado duro toda la noche y ahora su boca incitante era más de lo que podía aguantar. El lametazo húmedo de su lengua, la constante succión de su boca redujo drásticamente la sangre de su cabeza. No era su talento lo que lo tentaba — era su puro deseo. Ella amaba lo que hacía y el poder que tenía sobre él. Debería haberlo sorprendido, incluso asustado, pero él sabía que estaba seguro. Dentro del control de ella, él estaba seguro.

Él afirmó sus piernas y le miró su boca rosada deslizar la longitud de su asta. La voz del dragón resonó en su cabeza mientras ella le saboreaba, mientras ella fijaba la mirada hacia arriba y la sonrisa de placer resplandecía en sus ojos. Ésta fue la imagen que le había permitido correrse en la cascada ésa primera noche —la realidad estaba mucho más allá de la fantasía.

Sus dedos agarraron sus muslos, diminutos alfilerazos de sensación mientras ella incrementaba la caricia de sus labios, moviéndolo más profundo en su boca.

Ella retrocedió por un momento. Él abrió su boca para gruñir una protesta pero detuvo sus palabras.

—Sabes tan bueno. —Lorran se lamió los labios—. Me gusta la sensación de ti sobre mi lengua.

Él atizó sus caderas hacia arriba, desesperado por regresar al calor húmedo de su boca. No parecía que el pudiese controlar sus caderas.

Él gimió mientras sus labios otra vez se fueron acercando a él, succionándole profundamente. Los sonidos de su boca halando su pene sólo hicieron la profunda y dolorosa necesidad peor y mejor. Y sus gemidos. Ella gimió como una mujer atrapada en su placer.

La elevación de su orgasmo era aguda. Él estaba viniéndose. Él pensó advertirle, darle tiempo para retirarse, pero las palabras estaban enmarañadas en su mente, envueltas alrededor de la necesidad de venirse en su boca y obligarla a tomarlo. Moviéndose sin pensar, él enterró sus dedos en su pelo y la sujetó. Él se convulsionó mientras el clímax explotaba a través de él y él soltó su simiente en su boca acogedora. Su cabeza cayó hacia atrás contra las almohadas.

Ella continuó chupándole, drenándole. Un ligero roce de su lengua cosquilleó el extremo de su pene.

Largos momentos pasaron antes de que sus ojos se abrieran. Mientras su respiración volvía a la normalidad, él se empujó hacia arriba sobre los codos. Lorrán se sentó entre sus muslos, el material de su camisón fluyendo sobre sus piernas.

Ella sonrió mientras trazaba patrones al azar a través de sus muslos. Como si lo sintiera observándola, ella levantó la mirada. Y lamió sus labios.

Capítulo 7

Kei miraba a Lorrán mientras ella preparaba la comida. A él le gustaba mirarla. Era en estos momentos tranquilos, después de que la lujuria había estado satisfecha, que él era capaz de considerar el futuro. Y estaba extrañamente contento. Él moriría. Era una parte inevitable de su futuro. Esto le dio una cierta libertad. Él había trabajado en sus papeles finales, dejando instrucciones a sus hermanos y consejeros, incluso un estipendio generoso para Lorrán. Ella no sabía sobre esto pero merecía la compensación por todo lo que ella había hecho.

Ella rechazaría el dinero. Él sabía que lo haría pero también sabía que Riker tenía que conseguir que Lorrán lo aceptara. Él había escrito instrucciones explícitas a su hermano para prometer a Lorrán el apoyo del Reino en sus estudios de dragón si aceptara el estipendio. Ella lo tomaría.

Él ya no consideró que eligiera un marido o amante para tomar su lugar. El dragón en su cabeza rechazó permitir que Kei hasta pensara en ello. Los gritos dentro de su mente y vísceras le dolían al dragón creado torturándolo, Kei abandonó la idea. Aunque sintiera que el dragón se regodeaba, Kei confesó en el silencio de su mente que odiaba la idea de que otro tuviera el cariño de Lorrán como él lo había hecho.

Él se asombro de lo bien que la conocía. La conocía de menos de dos semanas y podría predecir sus reacciones. Aunque todavía hubiera momentos en que ella le sorprendía. Él la conocía íntimamente. No sólo sexualmente. Él conocía su mente.

Ellos habían hablado, cuando estaba tranquilo, cuando hasta los impulsos del dragón no podían hacer responder a su cuerpo. Él le había contado de su propio ascenso al trono, como había sido entrenado como un guerrero y que nunca había esperado heredar la Monarquía. Su hermano mayor debería haber sucedido a su padre, pero él había elegido a Kei a cambio. Él le había contado sobre Riker y sus esperanzas de él como un Rey.

Ella había hablado de su infancia, su matrimonio y el tiempo que ella había pasado con los dragones. Ella le dijo sobre su investigación y sobre otros a través de la tierra. Y él podía ver la compasión que ella tenía para las criaturas. Y para sus víctimas. Ella realmente quería encontrar un modo de detener la transición.

Él le había preguntado finalmente por qué ella se había quedado con Brennek después del cambio. Ella se había encogido de hombros.

—Era mi deber.

—¿Qué?

—Él sintió que tenía que probarse al mundo. Tan es así que cuando un dragón se instala en los acantilados cerca de nuestras tierras, él decidió deshacerse de él, él mismo.

—Eso sólo demuestra que él era un estúpido y no sé como su estupidez podría ser su tu culpa. —Ella había sonreído tristemente y había asentido con la cabeza. Todo lo que fuera que había llevado a Brennek a luchar contra los dragones—Lorran todavía se culpaba.

Sus propios estudios siguieron pero ellos no estaban más próximos para retardar el cambio del dragón. Después de que Nekane se había manifestado, Kei había dicho a Lorran sobre todos los cambios que él había notado en su cuerpo y mente. Ella los había marcado cuidadosamente en el pergamino. Si aquella información ayudaría a alguien en el futuro, él no lo sabía. Pero si alguna vez había una persona decidida a encontrar un modo de ayudar tanto a los dragones como a las víctimas humanas, era Lorran. Él no dudó que ella lo hiciera finalmente. Era una mujer fuerte.

Lorran hecho sus hombros atrás como si tratara de aliviar un poco de tensión que sentía allí. Él se había ofrecido a ayudar con la comida pero ella había sonreído cansadamente y le había ordenado sentarse.

Ella se veía agotada. Los cuatro días de abstinencia durante el tiempo de su periodo le habían distraído. Y tenía una necesidad desesperada de compensar la pérdida. Durante dos días ahora, él había hecho poco por joder su coño. Él no lo entendía. Pareció que él se había ido durante aquellos días. Ella le había hecho acabar en sus manos. Y ella se la había mamado tantas veces que su mandíbula todavía tenía que doler.

Su polla se levantó. Infiernos, él pensó, todo sobre Lorran hacía que su polla se pusiera erecta estos días. Él ya no se asombraba, al contrario la idea le pareció de lo más divertida. El dragón se ponía más fuerte pero el permaneció enfocado en sí mismo—jodiendo con Lorran. Cuando los impulsos se hacían diferentes, Kei al menos sabía tratar con ellos.

Era raro. Él había esperado luchar con frecuencia contra el dragón, luchando contra el aspecto del dragón regularmente. Por lo que Lorran le dijo y lo que él había leído en sus notas, él debería luchar por el control diariamente. Pero por la razón que sea, excepto arrebatos ocasionales, la bestia parecía contenta.

Tal vez es el sexo. Él consideró la idea. Tal vez la jodienda constante satisfacía al dragón entonces él no sentía ninguna necesidad de precipitarse. El único tiempo en que él había tenido que aplastar conscientemente al dragón era cuando él había sido privado del acceso al coño de Lorran. Él tendría que sugerir la idea a Lorran. Tal vez ellos habían encontrado un modo de parar la transición.

Él rechazó la idea casi al instante. Lorran había dicho que Brennek había gastado sus días anteriores jodiendo a las mujeres de pueblo pero aún así él había hecho el cambio.

Kei sonrió. Tal vez esto sólo funcionaba con Lorran. Él pensó en una vida con Lorran. Ellos se reirían, lucharían y joderían. Él estaría muerto por el agotamiento. Y Lorran estaría para siempre embarazada. El pensamiento le detuvo. Ella no estaba embarazada pero todavía había una posibilidad.

Él sintió el impulso inmediato de poner su polla en ella y llenarla de su semilla. Él tendría que hacer una previsión en sus disposiciones finales para cualquier niño que pudiera resultar de su tiempo juntos.

—¿Por qué no tuvieron tu y Brennek una docena de niños? —preguntó Kei, su voz rompió el tranquilo silencio. Él pensó en el modo que ella amaba joder y no podía entenderlo. ¿Qué hombre no se enviciaría con su cariño?

Su espalda se enderezó y ella levantó sus ojos, mirando fijamente la ventana abierta encima del fregadero. El aire alrededor de ellos vibró con la ansiedad. Kei se inclinó avanzando, consciente que él había abierto de alguna manera una vieja herida.

—Soy estéril —contestó ella finalmente sin girarse, con una voz sin emoción—. Brennek y yo aspiramos a niños durante los cinco primeros años de nuestro matrimonio pero nada resultó de ello.

—Tal vez era su problema.

Ella negó con la cabeza, agitando su cabello a través de sus omóplatos.

—No. Su amante tuvo un niño. Pero como su esposa, yo era incapaz de hacerlo. —Sus palabras eran suaves, pero había un dolor subyacente en ellas.

El dolor abrió su pecho. Antes de que él tuviera una posibilidad de analizar la emoción extraña, la bestia dentro de él gritó. El gemido hueco rechazó el pensamiento de Lorrán sin un niño—sin su niño que llenase su vientre. El dolor de Kei se mezcló con el del dragón. Él quería verla ponerse grande con su semilla y saber que ella amaría al niño que creciese dentro de ella.

Las emociones del dragón le dominaron, exigiendo a un compañero y descendiente, para poblar el mundo.

Kei estuvo de pie. La necesidad de moverse lo obligó a cruzar el cuarto.

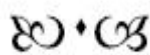
La furia rabiaba dentro de él—Nekane era una criatura de furia— que vivía por el instinto y no entendía el control.

—Tengo que salir.

Él tenía que escaparse de ella. Él tenía que poner alguna distancia entre ella y el dragón antes de que la criatura se echara encima de ella otra vez. Él andaría, correría, haría algo para quemar la energía que le llevaba a estar dentro de ella. A llenarla.

Kei se concentró en andar a la puerta y al mundo más allá. Cada paso requirió toda su fuerza. El dragón luchó por el control de su cuerpo. Él casi suspiró por el alivio cuando alcanzó la puerta.

—Entiendo —susurró ella mientras que la puerta se cerraba detrás de él.



Ella contempló la puerta cerrada, asombrada de como mirarla le causaba dolor. Era fácil de entender. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura. Ella le había fallado a otro hombre.

Todo lo que Brennek había pedido de ella era un niño y ella había sido incapaz de dárselo. Él no había tenido a ningún heredero legítimo y esto le había empujado a demostrar al mundo que él era el maestro en su esfera. Y había terminado por morir en una cueva.

Ahora Kei, condenado al mismo destino, había esperado obviamente a un heredero.

Ella respiró hondo y quitó las lágrimas justo cuando ellas corrían por sus mejillas. Ella no gritaría. Ella había gritado demasiadas veces por su inhabilidad de concebir. Ella nunca lo haría otra vez.

Al menos ella tenía las memorias del cariño de Kei para consolarla. Ella siempre recordaría la sensación de Kei moviéndose hacia su cuerpo, el deslizamiento encantador de

su polla entre sus piernas y el calor de su boca en su piel, en su sexo. Su cuerpo comenzó a dolerle con solo pensarlo.

Ella lo apartó. No pensaría en ello. Aunque más no fuera, la vida la había enseñado a aceptar lo que ella no podía cambiar. Ella hizo una comida rápida y la comió silenciosamente.

¿Cuándo volvería Kei? Ella dejó un plato para que se calentara en el horno y finalmente se acostó.

Se encogió en su lado y contempló el fuego agonizante. Se había acostumbrado al cuerpo de Kei al lado del suyo. Tendría que aprender de nuevo a dormir sin su peso en su cama. Y sin su cariño cada noche para agotarla.

Ella usó los recuerdos para relajar su cuerpo. Ella le quería. Otra vez. Siempre. Ella deslizó su mano bajo las mantas y comenzó a tocarse ligeramente, suponiendo que era la mano de Kei. Las caricias suaves permitieron que ella fuera a la deriva con la cabezada ligera. El calor y el fuego la esperaron en el sueño.

Él retiró las mantas y extendió sus piernas.

—Déjeme estar en ti, déjeme llenarte —susurró él.

—Sí, ven a mí.

Él subió a la cama y empujó su polla dentro de ella sin preludios. Ella estaba mojada y abierta para él.

Él gimió cuando se enterró profundamente.

—Te sientes tan bien —susurró él—. Tu coño se agarra a mí, como si nunca quisieras dejarme ir.

No lo hago. Ella guardó las palabras silenciosas, como siempre hacía.

—Eres mía.

—Sí.

Kei miró su figura bajo las mantas. Él había corrido a la cascada, tratando de alejar la cólera. Por su propia pérdida y la de Lorrán. Era ilógico por supuesto. Él nunca había esperado conseguir un niño de Lorrán. La idea no había venido a él hasta aquella noche, pero una vez que el pensamiento estaba allí, había sido imposible rechazarlo.

Finalmente, él había subido la montaña hasta el refugio de Effron. Effron no había hecho caso de él en esta visita.

Kei se sentía atontado por la soledad y la desesperación que emanó del dragón. Era fácil ver como aquellas emociones rápidamente se convirtieron en rabia contra un mundo que no entendía.

Nekane había gritado por Lorrán y había arrastrado a Kei lejos, como si ver la vida vacía del otro dragón fuera demasiado para la bestia. La conciencia de que Lorrán sería capaz de llenar el espacio hueco en su pecho se filtró en sus pensamientos. Donde antes, él había huido de ella, desesperado para demostrarse a sí mismo y al dragón que él podría solo—esta vez él aceptó su necesidad de ella.

Él había vuelto al cuarto Y el la encontró haciéndoselo. Ella soñaba. Su cuerpo caliente olía a almizcle. Ella lo deseaba.

Su polla saltó por el olor dulce de su coño mojado. Ella deseaba estar llena. Él arrancó las mantas. Sus pechos hermosos eran ahuecados en sus propias manos, sus pezones apretados entre sus dedos. Ella mecía sus caderas hacia arriba como si estuviera jodiendo a

algún amante imaginario. Él se movió rápidamente. Tenía que llenar la necesidad de su cuerpo.

Ella se despertó cuando sus manos tocaron el interior de sus muslos. Él contempló su sexo mojado, extendiéndose ante él.

—Eres mía —susurró él, haciendo eco a la voz en su cabeza. Él se inclinó y besó la misma punta de su pequeño coño. Entonces, despacio lamió hacia abajo, necesitando una muestra de su gusto para saborear en su lengua.

—Pero, Kei, pensé...

Él no sabía lo que ella iba a decir, pero sus palabras fueron transformadas en un grito ahogado y luego un gemido cuando él chupó despacio su clítoris. Ella estaba tan mojada. Él bebió ruidosamente todo el zumo de su coño y la lamió hasta obtener más fluido de ella. Sus gritos se volvieron súplicas. Él se dio un banquete con su sexo, saciándose y llevándola de placer. No se precipitó. En cambio, pasó su tiempo amándola, despertándola, devolviéndole a ella todo el placer que ella le dio a él. El dragón retumbó contento dentro de su cabeza.

Entonces, las imágenes que le habían asaltado en su cabeza volvieron, ella estaba lista para el niño. Él se retiró. Él tenía que darle su semilla y quería sentir que ella lo aceptaba. El instinto le condujo hacia arriba. Él subió su cuerpo y deslizó su polla en su sexo en un movimiento fluido.

Él gimió cuando su coño mojado sorbió su polla dentro. Él estaba más allá del pensamiento, más allá del comportamiento racional. Él tenía que correrse dentro de ella, para llenarla de su semilla. Él no tenía ningún control, ninguna restricción. Él empujó dentro de ella dos veces, y otra vez, sintiendo la subida estable de un orgasmo claro y agudo.

Él la penetró profundamente y su mundo estallo. Él la inundó de su semilla.

Unos segundos más tarde, la fuerza abandonó su cuerpo, él sufrió un colapso encima de ella. No tenía la energía de retirarse y se mantuvo en esta posición, su polla quedó sepultada en su coño. Él iba a necesitar más de su coño en un rato entonces prefirió quedarse dentro.

Lorran se movió debajo de él y él acarició su cabeza. Sus ojos estaban nublados por el dolor y él sintió el impulso repentino de acariciarla. Él frotó su nariz a lo largo de su mejilla, calmándola.

—No puedo darte un heredero, Kei —dijo ella después de un momento.

Él se inclinó atrás y la contempló con el asombro.

—¿Es eso lo que piensas? —ella se encogió de hombros pero él vio a través del movimiento casual. Esta era la fuente del dolor—. Nunca se me había ocurrido hasta hace tres horas que tú podrías haber quedado embarazada. No te jodía para tener un heredero. Yo te jodía porque no puedo dejar de hacerlo.

Ella sonrió y él sintió que ella se relajaba debajo de él.

—Lo había notado.

—No quiero detenerme —dijo él, sabiendo que era una distinción importante.

Él se apoyó en sus codos y frotó a su polla húmeda dentro de su raja. La fricción ligera inmediatamente le devolvió a un estado duro. Lorran jadeó cuando él palpitó

profundamente dentro de ella. Él sabía que a ella le gustaba esto, se lo indicaban los pulsos cortos que lo masajeaban dentro de su coño.

—Quiero moverme dentro de este coño apretado hasta que te duela de necesidad —gruñó Kei. Lorrán jadeó—. Y luego te daré lo que pides.

Él continuó susurrándole mientras se mecía dentro de ella, llenando su mente con su voz cuando él llenó su cuerpo con su polla. Sus ojos se pusieron vagos cuando ella se perdió una vez más.

Esto era lo que él quería que ella recordara cuando él se hubiera ido. Él resistió su propia necesidad de empujar con fuerza y trabajó para ella, dándole placer con su cuerpo, sus manos, su boca y su polla hasta que el sol comenzó a subir sigilosamente en el cielo. Entonces, su mente perdió todo sentido para él y se hundió una vez más en su coño y otra vez lo llenó con su semilla.

Kei gruñó cuando se lavó en la tina minúscula. Sus rodillas se apretaron contra su pecho y sus hombros eran más amplios que el borde de la pequeña tina. Pero era un modo rápido de asearse. Tal vez más tarde él podría convencer a Lorrán para ir a la cascada—disfrutarían de los placeres de la charca caliente. Las visiones nebulosas que parecían caracterizar los pensamientos del dragón, al instante formaron cuadros de Kei y Lorrán, desnudos en las rocas al lado de la cascada. Ella le había mirado aquella primera noche. Ahora él podría disfrutar de ella totalmente—sus labios en su polla, su boca bebiendo de su coño. El dragón se quejó demostrando su acuerdo.

Él le daría el día para descansar. La protesta de Nekane era un gruñido suave. Kei sacudió su cabeza. Era extraño como él se había adaptado a la voz del dragón. Él casi esperó más reacciones de la bestia.

Los tonos bajos de la voz de un hombre fuera de la cabaña sacaron a Kei de sus pensamientos. Se puso de pie y pasó una toalla alrededor de su cintura. Era raro oír a otro humano.

El único contacto con el mundo más allá de la cabaña habían sido los mensajes de Kei al Castillo.

Nadie visitaba a Lorrán. La ciudad no la aprobaba. Ella le había dicho que la gente la había amenazado cuando ella se había acercado al principio. Ahora, la mayoría la ignoraba.

Sacudiendo su pelo húmedo sobre su hombro, Kei anduvo a la ventana y miró fuera.

Un hombre alto, corpulento, con una cara amistosa y una sonrisa pronta escuchaba atentamente cuando Lorrán hablaba. El varón extendió la mano y la acarició suavemente en un hombro. Entonces él habló y Lorrán sonrió. Kei no podía oír las palabras del hombre. Un rugido violento en su cabeza bloqueó el sonido.

Kei sintió que los músculos detrás de su cuello comenzaban a tensarse. Él fijó la vista en su mano, mirándola apretarse y enroscarse hasta que formó una garra.

La risa suave de Lorrán flotó a través del aire claro. Ella saludó con la cabeza y miró al hombre volviendo a la ciudad. Unos segundos más tarde, ella entro.

—Era el Sr. Fiya de la tienda. Él entregaba... —ella se paró y le miró—. ¿Qué está mal?

—Puedo olerle en ti. —Kei no reconoció su propia voz. El sonido era profundo y bajo, como el gruñido de un animal—. Él te tocó. —levantó a su cabeza y la contempló. La neblina oscura que él asociaba con el dragón no bloqueó su visión. Solo la intensificó. Todo

en ella estaba claro. Cada hilo del pelo fue separado y cada olor catalogado. Cada aliento que ella tomó fue juntado en sus pulmones. Kei parpadeó y trató de apartar la niebla.

Estaba pasando. La bestia luchaba por el control. ¡Un varón había tocado a su pareja! Él giró su cuello, estirándolo y enroscándose alrededor, luchando por la dominación final sobre el cuerpo—. Él te tocó —se oyó repitiendo.

Cuando él dijo las palabras, dio un paso adelante—el humano se esforzó por negar cada paso, pero el dragón era demasiado fuerte.

Mía. ¡Tomo lo Mío! Más allá de las palabras, Kei sintió la necesidad feroz del dragón de poseer a Lorrán. Kei se resistió, oponiéndose con toda la fuerza que tenía. Y de todos modos siguió adelante.

—Él sólo tocó mi hombro. —Lorrán movió su cabeza. Y retrocedió.

Esto irrumpió en su mente—*retrocedía, huía de él.*

¿Irse? ¡No! ¡Mía!

Kei sabía que Lorrán había oído el grito mental del dragón cuando ella movió su cabeza y siguió retrocediendo. Kei miró el movimiento y el dragón gritó. El bramido reverberó por la pequeña cabaña. Lorrán se llevó las manos a los oídos para bloquear el espantoso ruido.

Kei sintió que su conciencia se desdibujaba, perdiendo hasta la capacidad de luchar contra la bestia.

Ella anduvo de espaldas. El movimiento le pareció familiar. Solo necesitó un momento para recordar—esto era justo como en su sueño. Ella estaba siendo cazada por un dragón. Acechada por el hombre que amaba.

Toda apariencia de humanidad se había extinguido de los ojos morados que la contemplaron. Pero era más que sólo los ojos morados lo que le advirtieron que su Kei ya no era responsable. Las ondas de la rabia emanaron de su cuerpo. El dragón había tomado el control de la mente humana y estaba cerca de liberarse de las restricciones físicas humanas. Cuando la criatura apareciera, la casa no sería capaz de contenerlo. La incendiaría. Aquella furia largamente contenida explotaría.

Poco dispuesta a desviar la vista, ella anduvo hacia atrás, y colocó su pie en el dobladillo de su vestido. Se cayó con un ruido sordo. Kei todavía se adelantaba.

Lorrán trepó hacia atrás en sus manos y pies, tratando de escaparse. Su corazón bombeó la sangre irregularmente por sus venas.

—Kei, por favor —dijo ella cuando pudo juntar bastante aire para hablar.

¡Mía! La palabra entró en su mente pero Kei no lo dijo.

—No. —ella movió su cabeza.

¡Mía! La criatura repitió.

—No, por favor.

Él se inclinó y comenzó a avanzar lentamente los pocos metros que lo separaban de ella. Tiró hacia arriba la lana áspera de su vestido, exponiendo sus piernas hasta sus muslos. Ella se movió para bajar la tela pero él estaba allí—sus manos la alcanzaron, agarrando sus muslos y tirándola hacia él.

—Kei, por favor. No le dejes ganar. —le llamó con la esperanza que en su interior el humano que era todavía fuera capaz de reaccionar.

Él apartó la vista de sus piernas. Sus manos se apretaron en sus rodillas.

—Por favor, Kei, no hagas esto.

El miedo de su voz lo alcanzó profundamente. Esto le impresionó, enviando la fuerza a su cuerpo. Él se volvió, embistiendo hacia la puerta. Él tenía que alejarse. Él atravesó la puerta abierta y tropezó en el pórtico de madera. Respiró hondo, intentando alejar el olor de Lorrán de sus fosas nasales. El olor de su miedo todavía alteraba sus sentidos. Él anduvo con paso majestuoso por el pórtico y siguió su camino.

¡Olor masculino en ella, Mía!

El grito de Nekane palpitó en el cráneo de Kei, haciendo casi imposible pensar. La única opción que tenía era moverse. Él salió corriendo, lejos de Lorrán, hacia los bosques. Él siguió el sendero estrecho hacia la ciudad. El olor del hombre que había tocado a Lorrán fue fácilmente reconocido y él comenzó a seguirlo.

La rabia desgarradora hirvió dentro otra vez. Mata al varón.

¡Kei se sacudió deteniéndose, agarrando un pequeño árbol para impedirse adelantarse, de cazar al hombre que se había atrevido a tocar a su mujer!

Él se obligó a tomar aliento lentamente, limpio su cuerpo de todo excepto del olor del suelo y los árboles que bordeaban el camino. La niebla enturbió sus pensamientos pero Kei siguió aferrado al árbol. Era la única cosa que le ligaba a la tierra.

Despacio Kei. Volvió a tomar tiempo para concentrarse. El sol casi se había ocultado. Él se había ido durante horas. Miró alrededor y olió el aire, odiando el movimiento parecido al de un animal, pero necesitando los sentidos del dragón. El olor del comerciante se había desvanecido y no había ningún olor a sangre. Kei miró abajo hacia sus manos. Estaban limpias excepto por la savia del árbol. Entonces él no había matado al hombre.

Nekane se quejó en respuesta. La bestia no era feliz. Kei podía sentir el futuro plan del dragón. Cuando Nekane fuera finalmente soltado de las coacciones del cuerpo humano, él volvería y mataría al comerciante.

Lorrán le había dicho al principio que era inseguro para él volver a casa porque él haría daño a la gente alrededor de él. Ahora él sabía por qué. El dragón mantenía la memoria y la rabia. El volvería para castigar a cualquiera que lo hubiera ofendido.

Pero Kei tenía el control por el momento. El triunfo palpitó por sus venas dándole fuerza.

Y otra erección.

Lorrán. Él la deseaba. Quería joderla, deslizar su lengua en su coño. Reclamándola, entonces ella nunca pensaría en otro hombre.

Sí. Sí. Más. Es Mía.

Pero él no iría. Kei aplastó la rebelión del dragón. La criatura aulló dentro de su cabeza otra vez.

Apenas aferrándose al último trozo de humanidad que le quedaba, Kei comenzó a planear. Ya era tiempo. Él tenía que marcharse.

Lorrán se sentó al lado del fuego, aparentemente leyendo pero Kei sabía que ella había estado mirando fijamente sin expresión las páginas. Ella alzó la vista cuando él entró, con el miedo reflejado en sus ojos. Ella lo escondió rápidamente pero era demasiado tarde. Él sabía que estaba allí. Él se preparó para el grito del dragón. La bestia gruñó suavemente, pero permaneció estable.

—Me marchó.

—¿Qué? ¿Ahora? Esta oscuro fuera.

—Es lo mejor. Tengo que marcharme. Ahora.

Ella aparto el libro y se puso de pie, moviéndose rápidamente hacia él. Kei retrocedió.

—No te me acerques.

—No me harás daño, Kei. Lo sé.

Él asintió con la cabeza.

—¿Yo no, pero y él? —Él dio un toque al lado de su cabeza—. No puedo controlarle mucho más tiempo. Sucederá finalmente. —Él se había preguntado por qué el dragón se había quedado silencioso por tanto tiempo ahora, parecía que la bestia estaba lista para aparecer—. Tengo que irme a casa. Entregar mis papeles y hablar a mis hermanos antes del cambio final.

—Pero...

—Lorran, no lo hagas. Hiciste todo lo posible. Espero que lo que aprendiste de mí ayudará a otros.

—Déjame ir contigo.

—No lo hagas. —La miro con coraje—. No te tendré sacrificándote del modo que lo hiciste con Cronan. Esta criatura dentro de mí te destruiría.

—No lo veo como un sacrificio.

Él sintió sus palabras en su pecho. Él podría tenerla. Ella vendría con él y permanecería a su lado.

—Sé lo que me va a pasar. La vida con ese horror es bastante mala. Llevarte al nivel de los infiernos me haría enloquecer.

Él esperó, mirándola hasta que ella asintiera con la cabeza, hasta que él estuviera seguro que ella entendía. Si ella se preocupaba por él, ella tenía que dejarle ir. Él no podía hacer que ella pasara su vida en la esquina oscura de una cueva. Sólo los Dioses sabían lo que el dragón iba a hacerle.

Él tenía que marcharse.

Él miró alrededor del cuarto. No tenía nada para tomar. Nada aquí le pertenecía.

Excepto ella.

Mía.

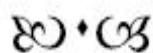
Él no hizo caso de la voz, usando la fuerza introducida en él desde la infancia. Él podía andar por el fuego, soportar un dolor inimaginable—él podía alejarse de ella.

Se paró en la puerta sabiendo que tenía que decir algo.

—Gracias. Por todo. —Lorran siguió, de pie. Lagrimas asomaban del borde inferior de sus ojos que los hacían brillar a la pálida luz de la vela—. Tú eres una mujer asombrosa.

Y él anduvo en la noche oscura, el dragón gritando en su cabeza.

¡No!



¡No!

El gemido de Nekane resonó por el cuarto vacío. Ella miró la puerta detrás de él y sintió su propio grito del corazón en respuesta. La compasión por el dragón—y por el hombre destinado a la muerte. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. ¿Ella quería

correr detrás de él, arrastrarle, hacerle retroceder, suplicarle para que se quedara, pero al final para qué?

El dragón se levantaba en él.

Y Kei lo sabía.

Él se marchaba para protegerla.

—Caray.

Ella podría ir con él, pero él no quería. Su honor, que era una de las muchas cosas que ella había aprendido sobre él, no le dejaría quedarse. Era Nekane. Aquella tarde durante el tiempo que el dragón la acechaba a través del cuarto, la asustó. Ella tembló recordando. Kei había desaparecido completamente.

Ella había tenido miedo, realmente miedo de la bestia dentro de él.

Mía.

Kei se lo había dicho a menudo pero sólo era cuando el dragón había gritado esto, que ella entendió su verdadero sentido. Él quería que ella le perteneciera a él, completamente. Quería consumirla.

Lorran se hundió en el suelo y miró fijamente sin expresión el fuego. El cuarto estaba sumido en una sepulcral tranquilidad. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a aprender a vivir sin él?

Sus peores miedos se habían vuelto realidad. Se había enamorado de él.

Capítulo 8

—Bien, pues bien. Miren quien está de vuelta.

Kei no hizo caso del saludo burlón de Kafe. Nekane gruñó silenciosamente en la cabeza de Kei. El dragón sentía los sentimientos de Kei hacia su hermano o era un buen juez del carácter. Kei hacía un día que había regresado pero era la primera vez que se encontraba con Kafe.

—Tienes que ver que el Tratado de la Orilla Norte, ya está listo. —Kei le alcanzo el documento a Riker.

El hombre joven saludó con la cabeza. Kei miró a su hermano durante un momento. Algunas personas pensarían que él era demasiado joven para gobernar pero Kei conocía la fuerza de Riker. Como Kei, Riker se había entrenado como guerrero. Ahora, él sería el Rey.

Kei echó un vistazo abajo al papel que sostenía en su mano. Él siempre había supuesto que él tendría un hijo para enseñarle, un hijo para criar y entrenar como su sucesor. Él nunca había pensado que él tendría horas, en vez de años para pasar la información importante. Pero Riker era elegante y honesto. Lamentablemente, lo mismo no podía ser dicho sobre Kafe. Kafe era inteligente, pero lleno de artimañas. Y diez minutos más viejo que Kei.

—¿Qué? ¿Ningún saludo para mí? Realmente eres grosero Kei. —Kafe cepilló las puntas de sus uñas a través del chaleco aterciopelado que llevaba—. ¿O hay allí algo más apropiado para llamarle ahora? ¿Huevo de dragón, quizás?

Kei alzó la vista y lo miro especulativamente. La conexión mística entre gemelos era basura, en lo que se refería a Kei. Él no se sentía en absoluto relacionado con Kafe, excepto por una mutua aversión. Naturalmente, Riker había dicho a Kafe sobre el ataque de dragón. Riker no entendía la profundidad del odio de Kafe hacia Kei.

Kei había hecho todo lo posible para proteger a su hermano más joven de la verdadera naturaleza de Kafe. Ahora que Riker sería el Rey, tendría que advertirle. Él tenía que saber que no podía confiar en Kafe.

—¿Kafe, qué deseas? —preguntó Kei, haciendo todo lo posible por parecer aburrido. Esto irritaría a Kafe y tal vez se marcharía.

—Sólo lo que es el mío por derecho.

Kei sabía que Kafe se refería al Reino. Él siempre había creído que él debería haber sido elegido para conducirlo. Su padre había tomado otra decisión.

—El Reino irá a mi heredero.

—Bien, a menos que tú hayas implantado una semilla en las tres semanas pasadas, parece que seré yo. —Los ojos de Kafe se endurecieron—. ¿No has conseguido embarazar a alguna hembra, verdad? ¿Cuál es el nombre de la puta que cuidó tu lamentable vida? ¿La que te devolvió la salud?

Kei no recordaba haber hecho movimiento alguno. Pero en un momento estaba sobre la mesa y sus manos alrededor de la garganta de Kafe antes de que las últimas palabras de la oración fueran dichas.

Sus dedos se clavaron en la piel cuando él apretó la garganta del delincuente. **Mátalo. Mata.**

—Kei, detente. ¿Qué haces? Kei retrocedió cuando Riker agarró sus muñecas y trató de separarle—. Déjalo ir.

Luchando contra Nekane cada pulgada, Kei obligó a sus manos a aflojarse. Su gemelo se cayó al suelo, haciendo esfuerzos para respirar, rayas rojas aparecían en su garganta.

Kafe fulminó con la mirada a su hermano.

—¿Me atacas por una mujer? Ella debe ser muy buena... —él hizo una pausa. Kei alzo su puño, listo para romper el agarre de Riker si Kafe dijera una palabra irrespetuosa contra Lorrán. El dragón se quejó en acuerdo.

—Enfermera —terminó finalmente Kafe. Él se puso de pie y sacudió su ropa de cuero con dedos delicados—. Yo no sabía que ella significaba tanto para ti. —El destello que brilló en sus ojos preocupó a Kei durante un momento pero lo dejó pasar. En unos días, nada de esto tendría importancia.

—No quiero que pienses en ella en lo absoluto.

Kafe se encogió de hombros y entonces se estremeció. Por un momento Kei sintió pena.

Él había lastimado a su hermano. El cuello de Kafe ya se magullaba. Pero él se merecía esto y más.

Como un animal encerrado en una jaula, Nekane se cernió sólo más allá del mundo físico. Kei respiró hondo. Se hacía más y más duro controlarlo. Tardaría un día, tal vez dos antes de que la criatura le dominara completamente. El dragón gruñó su disgusto. **Mátale. Mata.**

El dragón gritó en su cabeza, otra vez pidiendo a Lorrán. **¡Es Mía!**

Kei apenas oyó, y no escucho a Kafe decir adiós. Era duro concentrarse alrededor de los gritos del dragón.

Él esperó hasta que Kafe se marchara antes de encarar a Riker. Él era joven para ser coronado pero Kei sabía que su hermano era inteligente, valiente y tenía conciencia. Él lo haría bien.

—La primera cosa que tienes que hacer cuando yo muera es desterrar a Kafe.

Los ojos de Riker se ensancharon.

—¿Qué?

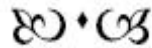
—Él te causará problemas. Nuestro padre me pidió dejarle permanecer. No cometas el mismo error. Proscríbele. Yo no puedo. Tienes que hacerlo. —Kei se encogió de hombros, pareciendo casual—. Él tiene dinero y alquilará hombres. Tendrás la lealtad de la guardia aquí. Usa eso.

Riker asintió con la cabeza. Había un parpadeo de culpa en los ojos de su hermano. Estaba bien. Él pensaba ya en deshacerse de Kafe. Era algo que Kei debería haber hecho hace un año, pero él había hecho una promesa. Riker tendría que ocuparse de esto. Había tantas cosas que él le dejaría a Riker para hacerse cargo.

Incluso Lorrán. Sus instrucciones en sus diarios eran explícitas. Él confiaba que Riker las llevara a cabo.

Kei aclaró su garganta.

—De acuerdo. Ahora, la Orilla Norte puede ser contenida. La rebelión no es más que una protesta de campesinos. Envía a alguien...



Lorrán salió al pórtico y dejó al sol de la mañana golpear sus ojos. Ella había pasado todo el día de ayer y el día anterior a ese dentro de la cabaña sollozando. Sus ojos estaban rojos e hinchados por el llanto de dos días. Con una aspiración tranquila, ella echó sus hombros hacia atrás. Ella no gritaría por él por más tiempo. Él se había marchado. Por elección propia.

Pero la verdad se mostraba aunque ella tratara de negarlo. Kei se había marchado para protegerla. Nekane se ponía más fuerte. Kei perdía el control. Ella marcó el paso en el pórtico de madera. Iría a la ciudad por algunas provisiones. Sería una buena excusa para oír el último chisme. Iba a estar en labios de todo el mundo cuando el Rey se convirtiera en un dragón.

Una brisa fría envió un temblor a través de sus brazos. Era temprano. El sol no había tenido tiempo para calentar la tierra. Esperaría hasta el mediodía y luego iría. Habría bastante tiempo para oír lo que ellos decían.

Una bota que rayaba la plataforma de madera llamó su atención. Ella giró alrededor y su corazón se paró.

—¡Kei! —Ella caminó cuatro pasos hacia él. Cuando ella lanzó sus brazos alrededor de su cuello, sintió que algo andaba mal. Retrocedió —. Usted no es Kei.

Era la imagen especular de Kei. Pero los bordes suaves de su cara y el brillo cruel en sus ojos eran tan dramáticamente diferentes de Kei que ella se sorprendió de haberlo confundido por un momento.

— ¿Quién es usted? —Ella tenía un recuerdo vago de historias sobre príncipes dobles pero no había hecho caso de los cuentos. Ella había hecho a un lado esa vida hace cinco años cuando había decidido estudiar dragones en vez de volver a la casa de su padre.

—Soy Kafe. El hermano de Kei, como usted ve. ¿Kei no me mencionó? Que extraño. Él por lo general no puede decir bastante sobre mí. —La sonrisa zalamera hizo doler la mandíbula de Lorrán. Ella retrocedió otro paso—. Kei me envió. Él está preocupado por usted, le preocupa que usted esté aquí fuera sin protección. —Lorrán avanzó poco a poco hacia atrás. Él la siguió a través del pórtico—. Él la necesita. Lamenta admitirlo pero la quiere con él.

Ella tuvo que suprimir el dolor que sus palabras creaban. Ella no confiaba en él. Kei se había marchado para protegerla. ¿Por qué la llamaría?

—No le creo.

—Es verdad. Él la echa de menos.

Su estómago se contrajo. Ah, como ella quería que esto fuera verdad, pero Kei no la llamaría.

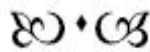
—Pienso que usted debería marcharse.

—No sin usted. —La sonrisa encantadora desapareció y una ausencia radiante de alegría fue reflejada en sus ojos—. Usted puede aparecer ante su querido Kei llena de contusiones, o no. La opción es suya. —Él hizo una pausa—. Aunque pensándolo bien —Él alzo su mano y la abofeteo. Lorrán cayó a tierra, su mejilla ardiendo—. Unas contusiones no serían tan mala idea —dijo Kafe—. Ahora, puedo detenerme, o puedo pegarle hasta sangrar. Cualquiera satisfará mis objetivos.

Lorrán no respondió. Su cabeza vibró del golpe vicioso. Ella apenas notó cuando él la arrastró a sus pies y la empujó hacia otro soldado. El guerrero la agarró contra su pecho entonces rápidamente ató sus manos con una cuerda.

Kafe agarró su barbilla en sus dedos y levantó a su cabeza, inspeccionando su cara.

— No me molestaría magullarte, dame cualquier problema y yo te presentare ante Kei como a un montón arrugado de carne humana —ella lo fulminó con la mirada silenciosamente. Kafe sonrió—. Sí, ¿Es casi imposible creer que somos hermanos, verdad?



Kei anduvo con paso majestuoso delante de la chimenea, giró y repitió el camino. La energía rabió por su cuerpo. La energía de un dragón.

La bestia maldita no le dejaría descansar.

Mía.

La voz irritante resonó por la cabeza de Kei.

¡Mía! El dragón insistió.

Este quería a Lorrán. Kei apretó sus manos hasta que sus nudillos palidecieran. Él tenía que luchar contra esto—tenía que luchar contra el impulso de llamar a Lorrán. Si él enviara un mensajero, ella podría estar aquí a media mañana. Ella vendría si él la convocara. Ella era leal y también malditamente cariñosa.

Sí. Mía.

—¡No! —Kei aporreó su puño contra la repisa de la chimenea de piedra. El dolor fusiló su brazo pero él apenas lo sintió. La roca se rajo bajo la fuerza de su puño. La fuerza del dragón entraba en su cuerpo humano, igual que la voz siempre estaba en su cabeza ahora.

—¿Su M... Majestad?

Kei se enderezó y se dio vuelta para enfrentar a la criada. Él la reconoció. Ella había compartido su cama en algunas ocasiones. Ella tragó convulsivamente y le contempló con los ojos bien abiertos.

Esto es en lo que me he convertido. Una bestia que inspira miedo a sus propios criados.

La mujer joven anduvo con cautela hacia él. Ella era hermosa, alta y delgada, con pechos llenos que cabrían perfectamente en sus manos. Su vestido de escote bajo, revelando una hendidura profunda. Ella había sido una amante impaciente. Ahora ella se asustaba de él.

Él respiró hondo e inhaló su olor. Él hizo una pausa y esperó al dragón, esperando el gruñido de la lujuria cerrarse de golpe en su cuerpo.

Nada. Ella era una mujer hermosa y él no sintió ningún deseo de joderla. No parecía que el dragón notara siquiera su presencia en el cuarto.

—¿Qué es esto?

—Me pidieron entregarle esto a usted.

Kei silenciosamente tomó la nota de su mano temblorosa. Los garabatos reconocibles de Kafe hicieron que los músculos a lo largo de la espalda de Kei se apretaran casi al punto de romperse.

—Gracias. —Él la despidió, apenas notando cuando se marchó, y contempló la nota.

Encuéntrame en la Roca de Turphen. Tengo algo que quieres.

No estaba firmado, pero esto no sorprendió a Kei. ¿Qué era lo que su hermano pretendía ahora? ¿Una emboscada?

Eso no importaba. Los papeles fueron firmados y registrados. Riker era su heredero. Y Kafe sabía que Kei estaría muerto dentro de unos días de todos modos.

Kei se movió rápidamente, juntando su espada y cueros de batalla. Él no conocía el plan de Kafe pero había aprendido hace mucho a no subestimarle.

La Roca de Turphen había sido su punto de reunión cuando niños. Estaba sólo a una corta distancia, no demasiado lejos, pero lo suficientemente lejos de los ojos curiosos del Castillo, no podían verlos practicar con espadas de madera y golpearse el uno al otro con palos.

Kei atravesó el bosque sin tratar de ocultar su paso. Él se dirigió al claro al lado de la enorme roca y esperó. Los sentidos del dragón se agudizaron en torno al bosque alrededor de ellos. Kei dejó fluir la conciencia en él y al instante podía ver más allá del claro recogiendo detalles minuciosos sobre los hombres escondidos en el bosque.

Entonces debía ser una emboscada. Era casi más fácil este camino, Kei se decidió. Él moriría aquí, como un hombre. En vez de apoyado en una cueva y cazado como un dragón.

Mía.

Kei no hizo caso de la súplica del dragón. Los gritos de la criatura por Lorrán se hacían una parte constante de su vida.

—¿Kafe, qué quieres? —Kei llamó.

Kafe salió de las sombras, pero se quedó en el borde del claro.

—Ah, no es lo que quiero. Es lo que tú quieres.

—Kafe, no tengo tiempo para esto. Tienes hombres rodeando el claro —Si él hubiera querido, él podría haberle dicho a Kafe donde se escondía cada uno, pero él decidió terminar sólo esto—. ¿Planeas matarme?, de acuerdo, ¿Pero no puedes hacerlo sin tanto teatro? —Kei no envainó su espada y se preparó para el ataque. Él no se rendiría sin luchar. Esto iba en contra de su naturaleza—. Riker será el Rey no importa como muera, y ambos sabemos que ese día no está lejos. Realmente me hace feliz que hayas tomado la iniciativa de hacer esto.

La irritación en la cara de Kafe mereció cada palabra de burla. Pero entonces, la satisfacción volvió.

—Ah, todavía tengo una posibilidad de ser el Rey. En particular cuando seas proscrito. No debería ser difícil anular tu última voluntad. Eras un hombre bajo la influencia de un dragón.

Kei se mantuvo impassible, no mostrando miedo. Riker era inteligente. Él sería capaz de manejarlo.

—Pero, ya que vas a cederme la Monarquía ahorrémonos todos los fastidios de una guerra civil sangrienta.

La confianza de Kafe era inquietante.

—¿Por qué te la cedería? —Kei preguntó.

Kafe movió la cabeza con una orden silenciosa a alguien detrás de él. Un guerrero avanzó. Arrastrando a Lorrán.

—¡Mía! —Nekane gritó la palabra. Esta resonó en los árboles y desapareció en la noche.

Kafe se retiró y luego contempló a su hermano.

—¿Era la bestia? tiene una voz. Y realmente quiere a esta pequeña señora aquí. —Kafe agarró a Lorrán por la parte superior de sus brazos y la empujó. Sus manos estaban atadas delante de ella y tropezó, cayéndose contra el pecho de Kafe.

Nekane gruñó.

Kei respiró hondo y contempló a Lorrán, no haciendo caso de su hermano y la nueva colocación de hombres en el bosque.

—¿te lastimo?

Lorrán levantó sus ojos y alzó su cabeza. Una mordaza bloqueaba sus palabras. Una contusión morada oscura estropeaba la piel delicada de su mejilla. Nekane gritó otra vez.

—Ella es delicada —dijo Kafe—. ¿Ah, tú querías decir, si la violé? Todavía no. Pero supongo que me ocupare de ello. Aunque, yo no estoy seguro que pueda despertarlo para una puta de dragón.

Kei se tensó. Él fue entrenado para pensar durante el caos de la guerra, pero los aullidos de Nekane llenaron su cabeza, bloqueando la capacidad de planear. Kei levantó su espada y avanzó.

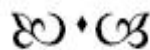
Un cuchillo brilló en la mano de Kafe.

—Yo no haría eso. La mataré ahora mismo. Dame el Reino y te dejaré tenerla. Y cuando estés muerto, la protegeré. Si no, se la entregaré a mis hombres para que la usen a voluntad.

—¡No!

La mente de Kei se hizo negra. En un momento cegador antes de que todo el pensamiento se desdibujara, él sintió su cuerpo explotar.

Estaba hecho.



Lorrán gritó a través de la mordaza apretada cuando el dragón se materializó en el pequeño claro. En un momento Kei estaba ante ellos, y al siguiente, se había ido. Nekane bramó cuando abrió sus alas. Él era enorme, dominaba el espacio abierto con su cuerpo largo y su poderosa cola. Sus alas rozaron la copa de los árboles. Su escala de colores que

iban del verde al morado brilló en la luz oscura. Su cabeza enorme se balanceó hacia adelante, sus ojos morados buscaban a Lorrán.

—Maten al dragón —ordenó Kafe dando un paso atrás. El bosque hizo erupción. Los hombres manaron de los árboles y subieron sobre las rocas. Las espadas destellaron en la luz de la luna y el silbido de flechas llenó el cielo de la noche.

Kafe empujó a Lorrán hacia un soldado.

—Vigíla. Quiero ver esto. —Él dobló sus brazos sobre su pecho y miró cuando sus hombres comenzaron a dar golpes al dragón.

Lorrán forcejeó con el guerrero. Él apretó sus muñecas en sus fuertes manos, la presión creció cuando sus ojos se ensancharon. Nekane se acercaba. Los cortes de espadas en su piel tenían poco efecto. Las flechas arrojadas a su resistente piel se sentían como irritaciones menores. Pero había tantos de ellos, demasiados hombres que luchaban contra el dragón enfurecido.

Una pared de hombres atacó su costado. Nekane se dio vuelta y abrió su boca. Las llamas arrojadas a través del cielo de la noche fueron seguidas por los gemidos de dolor. Pero más hombres siguieron, acercándose a él. La criatura se enroscó, tratando de quitarse a los soldados.

Los gritos furiosos de Nekane se volvieron de dolor cuando una espada cortó su resistente piel. Con un giro de su cola arrojó a su atacante contra los arbustos.

Lorrán giro su cabeza de lado, tirando y deslizando la mordaza hacia abajo. Ella tenía que alcanzar a Nekane. Tenía que alejarlo de allí. Ellos lo matarían. Ella sintió que la mordaza cedía. Escupió la tela que le habían metido en la boca.

—¡Nekane, no! Vete. Escápate.

—De modo que la bestia tiene un nombre —se burló Kafe—. No importa como lo llames, es un dragón. Mátenlo —pidió él otra vez.

El hombre que sostenía a Lorrán la arrojó hacia atrás, la silueta de Nekane se hundía mas y mas en la masa de guerreros y arqueros. La sangre manaba de un costado del dragón. Un soldado valiente se adelanto y hundió una flecha en una herida abierta de espada.

El grito de Nekane resonó por los árboles. Una flecha perforó su cuello. Él estiró su cuello y bramó. El fuego estallo profundamente dentro de su garganta.

—¡No! —Lorrán luchó para llegar a él. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y obstruyeron su garganta. Ellos lo mataban—. Déjenlo en paz.

—¿Mía!?

La palabra se distinguió sobre el clamor de las espadas. El dolor y la confusión sonaron a través de la voz de Nekane como si él no comprendía lo que pasaba. Otro guerrero se abrió camino, hiriendo la pierna delantera de Nekane.

El dragón retrocedía, agitando sus alas arrojando a los hombres a los árboles.

—No retrocedan. Hasta haber dado muerte a la criatura.

Los hombres siguieron atacando con espadas seguidas de cuchillos. El dragón rugió. Lorrán jadeó mientras el sonido penetraba profundamente en su mente.

Nekane tenso sus músculos, poniéndose en cuclillas salto. Sus piernas le lanzaron en el aire y las alas potentes le levantaron. Las flechas persiguiéndolo mientras escapaba. Lorrán miró, rezando por su seguridad cuando él se dio vuelta y voló fuera de la vista.

—¡El dragón esta vencido! —Kafe levantó su espada limpia en la victoria—. Nos divertiremos. Daremos un banquete. Hemos desterrado al dragón.

—¿Nosotros? —Lorran se libero de su captor y golpeo con sus manos atadas el pecho de Kafe. El hombre se balanceo—. Usted no hizo nada excepto cazarlo, usted es una comadreja. Él es su hermano.

El odio brillo en los ojos de Kafe.

—Él es una bestia y si quieres ser conocida como algo más que la puta de un dragón, harás lo que se te ordene. —Kafe coloco nuevamente su cuchillo en su vaina—. Yo podría tener algún uso para ti en mi casa. Parecía que mi hermano disfrutaba de tus talentos. Me interesa averiguar que le hiciste a él que era tan especial. Debes joder increíblemente.

Los días sin dormir y el dolor de ver el cambio final de Kei rompieron el control de Lorran. Sin pensarlo, ella balanceó sus manos atadas. Sus nudillos golpearon la boca de Kafe. La sangre manaba de sus labios rotos.

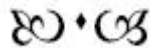
—¡Tu perra! Guardias, tómenla. Ella ataco al Príncipe heredero.

Las manos inmediatamente aterrizaron sobre sus brazos y hombros. Lorran no luchó. Su mano palpitaba pero ella se sintió satisfecha. Kafe llevaba su marca.

—Llévenla al calabozo. No le hagan daño. La quiero limpia y rogándome por su libertad.

—Primero muerta.

—Esto siempre es una opción, sí.



Lorran se sentó en el borde de la sucia cama. Ella había estado aquí durante dos días. Al menos, así fue como ella lo calculó basándose en las pobres comidas que ellos le trajeron.

Ella estaba ilesa, sola en la oscuridad casi completa de la celda. Nadie la había tocado ni hablado.

Nekane estaba ahí. En algún sitio.

Solo.

Los recuerdos de aquel día la habían mantenido despierta. La pobre criatura no había entendido lo que pasaba. Sólo había querido proteger a Lorran—alcanzar a la mujer que él consideraba... su pareja.

Su corazón tartamudeó.

¿Podría ser esto? Ella había visto la fuerza de un dragón—y la rabia y el enfado de la criatura. Entonces recordó que Nekane se calmó, relajándose cuando tocó a Kei.

De repente se hizo evidente. Nekane permaneció en calma, permitiendo a Kei tomar la iniciativa, mientras Lorran estaba cerca. A salvo. Ella se estremeció. Todavía podía escuchar los gritos de Nekane tratando de llegar a ella. Para protegerla. Se puso de pie y comenzó a caminar a través del cuarto. Ella rápidamente repaso las transformaciones de Nekane. Él se había manifestado tres veces—cuando él había sido privado de acceso al sexo de Lorran, cuando otro hombre la había tocado, y cuando estuvo amenazada.

Se suponía que los dragones no hacían distinciones en su búsqueda del sexo. Nekane no había estado interesado en la mujer que Lorran había traído de la ciudad. ¿Y si el dragón

buscara mucho más que sólo una pareja de sexo? ¿Y si él buscara a una compañera? ¿Y todas las mujeres eran simplemente candidatos hasta que él encontrara La correcta?

¿Podría ser esto?

Nekane era una criatura obsesionada sexualmente, celosa, protectora, que la había reclamado como propia. Si ella pudiera convencerle que estaba segura, que no le abandonaría y que le quería, ¿Era posible que él se retirara y dejara regresar a Kei?

Ella se recostó contra la pared trasera. ¿Y cómo se supone que pueda convencer a un dragón de todo esto? Ella miró alrededor de la celda. La primera cosa que haría al salir del calabozo, sería buscar a Nekane.

La luz entró en el cuarto en una raya a través del suelo. Lorrان necesitó un minuto para darse cuenta de que la puerta había sido abierta y las brillantes antorchas introducidas en ella. Ella parpadeó y se apartó de la luz.

En vez de los guardias que ella había esperado, tres matronas entraron.

—Buenos días, amante. Hemos venido para ayudarle con su baño. —El tono de la mujer era cortés y humilde. A lo lejos se escuchaban los gruñidos de los guardias cuando les trajeron sus comidas.

—¿Qué pasa?

—El Príncipe heredero, pronto será Su Majestad, nos pidió asistirle con su baño y llevarla con él.

Lorrان sintió que sus mejillas se detenían en un facsímile de una sonrisa. Kafe había descubierto obviamente quiénes eran sus padres. Nadie le había informado que la habían desheredado cuando ella había comenzado el estudio de dragones.

A pesar de que le habría gustado desobedecer a Kafe, ella tenía una mejor posibilidad de ayudar a Nekane fuera del calabozo.

Lorrان siguió a las mujeres fuera de la celda silenciosamente agradeciendo a las Diosas que cuidaban obviamente de ella. Ella sólo podía esperar que las Diosas hicieran lo mismo con Kei.

Lorrان se apresuró a tomar el baño. Después de vestirse con un vestido de seda fino con correas delgadas que dejaron sus hombros desnudos, Lorrان fue llevada a una puerta grande. Su escolta hizo una reverencia antes de darse vuelta y alejarse.

Esto debería ser interesante, pensó cuando atravesaba el Gran Pasillo.

Kafe esperaba al final, hablaba con una pareja más vieja. Lorrان se puso tensa tan pronto como los vio.

Sus padres.

Sus pasos redujeron la marcha cuando ella alcanzó el final del cuarto. Ella no había visto a sus padres durante años. Ellos no habían cambiado mucho.

—Ah, allí esta —saludó Kafe con una sonrisa. Sosteniendo su mano —. ¿Descansaste bien? —Él dijo las palabras claramente, obviamente advirtiéndola de callarse sobre el hecho de que ella había pasado los dos días anteriores en un calabozo.

—Estoy bien. Descanse lo bastante para regresar a casa. —Si él no quería que sus padres supieran que ella había sido encarcelada, quizás podría usar esto para su ventaja. Ella tenía que localizar a Nekane. Los principios de un plan tomaban forma.

—Tonterías, querida, tus padres están aquí. Para celebrar nuestras nupcias.

Lorrان rompió a reír. Pero se recuperó lo bastante para contemplarle.

—¿Está usted loco?

—Hija, ese no es modo de hablar a un Rey. —La voz de corrección de su padre le devolvió años de recuerdos, escuchando sus conferencias acerca del comportamiento apropiado de una princesa—. He dado mi aprobación para el matrimonio. Te casaras.

—Hola, Padre. Madre. Lamento que ustedes recorrieron este largo camino para nada.

—Ella miró a sus padres—. Soy una viuda, Padre. No habrá ninguna boda entre Kafe y yo. Prefiero morir. Y Padre, él no es un Rey. Su hermano es el Rey.

—No por mucho tiempo. —Kafe dobló sus brazos sobre su pecho y sonrió fuertemente a Lorrán—. El consejo de Reyes está en camino. Tan pronto como ellos lleguen, Kei y aquella bestia que anida en él de hecho serán declarados proscritos, y todo lo que él realice será deshecho. Seré puesto en una lista como el heredero de mi padre.

—Lorrán, él es un buen partido. Serás una Reina. —La voz suave de su madre evocó un nuevo juego de emociones. Ella había visto a su madre subordinada a su padre toda su vida. Se esperaba que Lorrán siguiera el ejemplo de su madre durante su propio matrimonio. Pero había aprendido a la fuerza a ser independiente después de que su marido hubiera sido transformado en un dragón.

—¿Dónde está Riker? —le preguntó a Kafe, haciendo caso omiso de su madre suplicante. Kei había confiado en su hermano más joven. Lorrán tenía que hablar con él.

—Él no está aquí.

—¿Dónde está? —preguntó ella otra vez.

—Se ha ido. —Él hizo una pausa y ella vio otra vez que algo excitó la crueldad en sus ojos—. A matar al dragón.

Ella de repente se encontró respirando con fuerza. Por supuesto. Riker había sido enviado para matar a Nekane. Era lo que Kei habría querido.

—Usted es un bastardo.

—¿Yo? —Kafe abrió sus ojos amplios y la miró con inocencia excesiva—. No soy el que sube una montaña para matar a mi hermano.

—A cambio le robas el reino.

La cara de Kafe se endureció—todo rastro de burla o broma se había evaporado.

—No tengo que robar lo que debería haber sido mío en primer lugar. Esto acabará cuando el Consejo de Reyes llegue en dos días.

—Bien, hasta que esto pase, me quedaré en mi cuarto.

Lorrán se dio vuelta y se alejó.

—Ella volverá—dijo su padre con seguridad.

—Tendrá que hacerlo —añadió Kafe.

Lorrán anduvo por el vestíbulo y su confianza se evaporó. Ella no tenía mucho tiempo. Kafe estaba en lo correcto. Tan pronto como el Consejo de los Reyes llegara y declarara a Kei un proscrito, todo le pertenecería a Kafe. Riker sería desterrado y ella tendría que casarse con Kafe.

A pesar de sus palabras fuertes, el matrimonio con Kafe era definitivamente una posibilidad. No se necesitaría mucho. Incluso ella no tendría que estar de acuerdo con ello. Kafe podría declararla simplemente su esposa por el Derecho del Rey.

Ella siguió moviéndose, andando hasta que se encontró en el jardín. Más allá de la pared, el bosque se extendía por millas. ¿Dónde habría ido Nekane? Su fuga habría sido rastreada. Un dragón herido, que grita no habría pasado desapercibido.

Si Riker había ido allí para matar a Nekane, seguramente ella podría encontrarlo.

Tenía que intentarlo. Ver si ellos podrían hacer lo imposible y hacer que el dragón soltara su presa.

Capítulo 9

El descubrimiento del dragón resultó ridículamente simple. Los aldeanos habían remontado el progreso de Nekane. Ellos la miraron con sospecha y luego anunciaron advertencias extremas sobre los apetitos de dragones.

—Tendré cuidado—respondió ella, después de escuchar sus direcciones y no hacer caso de sus consejo. El sol de la tarde era áspero cuando ella terminó la subida encima de la montaña. Nekane había elegido una cueva cerca. Ella había dicho a Kei que los dragones eran peligrosos en sus territorios. Este dragón obviamente no era distinto.

Ella sólo esperó llegar a tiempo. El caballo de Riker esperó en un pequeño claro aproximadamente a veinte pies de la apertura de la cueva.

—¿Riker?

—¡Lorran! —Riker giró, en sus cueros de batalla—. ¿Qué hace usted aquí?

—Riker, tu no puedes hacer esto. —Ella se acercó para evitar que se dispusiera a matar a Nekane.

—Lorran, regresa. Usted no quiere estar aquí para ver esto. —Ella no se movió—. Kei no te querría aquí.

Ella vio la tristeza en sus ojos y tuvo que hablar.

—Él es tu hermano.

—Él es un dragón. —La voz de Riker era fría y dura. Ella sabía que Kei le había enseñado a separar sus emociones, aplastarlos cuando un trabajo tenía que ser hecho.

—Puedo regresarle.

Riker hizo una pausa durante un momento entonces movió la cabeza, como si tuviera miedo de creer en sus palabras.

—Nadie ha sido capaz de invertir el proceso. No, una vez que la transición ha sido completada. —La dimisión de su voz quito la fuerza al cuerpo de Lorran. ¿Y si ella estuviera equivocada? ¿Y si Kei se hubiera ido para siempre?— Y déjame decirte que lo que está allí es un dragón.

Lorran miró hacia la cueva. Kei estaba allí, encerrado dentro de un dragón furioso. Y ella tenía que sacarle. O tenía que intentarlo.

—Riker.

—Gasté horas hoy, llamando a Kei, tratando de recuperarle. No hay ningún modo que él puede dejar al dragón.

Ella asintió con la cabeza.

—No, él no puede.

—Entonces tengo que hacer esto. —Él colocó su mano en el puño de su espada. Él parecía tan joven, tan valiente. Y tan infeliz. Él sabía lo que estaba haciendo, matando a su

propio hermano—pero él también sabía que no tenía ninguna opción—. Kei no quería vivir así.

Lorran tuvo que esforzarse para no estar asentir. Riker estaba en lo correcto. Kei preferiría morir a pasar su vida en la forma de un dragón, pero si ella pudiera devolverle...

—Déjame intentarlo.

—¿No has estado escuchándome? —Riker tomó sus hombros en sus manos y la sacudió frustrado, la tensión finalmente rompía su expresión estoica.

—Sí. Kei no puede derrotar al dragón. Ningún humano puede. ¿Pero y si el dragón retrocede?

—¿Cómo?

Lorran movió la cabeza. Ella no podía decirle que ella planeaba seducir a un dragón.

—Dame un día. ¿Qué daño puede hacer eso?

—A ti. Aquella bestia te matará.

—Nekane no me hará daño.

—¿Tu lo has encontrado?

—Sí, y pienso que puedo devolver a Kei. Déjame intentarlo antes de que hagas esto. — Ella agitó su mano hacia su espada—. Kafe ha llamado al Consejo. —Riker tenía que saber lo que esto significaba. Todas las decisiones de Kei desde la mordedura serían invertidas—. Ellos estarán aquí mañana en la tarde. Déjame tener el día. Si Kei no regresa a la salida del sol, puedes hacer lo que viniste a hacer.

Durante un momento, Riker pareció que se negaría pero entonces ella vio una luz tenue de esperanza—el hermano dentro del guerrero.

Él asintió con la cabeza bruscamente.

—Tienes hasta la salida del sol y luego entro allí.

—Gracias.

Ella tenía una posibilidad. El dragón apareció cuando su compañera fue amenazada. Ahora, ella sólo tenía que convencer a un dragón que ella no le abandonaría.

Ella recordó el dolor y la traición que ella había visto en los ojos de Nekane cuando ella había retrocedido ante él en la cabaña. Él había visto su miedo.

Mía.

La voz que había gritado no había sido la de una criatura madura. A pesar de su tamaño, el dragón era un niño. Y él no entendió, no podía entender por qué su compañera le había rechazado.

—Iré contigo. —Riker ató sus cueros de batalla.

—No puedes. Quédate aquí. No te acerques a la cueva. Nekane lo sentirá y esto podría arruinar todo que haga. Estaré de vuelta a la salida del sol mañana.

—Lorran...

—Tengo que hacerlo.

—Kei se va a enfadar conmigo si algo te pasa—advirtió Riker—. Por favor trata de mantenerte viva.

Él sonó definitivamente como el hermano más joven.

—Haré todo lo posible —dijo Lorran con una media sonrisa cuando comenzó la corta subida a la cima de la colina.

La entrada a la cueva era plana. La luz se descoloró cuando atravesó la entrada. En aquella oscuridad permanente ella amo al hombre. Y al dragón que le consumió.

Ella alisó sus manos enfrente de su vestido. Ella tomó varios alientos profundos. Permanecería tranquila. Nekane sentiría su miedo.

El no te hará daño. El no te hará daño

Ella repitió la frase varias veces antes de encontrar el coraje para entrar. A pesar de sus palabras valientes a Riker, este todavía era un dragón enojado y herido al cual ella afrontaba.

Ella anduvo en la oscuridad. La luz se filtró por los cristales de la pared lejana. Después de unos momentos, sus ojos se ajustaron a la luz baja. Y ella le vio.

Él estaba sentado en la esquina, su cuerpo enorme presionado contra la piedra áspera. Su cuello largo estaba encorvado alrededor, sepultando su cabeza bajo el ala contra la pared. Las líneas de sangre estropearon las escamas verdes y moradas que cubrían las heridas que había recibido tratando de acercarse a ella.

Despacio, mientras ella andaba hacia él, con dificultad el movió su gran cabeza en su dirección. Él se movió laboriosamente, como si cada movimiento fuera una lucha. El brillo en sus ojos era embotado, de dolor o muerte, ella no lo sabía. O tal vez era sólo la soledad.

—Lorran. —Su nombre era un mero susurro en la caverna enorme. La boca del dragón no fue diseñada para decir palabras humanas. Ella miró fijamente en los ojos morados grandes y un brillo humano parpadeó en ella. Este era Kei que trataba de luchar sin el asimiento del dragón.

—Sal. Vete. —Las palabras eran apenas audibles. Kei la protegía.

Pero ella no debía dirigirse aquí a Kei.

—Nekane —le llamó. La luz humana desapareció y el dragón estuvo de vuelta. Ella caminó hacia adelante, sin detenerse cuando estuvo a su alcance. Si lo que creía era verdad, tenía que conseguir que Nekane confiara en ella, le creyera. Y para hacer esto, ella tuvo que confiar en él.

Aquellos que sufrieron la mordedura de un dragón conocían sólo un modo de derrotar a la bestia. La práctica común siempre había sido que el humano tenía que aplastar al dragón desde adentro para ser más fuerte que la bestia. Ella había visto el poder del dragón. Ningún humano podía competir con esto. Incluso Kei, con toda su fuerza, no podía dominar al dragón.

Ella tenía que convencer Nekane de que él estaba seguro.

La enorme cabeza del dragón se balanceó adelante, más cerca, las fosas nasales que olían el aire. Ella movió sus dedos para relajar la tensión que se había alojado en sus manos.

Mía.

El sonido era una mezcla de pena y dimisión.

—Sí —contestó ella.

Su cabeza se movió de lado, como si él no estuviera seguro de haberla oído.

Mía, repitió él, un poco más alto.

—Sí —contestó ella otra vez.

Él se adelantó, levantando el hocico unas pulgadas hacia ella. Él comenzó en sus pies y subió por su cuerpo, inhalando su olor.

¿Te tocó algún hombre?

La voz profunda gruñó con furia.

Ella necesitó un momento para recordar. Riker había sostenido sus hombros.

—Sí, pero él pensó que me protegía. —Nekane inclinó su cabeza—. Él no quería que me hagas daño.

Mía. Nunca te dañarías.

—Lo se.

Él bajó su nariz a su centro y suavemente dio un toque contra el borde inferior de su estómago.

Mía.

—Sí. —lo diría tantas veces como fuera necesario, hasta que él le creyera.

Ella era suya. Su pareja. Estando allí de pie, con su voz en su cabeza, y su aliento en su cuerpo, ella entendió que todo era verdad. Le pertenecía y sólo tenía que demostrarlo. Tanto como le pertenecía a Kei, ella igualmente pertenecía a este dragón.

Ella deslizó su mano debajo de las correas delgadas que sostenía el vestido en sus hombros y lo empujó a un lado. El material se deslizó hacia abajo por su cuerpo, deslizándose a través de su piel y exponiéndola a su mirada fija. El dragón era una criatura sexual. Ella tenía que mostrarle que no le temía.

Nekane dirigió su nariz a través de su cuerpo.

Mía. La reclamación ya no era desesperada. Él pareció confiado, contento. Seductor.

—Sí. —El deseo alivió su miedo.

La lengua de Nekane salió de su boca, larga y delgada. Él remontó una línea a lo largo de la curva de su pecho. El toque suave que revoloteaba envió ondas de placer por su cuerpo. Ella se enderezó. Nekane levantó su cabeza. El dolor desnudo ardió en las profundidades negras de sus ojos. Si ella lo vio en sus ojos o sólo lo sintió en su cuerpo, ella no lo sabía, pero sabía exactamente lo que él sentía, conocía su miedo. Sabía que él esperaba que corriera.

—Eso hizo cosquillas. —Ella colocó su mano encima de su nariz, acariciando la piel suave entre sus ojos. Un poco del miedo se alivió y él comenzó un viaje lento a lo largo de su cuerpo con su lengua.

La punta de su lengua se arremolinó a través del pico de su pecho. El pezón fruncido casi dolorosamente por la áspera caricia. Lorrán jadeó. Nekane repitió la caricia. Su lengua larga dio vueltas sobre su pezón, hasta que este estuviera erecto, tirante pidiendo más. Era distinto de la succión de la boca de Kei, pero igual de seductor. Ella había pensado resistir al toque del dragón—para devolverlo de esta forma en Kei—pero la presión exuberante de su lengua en su piel le hizo retener la respiración.

Ella no sabía cuánto tiempo lamó su piel. Ella sólo sabía que la humedad goteó entre sus piernas, que fluía de su coño cuando él se detuvo. Como si estuviera satisfecho por el gusto y la forma de sus pechos, él se movió adelante, bajando a su cabeza hasta que su lengua tocara su estómago. Entonces más abajo todavía. Su lengua se deslizó hacia abajo de su cuerpo, probando cada pulgada de su carne. Entonces él estaba allí, caliente y húmedo entre sus piernas.

Mía.

Ella siguió su mantra.

—Sí.

Su lengua lamió a lo largo de su raja, agarrando los zumos que goteaban de su sexo empapado. Cuando él arrastró su lengua, él presionó contra su clítoris, enviando un punto de placer por su estómago.

Nekane levantó sus ojos.

Coño sabroso. Quiera más.

Lorran asintió con la cabeza, pensamientos altruistas que se desvanecían mientras él seguía lamiendo su coño. Ella extendió sus piernas, que se abrían para él. Un estruendo bajo de placer vibró por su pecho cuando él bebió a lengüetadas entre sus piernas. La punta de su lengua se arremolinó alrededor de su clítoris. Sus rodillas se debilitaron cuando las ondas comenzaron a romperse de su centro. Ella se apoyó en la cabeza de Nekane, usando su fuerza para mantenerse derecha. Su lengua bajó por su raja y se metió en su concha mojada.

El grito de Lorran hizo eco en las paredes. Era demasiado delicioso. La longitud larga, estirada dentro de ella, más pequeño pero más ágil que una polla. Él chasqueó el final de su lengua, alcanzando más profundo, cosquilleando sus paredes interiores. El orgasmo la golpeó duro y rápido. Lorran se oyó gritar y sus piernas se derrumbaron. Ella calló en el suelo de piedra, aterrizando sobre su trasero, con las piernas extendidas. Ella miró atontada el espacio vacío delante de él. La lengua de Nekane se deslizó de su interior por su muslo lamiendo la humedad que se había escapado de su coño. Él gruñó suavemente pero ella sabía que él no la amenazaba. Era un sonido de satisfacción.

Ella jadeaba mientras trataba de mantenerse consciente. Nekane la empujó hacia atrás con su hocico. Perdida en los deseos de su cuerpo y las necesidades del dragón, ella retrocedió y preparó sus piernas, abriéndose a él, sabiendo que él quería más.

Nekane frotó su lengua a lo largo de su coño, una lamedura lenta larga que pareció despertar cada nervio en su cuerpo. Lorran tragó aire. Él siguió probándola, lamiendo su carne. Entonces él extendió sus jugos con su lengua a lo largo de los labios externos de su coño, masajeando a su paso hasta que ella le pidió que la dejara correrse.

Los estruendos del placer del dragón se mezclaron con sus propios gemidos.

Lorran se enroscó sobre el suelo de piedra, simultáneamente buscando más y tratando de evitar la intensidad. La presión construyó la culminación prometedora, pero aun estaba fuera de su alcance. La lengua de Nekane la penetró profundamente enviando espirales del calor por su corazón. Ella presionó sus caderas hacia arriba, tratando de forzar el toque que traería su liberación. Él condujo su lengua entrando y saliendo de su sexo. Lorran, desesperada por algo para sostenerla a la tierra, agarró la piedra bajo ella cuando las caricias continuas la lanzaron a otro punto culminante.

Desnuda, extendida abierta ante él, Lorran cayó, sus brazos perdieron toda la fuerza. Él levantó a su cabeza y era como si se riera de ella.

Más.

Antes de que ella pudiera responder, antes de que ella pudiera pensar si quería decir no, pedirle un descanso, él bajó a su cabeza y volvió a atormentar su coño. Lorran dejó caer su cabeza en el suelo de piedra y se rindió al toque de Nekane.

La única constante en su mundo era el movimiento implacable de la lengua de Nekane, dentro de su sexo, fuera, a través de su piel, hasta que su cuerpo entero se estremecía con el toque más ligero.

El siguiente punto culminante la golpeó, acallando sus súplicas. Ella no podía tomar más. Nekane exhaló su aliento caliente contra su piel demasiado sensible y un quejido se escapó.

La lengua talentosa de Nekane rodeó su ombligo.

—Por favor —susurró ella. Su cuerpo estaba saciado pero el espacio vacío en sus brazos le recordó su misión. Ella tenía que sentir a Kei dentro de ella, encima de ella, llenándola—. Necesito a Kei. —Nekane movió su cabeza e inclinándola de lado como si tratara de entender—. Necesito a Kei. Dentro de mí. Por favor.

¿Amas a Kei?

—Sí.

¿Nos amas?

—Sí —gritó ella, mirando fijamente en sus ojos—. A los dos. —Ella entendió que era verdad. Ella podía amar al dragón. Él era una parte del hombre que amaba. No había ningún modo de separar a las dos criaturas.

Como si el mundo fuera hecho de ilusión, en un instante donde el cuerpo enorme de un dragón había estado de pie, estaba Kei al menos físicamente. Nekane la contempló a través de los ojos humanos. Él había permitido que el cuerpo de Kei volviera así él podía amarla, pero él no confiaba bastante para dejar el control.

Él cayó en la tierra, cubriendo su cuerpo desnudo. La dureza de su polla presionó contra su clítoris como si buscara su casa. Su boca cubrió la suya, nublando cualquier pensamiento.

Este era el hombre que ella amaba—el hombre y el dragón, atados juntos. El poder del dragón y la desesperación brillaron en sus ojos. El quería que ella lo amara. Como el hombre había amado su cuerpo.

—*Mía.*

Esta vez, las palabras fueron dichas por los labios de Kei.

—Sí.

Su cuerpo estuvo preparado y abierto. Él se deslizó con fuerza en ella. Lorrán jadeó y presionó sus hombros contra el suelo de piedra, sintiendo su polla profundamente dentro de ella.

—*¡Mía!* —Nekane y Kei gritaron la palabra juntos.

—Sí.

Entonces todos ellos perdieron la capacidad de hablar. La necesidad los envolvió. Cada empuje dentro de ella enviando una ráfaga de nuevas emociones, nuevas sensaciones por su cuerpo.

Ella no encontraría la liberación pronto. Nekane era finalmente capaz de joderla, amarla con su cuerpo. Ella sabía que él no se pararía hasta que él hubiera tenido su parte.

Él gruñó suavemente y comenzó a empujar de nuevo. Lorrán se relajó contra la tierra dejando que Nekane poseyera su cuerpo. La presión creció con cada embestida de su polla. Cada empuje le llevó más duro en su cuerpo como si él quisiera hacerse una parte de ella. Lorrán lanzó un grito. Él era tan grueso, tan lleno dentro de ella pero de todos modos no era bastante. Su punto culminante se cernía fuera de su alcance. Ella apretó con fuerza, conduciéndole en ella con renovada dureza.

—¡Nekane! —Su grito se unió a sus gruñidos en el aire libre. Ella resistió y permitió el orgasmo brillar por su cuerpo agotado. Momentos más tarde, ella se dio cuenta que mantenía la polla aun dentro de ella. Ella levantó sus ojos y Kei la miró fijamente de vuelta.

—Lorran.

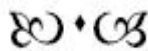
—¿Kei? —Ella agarró sus hombros.

—Te necesito —dijo él a través de sus dientes fuertemente apretados. Él estaba apenas en el control. Él salió hasta que sólo la punta de su pene permaneció dentro de ella haciendo una pausa, mirando hacia abajo la conexión de sus dos cuerpos—su dura erección, su suave coño mojado, abierto para él. Él se adelantó, todavía mirando la imagen de su polla dentro de ella. Él presionó contra su clitoris ya sensible y Lorran no pudo contener su grito ahogado de placer y dolor.

Él la miró, el verde de los ojos de Kei desvanecido, sustituidos por el negro de Nekane. Y comenzó a moverse.

Ella perdió la pista de quién la jodía—Nekane o Kei. Kei comenzaba con los empujes largos, lentos en su cuerpo. Él a menudo había hecho el amor con ella en la cabaña, torturándola negándole un toque que traería su satisfacción. Entonces Nekane asumía el control chocando con fuerza en su coño. Sus gritos se hicieron una mezcla de sus nombres, sus súplicas alternativamente ignoradas y aplacadas por sus amantes. Su cuerpo estaba más allá de su control, que simplemente reaccionaba sin el pensamiento al toque de las dos criaturas dentro del cuerpo de Kei.

Hasta que todo lo que quedo fue su voz gritando sus nombres.



Kei bajó la vista hacia una exhausta Lorran. Ella lo había logrado. Nekane se había ido; saciado, se desvaneció en segundo plano. Pero la necesidad de Kei de reclamar a su mujer, permanecía. La habían usado hasta el límite de sus fuerzas, pero él la necesitaba. Una vez más, la necesitaba. Necesitaba que sus ojos lo miraran, necesitaba que su boca pronunciara su nombre.

Los ojos de Lorran se abrieron, parpadeando. Ella alzó la vista.

—¿Kei?

—Él ya te tuvo, ahora es mi turno.

Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa y ella se retorció, posicionándose para la penetración de su miembro. Nekane retumbaba en la cabeza de Kei pero el dragón permaneció detrás, ronroneando satisfecho mientras Kei llenaba la vagina de Lorran. Él mantuvo fijamente su mirada hasta que estuvo totalmente incrustado en su vagina. Ella se estiró hacia arriba y le retiró el largo cabello de su cara. Kei movió sus caderas, acomodándose entre sus piernas.

Sus párpados comenzaron a entrecerrarse. Él era lento, sabiendo que debía estar dolorida por las horas que habían pasado dentro de ella. De todos modos, ella sonrió, la sonrisa satisfecha de una mujer bien amada.

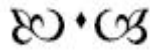
—Hmmm, Kei. —Ella se lamió los labios—. Bienvenido de nuevo.

—*Mía* —repitió él, el grito del dragón. Lorran asintió y suspiró cuando él se hundió en ella otra vez.

—Sí.

Fue un acto de amor largo y lento, con sólo el empuje necesario para sentirse, para ser parte el uno del otro, su clímax acercándose en un oleaje creciente. El orgasmo revoloteó entre ellos, resonando entre sus cuerpos, vibrando hasta que cada uno se abrió al otro. Lorrán gimió y sintió que Kei la inundaba otra vez con su semen.

Estaba completa. En su hogar.



Había terminado. Lorrán se sentó a horcajadas sobre el regazo de Kei, su miembro semierecto todavía sepultado dentro de ella. Ella se apoyó sobre su pecho, su cabeza descansando contra su hombro. El agotamiento drenó toda la fuerza de su cuerpo y todo pensamiento de su mente. No tenía ni idea de cuanto tiempo había pasado desde que había entrado en la cueva. Horas, días, podrían haber pasado meses. No le importaba. Tenía de vuelta a Kei. El vago recuerdo del inminente regreso de Riker trató de asomar pero se desvaneció en la nada. Tenía a Kei. Nada más importaba.

No tenía la menor intención de alejarse, de separar su bien amado cuerpo del masculino. Lorrán depositó un ligero beso en el cuello de Kei. Estaba agotada pero tenía que sentir su contacto. Su sabor era familiar, una adicción de la cual nunca se recuperaría. Ante el ligero toque de su boca, su miembro comenzó a crecer. Ella cambió de posición, y encontró energía para alzar la cabeza.

Él no hizo ninguna tentativa de hacer el amor con ella, satisfecho con tenerla con él, con estar dentro de su cuerpo, con reclamarla como totalmente suya. Lo sabía. Incluso aunque por el momento el dragón se hubiera ido, Kei el humano sabía que Nekane había reclamado a Lorrán como suya. Ella no podría escapar.

Pero aunque el dragón la hubiera tomado como pareja, Kei sabía que ella era mucho más. Y tenía que ofrecerle la posibilidad de elección. Nekane se quejó. Kei no le hizo caso.

—¿Qué anda mal? —Ella se irguió y lo miró a los ojos. Kei se conmovió por lo que vio allí—lealtad, compromiso, quizás hasta amor. ¿Pero ella entendería lo que había hecho? El dragón ahora suponía que ella le pertenecía.

—¿Sabes lo que has hecho al venir aquí? —Ella parpadeó ante la aspereza de su pregunta. Abrió la boca para hablar. Kei miró a otra parte. Sacudió su cabeza y miró fijamente la oscuridad. La aceptación de Lorrán le había dado fuerzas. Podría mantener a raya a Nekane un poco más—. Puedo sentirle. Él está aguardando para volver. Sólo de pensar en tu partida, él avanza lentamente dentro de mí y...

—No voy a abandonarte.

—Si te quedas conmigo, te encadenarás a un hombre que pasará toda su vida luchando contra un dragón. —Nekane gruñó en protesta pero Kei siguió adelante, deseando tan desesperadamente lo que ella le había ofrecido que sabía que una vez que lo aceptara, dejarla ir lo mataría. Si ella se marchara ahora, había una posibilidad, una pequeña posibilidad de que él pudiera sobrevivir. Nekane gruñó su desacuerdo y amenazó con asumir el mando. Kei le empujó atrás. Nekane podría convencerla de quedarse —Kei lo sabía— pero en algún sitio todavía humano de su interior, Kei quería que ella se quedara

por algo más que la lealtad a una criatura desesperada por su amor. Y por algo más que sexo. Él quería su amor. Ella podría ser la pareja de Nekane, pero sería la esposa de Kei.

—Seré proscrito inmediatamente y luego vendrá una interminable fila de asesinos de dragón. Cada Reino de los Siete tiene leyes que destierran a los dragones y promueven su destrucción.

—Cambiaremos las leyes. —Una sonrisa soñadora curvó sus labios como si el pensamiento fuera demasiado bueno para permanecer oculto—. Y si no, nos quedaremos en esta cueva y viviremos y haremos el amor y estaremos en paz.

Kei no quería someterla a aquella vida otra vez. Era la vida que ella había tenido con su primer marido—pero nunca hubo paz. No quería eso para ella.

—¿Pasarías por eso otra vez?

—Para estar contigo, sí.

—¿Por qué? —Tenía que hacer esa pregunta, aún sabiendo que lamentaría la respuesta.

—Porque te amo.

El aliento se congeló en sus pulmones, petrificando su cuerpo durante un momento. Lo había dicho. Y lo había querido decir. Podía sentirlo. Los instintos del dragón daban más poder a sus sentidos. El latido de su corazón era tan estable como si la admisión no fuera más estresante que cocinar una comida.

Pero su mente humana no podía aceptarlo.

—¿A mí o a Nekane? —Kei había estado allí cuando Nekane había hecho el amor a Lorrان con su lengua. La había visto retorcerse en el suelo, deleitándose con la cogida de lengua que el dragón le había dado. Era extraño sentir celos de una criatura que habitaba su cuerpo.

Lorrان inclinó su cabeza a un lado y sonrió.

—Los amo a los dos.

No era lo que él quería oír.

—Nunca seré normal. Vas a estar atada a mí para siempre.

—Ya lo estoy.

Él continuó como si ella no hubiera hablado.

—No puedo soportar el pensamiento de perderte de vista. Él está luchando contra mí ahora. Desea poseerte. Nunca serías libre.

Lorrان sonrió.

—No lo deseo.

Un golpe metálico en las paredes de la cueva detuvo sus palabras.

—¡Lorrان! ¡Lorrان! ¿Estás bien? ¿Estás viva? El Consejo ha llegado.

Ella levantó la cabeza.

—Tenemos que irnos —anunció.

Los dedos de Kei aferraron sus caderas, impidiéndole moverse.

—¿Qué?

—El Consejo de los Reyes está aquí. Para investigar el rumor de que has vuelto. —Ella se puso de rodillas. Él la sostuvo durante un momento. Lorrان lo miró a los ojos. El negro resplandor de la presencia de Nekane le devolvió la mirada.

—¿Te vas? —Las ásperas palabras salieron de la boca de Kei, pero provenían claramente de Nekane.

—No —ella le tranquilizó rápidamente—. No te abandonaré, pero necesito a Kei aquí para convencer a los demás. Me quedaré aquí mismo. Nunca te abandonaré.

Con sus palabras, se desvaneció la oscuridad de los ojos de Kei y el verde resplandeciente retornó.

Era parecido a hablar con un niño. Un niño en el cuerpo de un dragón. Con el deseo sexual de un toro en celo. No podía dejar de sonreír. Iba a tener una vida interesante. El pensamiento no la asustó tanto como probablemente debería. Todavía sosteniendo su mano, insegura de cuánto habría entendido Nekane, ella tiró de Kei para ponerlo en pie.

—Tenemos que...

—¿Lorran? —Riker entró en la cueva, la hoja desnuda de su espada brillaba. La sorpresa y el placer sustituyeron a la preocupación y tensión en su cara—. ¿Kei? Diablos, has vuelto a ser tú mismo. —Se apresuró a avanzar atravesando el suelo de piedra. Kei retrocedió, tirando de Lorran con él. Empujó a Lorran detrás de su espalda y enseñó los dientes a su hermano. Riker se detuvo—. ¿Kei? Qué es lo que...

Lorran liberó el brazo que Kei asía y se deslizó hacia adelante, interponiéndose entre Kei y Riker. Descansó su mano en el pecho de Kei, calmando a la bestia asustada dentro.— Está bien, Nekane. Riker no me hará daño.

—¿Tocarte?

Ella siguió la oscura mirada de Nekane fija en Riker. Se volvió y asintió.

—Sí, él fue el hombre que me tocó pero nunca me haría daño.

Riker observó el intercambio.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó.

Lorran no lo miró—conservó su atención concentrada en Kei.

—Está bien, Riker. Es sólo que Nekane no te conoce. Él se portará bien. ¿Verdad, Nekane? —Ella respiró profundo y continuó deslizando sus manos sobre el pecho de Kei—. Ayudaría si guardaras la espada. —Hubo silencio durante un momento y luego el chirriar de una lámina que vuelve a su vaina—. Mira, Nekane, él está aquí para ayudarnos. —Ella acarició los músculos apretados durante unos momentos más antes de sentir que la tensión comenzaba a desvanecerse.

Y los ojos de Kei volvieron a su verde natural. Pero no estaba completamente tranquilo. Ella podía leerlo en su cuerpo. Algo más andaba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Kei levantó una ceja.

—Estás desnuda y mi hermano ha podido tener una vista muy completa de tu encantador trasero.

Lorran sintió que sus mejillas se ruborizaban. Se había acostumbrado a estar desnuda cerca de Kei. Su vestido estaba en un arrugado montón a poca distancia. Se acercó para tomarlo. Kei estiró la mano y apresó su muñeca. La rapidez de su apretón le dijo que Nekane se estaba esforzando por conservarla cerca.

Ella sonrió con gentileza mientras lo miraba.

—Va a tomarnos un tiempo acostumbrarnos a esto.

Kei contempló su mano durante un momento como si no la reconociera. Para un hombre que había estado acostumbrado a mandar, la falta de control era insoportable. Lorrán giró su muñeca hasta que sus palmas se encontraron, conectándolos. Ella lo sostuvo hasta que él alzó la vista. Le sonrió, haciéndole saber que ella estaba bien. Entonces condujo a Kei hasta donde estaba su vestido.

Volvió la espalda a Riker, recogió su ropa arrugada y soltó la mano de Kei para deslizar el vestido por sobre su cabeza. Incluso aquella distancia era demasiada. Mientras ella levantaba sus brazos, él se colocó detrás de ella y deslizó sus manos alrededor de su cuerpo hasta que reposaron en el cálido peso de sus pechos. Sus pezones habían sido amados con fuerza y durante mucho tiempo por Kei y Nekane. Suspiró ante la suave tibieza de la caricia.

Lorrán se apoyó contra él. Kei masajeó aquellos deliciosos senos que había disfrutado tan a menudo y gozó de sus suaves suspiros.

—Riker está aquí —susurró ella.

Maldición, se había olvidado de su hermano. Ahora que el dragón parecía menos preocupado por la presencia de Riker, había vuelto a sus pensamientos favoritos: hacer el amor a Lorrán. Kei sacudió la cabeza para aclarar sus ideas. Por más que le encantara la posibilidad, tenía que ser capaz de concentrarse en otras cuestiones.

—Pero más tarde, cuando todo esto haya quedado atrás... —Lorrán giró para encararlo, su voz cargada de promesas y lujuria—. Espero que me poseas, que me cojas una y otra vez hasta que ambos estemos agotados.

Sintió que sus ojos se abrían sorprendidos. ¿Lorrán, usando la palabra *coger* con tanta naturalidad? Definitivamente, él era una mala influencia para ella. Sonrió y finalmente quitó las manos de debajo de su vestido, dejando que la ligera falda cayera y la cubriera.

—Confía en mí, lo haré —prometió él. Tomó su mano otra vez y encaró a su hermano.

Los suspicaces ojos de Riker fueron como un cuchillo en su corazón.

—¿Kei? ¿Realmente eres eso?

—Parte del tiempo —contestó francamente él.

—¿Qué está pasando?

—Es un poco difícil de explicar.

—Bien, comienza por cómo lograste vencer al dragón.

—No lo hice. Todavía está aquí. —Kei dio un golpecito sobre su pecho—. Pero parece estar deseando desvanecerse durante un tiempo. —Él tensó su apretón sobre la mano de Lorrán—. Mientras Lorrán permanezca cerca.

—¿Qué pasa si ella se marcha?

—¡¿Irse?! —La palabra irrumpió desde la garganta de Kei, pero no era la voz de Kei.

—No, no. —Lorrán se apresuró a dar seguridad al todavía asustado dragón—. No me marchó. No te abandonaré. —Se dio vuelta y encaró a Riker—. Hasta que Kei consiga un poco más de control, debemos continuar dando a Nekane la seguridad de que no le abandonaré. No necesitamos que haga otra aparición tan pronto.

—Sobre todo no ahora —estuvo de acuerdo Riker—. El Consejo está aquí.

—Bajaremos de la montaña.

—No, el Consejo está *aquí*. Estaban alcanzando el último risco cuando entré.

Capítulo 10

—Creo que necesitaré algo de ropa —dijo Kei— volviendo a comportarse como un Rey. Él podría tener un dragón viviendo en su mente, pero todavía era un soberano. Seguiría gobernando lo mejor que sabía hasta que no fuera capaz.

El ruido metálico de las campanas de las mulas y el ruido de pasos, resonaron a través de la piedra. Estaban aquí. Unos momentos más tarde, vestido en el cuero de batalla, Kei respiró profundamente y se dispuso a afrontar el Consejo de los Reyes. Como jefe de uno de los Siete Reinos, Kei era un miembro del Consejo.

El Consejo había sido creado durante el reinado del padre de Kei, para acabar las constantes guerras fronterizas entre los Reinos. Había tenido éxito, y solo había pequeñas escaramuzas. Pero la fuerza del Consejo dependía de la fuerza de sus miembros y si los otros miembros del Consejo decidían que un Rey no era lo bastante fuerte, le quitarían. Por el bien de su Reino, Kei saldría de la cueva como un Rey.

Cerró sus ojos y se concentró en el dragón, llamándolo por su nombre por primera vez.

Nekane. Nekane, necesito tu ayuda. Tengo que hablar con...

Lorran comenzó a ir hacia la salida.

¡¿La Mía, se va?!

No, se quedará con nosotros. Sólo... él no sabía qué le pedía al dragón. Quédate en silencio y no te metas, no parecía apropiada. *Quédate tranquilo. Tranquilo.* No parecía bastante. *Protegeré a Lorran,* aseguró a Nekane. *Se quedará cerca.*

El dragón se quejó, pero no se movió para asumir el control. Kei casi podía ver a la bestia poniendo mala cara.

Pero al menos estaba tranquilo. Kei tomó la mano de Lorran, asegurándose de mantenerla cerca. De momento, Nekane estaba tranquilo, pero Kei no sabía si podría controlarlo si el dragón pensara que Lorran estaba en peligro. Los recuerdos de aquellos momentos, antes de Nekane hubiera aparecido de forma corpórea, estaban grabados en la mente de Kei. El único pensamiento de Nekane fue salvar a Lorran —proteger su pareja.

Esto hizo que la criatura fuera más fácil de entender.

Kei, Lorran y Riker salieron de la cueva, a la luz del sol. Estaba esperando un pequeño grupo de caballeros, una mujer, y aproximadamente una docena de pesadas guardias armadas. Algunos soldados sostenían las espadas en alto o apuntaban con los arcos.

—¿Estoy bajo ataque? —preguntó Kei, llenando su voz de burla y desprecio. Miró fijamente a su hermano. La mirada sorprendida de la cara de Kafe, cuando Kei salió, era bastante para hacer sonreír a todo el mundo. Excepto a Nekane. La aguda imagen de Lorran sujeta a punta de navaja, entró en la mente de Kei. Le enseñó los dientes y soltó un gruñido bajo. El roce de los dedos de Lorran por el dorso de su mano, le trajo de vuelta.

Miró hacia abajo y encontró su mirada fija. El amor y el apoyo eran tan evidentes, que tanto él, como el dragón, los reconocieron.

Nekane se echó atrás y Kei se relajó. Tenía que controlar esta reunión. Envío un recordatorio mental al dragón que refunfuñaba, para que se quede tranquilo. Lorrán no iba a ninguna parte. Para reforzar el pensamiento, la trajo delante de él.

—Hermano, creo que todavía se considera traición el atacar al Rey —su voz era tranquila, con sólo la correcta cantidad de arrogancia. Presionó sus caderas contra Lorrán y la sintió moviéndose para acomodar su creciente erección. Incluso con el Consejo de los Reyes ante él, el cuerpo de Kei estaba impaciente por Lorrán.

—Ya no eres Rey —se mofó Kafe. La desesperación agrietó su voz al decir la última palabra.

El rey Evelant dio un paso adelante. Aunque no había ningún líder oficial del Consejo, Evelant tomaba el mando más a menudo que los demás.

—Hay rumores de que fuiste mordido por un dragón y completaste la transición final.

—Bien —dijo Kei, envolviendo su brazo alrededor de la cintura de Lorrán y sosteniéndola apretadamente contra su pecho desnudo— Tuve que pensar en alguna historia para decir al mundo mientras cortejaba a mi esposa, ¿verdad?

—¿Tu esposa?! —la solitaria mujer de la muchedumbre, gritó la pregunta.

Kei se dobló y susurró en el oído de Lorrán.

—¿Quién es esta?

—Mi madre —contestó ella, apenas moviendo sus labios.

—¿Tenéis una relación cercana? —preguntó él.

—No mucho.

—Esto está probablemente bien entonces —él se enderezó y llamó a través del claro.

—Sí, señora, mi esposa. Puede referirse a ella como Su Majestad y acepto gentilmente todas sus felicitaciones.

—Dime que realmente no te has casado con él —preguntó un hombre pequeño, con una cabeza bastante grande. Tenía que ser el padre de Lorrán—. Estás decidida a hacer que nuestra familia sea sometida al desprecio. Estaremos arruinados una vez que el mundo averigüe que te has casado con un dragón.

Evelant dio un paso adelante, sin hacer caso de la interrupción. Era uno de los muchos motivos por los que a Kei le gustaba que Evelant tome el mando. Era lo bastante diplomático para dejar a la gente que hablara, pero seguía concentrado en su tarea. En este caso, buscaba la verdad.

—Tenemos testigos que dicen que hizo la transición final en un dragón —dijo él la última palabra con desdén. Evelant, como otros, odiaba y temía a las bestias. Él confiaba en guerreros como Kei para deshacerse de ellos, pero abandonaba a aquellos que eran mordidos.

Nekane retumbó. Kei dobló su cabeza y besó el cuello de Lorrán, detrás de su oído. Tomó un aliento profundo, inhalando su olor, para mantener la calma del dragón.

Kei alzó la vista y sonrió.

—¿Los testigos eran miembros de la guardia de mi hermano? —exploró la saliente de piedra—. Aquí no veo ninguna señal de ningún dragón. —Kei contempló a los otros seis miembros del Consejo de los Reyes, casi provocándolos a contradecirle. Parecieron un poco

menos asustados y un poco menos seguros—. Lord Kafe hizo otra de sus bromas. Me marchó para tener una luna de miel y de repente soy un dragón.

—¿Te pasas la luna de miel en una cueva? —la incredulidad de Evelant era obvia, pero Kei estaba casi seguro que ninguno de ellos tendría el coraje para acusarle directamente.

—Quisimos estar solos. Pensé que estaría fuera del alcance para la mayoría de la gente. Obviamente, estaba equivocado. —él se inclinó para mirar la cara de Lorrán—. Deberíamos haber subido más alto.

Ella asintió, en respuesta.

—Maldita sea, se convirtió en un dragón. Le vi. —Kafe agitó su mano hacia Riker—. Él vino aquí para matarle. Riker sabe la verdad.

Riker ensanchó sus ojos y miró fijamente entre sus dos hermanos. Entonces, se encogió de hombros.

—Kafe, no sé de qué estas hablando —dijo Riker—. A mi me parece normal. —La esquina de su boca se elevó, el epitome del guerrero arrogante—. Bastante hosco, pero Kei es así.

La rabia irradiaba del cuerpo de Kafe, cuando concentró su atención en Lorrán. Ella se armó de valor. Él obviamente esperaba que no fuera una mentirosa tan consumada, como Riker y Kei.

—Ella también lo vio —acusó Kafe, señalando a Lorrán—. Lo vio transformarse.

Ella sintió que los dedos de Kei apretaban sus hombros. Sabía que él mantenía a Nekane, bajo control.

Le pedían que mintieran. A sus padres. Al Consejo. A su enemigo.

Ella inclinó su cabeza en lo que esperó que fuera una mirada de distinguida confusión.

—No entiendo de lo qué hablas. Sólo he visto al hombre que amo.

Evelant se relajó y asintió. Kafe se giró y le enfrentó.

—Miente. Todos están mintiendo. Vi a mi hermano convertirse en un dragón.

—Nunca he oído de nadie volviendo a la forma humana, después de que han hecho la transición final —dijo uno de los Reyes menores.

—Esto es verdad. —Lorrán atrajo su atención hacia ella—. He estudiado a los dragones durante años, ya que mi primer marido fue mordido. Hay otros que estudian las criaturas, y nadie fue capaz de invertir una transición —*hasta ahora*, añadió ella silenciosamente.

La pequeña muchedumbre estaba dando vueltas, claramente inseguros de lo que hacer después. Llegaron con la intención de proscribir a un Rey y matar a un dragón. ¿Qué hacer ahora que el dragón se había desaparecido?

—Estoy seguro que todo es sólo un malentendido. —Kei se alejó de Lorrán y se adelantó hasta que estuvo delante de su gemelo. Lorrán miró a los hermanos y comprendió que no eran parecidos. Kei tenía un poder que venía de un sitio ubicado profundamente dentro de él—una fuerza personal. Kafe era débil y usaba el poder de su nacimiento para intimidar a los otros.

—Mi hermano debe haberse confundido por algo que vio. —Kei miró fijamente en los ojos de Kafe—. ¿Verdad, hermano?

Kafe tomó un aliento brusco y superficial. Y Lorrán sabía que Nekane miraba fijamente por los ojos de Kei. Kafe tragó y luego asintió.

—Sí, así es. —se dio la vuelta hacia el Consejo, alejando la mirada de los ojos de Kei—. Me disculpo por cualquier confusión.

La tensión de los miembros del Consejo bajó colectivamente. Era obvio que Kei quería luchar por su Reino y nadie en el Consejo quería afrontarle.

—Bien, entonces —dijo Evelant— creo no hay nada más que decir. Deberíamos volver a casa y dejar al Rey Kei y su novia que sigan con su *luna de miel*.

—Pero no pueden. Rechazo permitir que mi hija permanezca casada con él —anunció su padre al grupo—. A pesar de lo que ha sido dicho, sabemos la verdad y no casaré a mi hija con una bestia.

—Él no es una bestia. Es un hombre —respondió Lorrان, mientras se adelantó y se ubicó al lado de Kei. Nunca había contestado antes a su padre. Se sintió poderosa, mientras estuvo de pie, al lado de Kei—. Es un maravilloso Rey, que se preocupa por su gente y su tierra. Es un guerrero y un caballero. Y es el hombre más fino que conozco.

Su padre cruzó sus brazos y bizqueó, mientras la fulminó con la mirada. Kei tenía el repentino impulso de protegerla de la desaprobación de su padre.

—¿Cuánto tiempo te querrá él cuándo descubra que no puedes darle un heredero? Así es, Su Majestad, usted no la querrá. Es *estéril*.

Lorrان se tensó en los brazos de Kei y fue su turno de consolarla. Frotó sus brazos con las manos y movió su dura polla contra su trasero, avisándole silenciosamente que la deseaba, sin importar si le pudiera dar niños o no. Él echó un vistazo a Riker. Él permanecería como su heredero y podría ser responsable de hacer la siguiente generación.

La neblina ahora familiar, le advirtió de la presencia de Nekane que empujaba en los bordes de su mente. Kei sonrió y tuvo la satisfacción de ver al padre de Lorrان echarse atrás.

—Lorrان es mía, ahora y para siempre. —Kei se alejó, llevando a Lorrان con él. Había acabado con esta conversación. Tenía cosas más importantes que hacer—. Ahora, dama y caballeros, están en mi tierra. Mi hermano, Riker les escoltará hacia abajo de la montaña y fuera de mi tierra. —Él miró a Kafe—. A todos.

Kei no esperó a ver si obedecían. Se dio la vuelta y arrastró a Lorrان a la cueva. Una vez fuera de la luz del sol, Kei se giró y se quedó delante de ella.

Lorrان jadeó ante el brillo de sus ojos.

—¿De verdad quisiste decirlo? —le exigió él.

—¿El qué?

—Todo lo que dijiste sobre mí.

Las palabras estaban colgando entre ellos. Ella tenía una posibilidad.

La oscura luz que brillaba en los ojos de Kei era una mezcla de él y Nekane. Ambos querían, ansiaban su respuesta.

—Te amo.

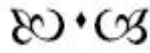
—¿De verdad? ¿O solo sientes pena por el dragón?

Ella nunca había esperado que Kei necesitara consuelo.

—No compadezco a Nekane. Es una criatura hermosa. —el recuerdo le trajo una sonrisa sensual—. Con una lengua muy talentosa. Pero —ella paró a Kei antes de que él pudiera protestar—. Me enamoré del hombre, antes de conocer al dragón.

—Nunca serás libre —la advirtió él, todavía conteniéndose.

—No quiero *ser libre*. —Ella dejó fluir abiertamente todo su amor en sus ojos—. Te amo. A los dos. Tú y Nekane aprenderán a vivir juntos—. Ella se acercó, finalmente segura de su amor, de su fuerza. Kei la necesitaba y ella los necesitaba. Envolvió sus brazos alrededor de su cuello y sonrió—. Y hasta entonces, me quedaré cerca.



Ella no había comprendido la verdad de aquellas palabras hasta dos semanas más tarde.

Lorran cerró los ojos y dejó que el calor del sol le calentara su piel. Estaba agotada. Kei y Nekane habían sido implacables, amándola, montándola o lamiéndola a todas horas. Hoy era el primer momento que tenía para ella. Finalmente, después de gritar que necesitaba un descanso y un momento a solas, se había encerrado en el baño, hace dos horas. Más pruebas de que Kei y Nekane se adaptaban a su nueva situación: ninguno había hecho más que un gruñido juguetón ante su extensa ausencia.

El baño estaba encantador: calentado por la caliente primavera y colocado en un jardín tapiado. Entró en una tina perfumada, calmando su cuerpo cansado y bien amado, con el agua calentada por la primavera.

Ella se reclinó contra la piedra y dejó que el sol calentara su cuerpo, su mente libre de la larga lista de deberes que tenía.

Habían dejado la cueva dos días después de que el Consejo se había marchado, cuando Kei estaba desesperado de comida que no incluyera bayas. Rápidamente, habían encontrado un guía Espiritual, para que los casara. Podría ser la pareja del dragón, le explicó él, pero sería su esposa. Y luego, habían comenzado el lento proceso de asentar su vida.

Kei había demostrado a todos que él estaba al mando. Ningún hombre había tenido éxito en controlar un dragón. Muchos descartaron los rumores de que se había transformado.

Lorran estaba aprendiendo despacio su trabajo en el Castillo y se adaptaba otra vez al protocolo real. Habían pasado treinta años desde que la madre de Kei había muerto, así que nadie sabía que hacer con una Reina. Lorran decidió hacer las cosas a su propio modo y rápidamente empezó a dirigir el Castillo y a asistir a Kei con el manejo diario del Reino.

Se sentía agradable trabajar junto a Kei y se hacía necesario cuando Nekane o Kei decidían que necesitaban un poco de atención.

Los chicos se adaptaban despacio el uno con al otro. Todavía había las batallas por el control. Algunas veces, Kei había perdido. Lorran tuvo que calmar a Nekane cuando pasaba esto. Se rió ante los recuerdos y dejó relajarse a su cuerpo. Nekane contuvo a Kei hasta que él la había amado largo y profundo con su lengua.

Cuando se quedaba dormida, oyó el suave chasquido de la puerta del dormitorio. Ella se sentó.

¿Kei se marchaba?

Él aún no había salido sin ella. Las emociones eran demasiado crudas y las reacciones de Nekane eran demasiado inseguras. Ahora mismo, los criados se adaptaban a la

posibilidad de vivir con un dragón. Ni Lorrán, ni Kei querían aún que el concepto se convirtiera en realidad.

¿Así que, a dónde iba Kei?

Curiosa, Lorrán se puso de pie y se puso un traje de seda sobre su cuerpo desnudo. Una voz extraña la hizo apresurarse hacia la puerta.

Una voz femenina.

La sexualidad de los dragones era conocida a través de los Siete Reinos. Así fue como sobrevivió el mito de sacrificar vírgenes y por qué algunas mujeres iban con mucho gusto al altar.

Lorrán entreabrió la puerta del baño e hizo una mueca de repugnancia. No era ninguna virgen la que esperaba ser sacrificada. Era Mara. Aprendiendo a dirigir el Castillo, Lorrán había oído mucho sobre Mara. Fue una de las favoritas de Kei. Se había jactado de las horas de jodienda que recibió de Kei. Las historias todavía circulaban por las cocinas, incluso ahora, que el Rey tenía una esposa.

La mujer estaba de pie en la entrada, con un jarro de vino en las manos. Y en los ojos, una mirada de puro sexo. Lorrán quiso interrumpir, pero algo la detuvo. Tal vez era la inseguridad, tal vez la curiosidad de una esposa. Tal vez, quería ver cuan lejos llevaría a Kai, la necesidad del dragón de tener sexo. El dragón codiciaba a Lorrán. Pero ahora que la tenía, él podría ansiar a otras.

Lorrán miró por la leve apertura, cuando Mara dio un paso y puso el vino en la mesa.

—Me preguntaba cuando me llamaría, Su Majestad. —Con un movimiento rápido, experto, la criada desató las correas de sus hombros y el pesado vestido se deslizó al suelo. Estaba desnuda. Kei también estaba desnudo, como a menudo lo estaba en sus habitaciones. Como estaba de espaldas, Lorrán no podía ver la expresión de Kei, pero no alejaba su mirada de las finas curvas de la criada. Todo lo que podía hacer Lorrán para contenerse era clavar las puntas de los dedos en el marco de la puerta y esperar. Mara se puso de rodillas y llevó sus manos a los fuertes muslos de Kei.

Los músculos del cuello de Lorrán se apretaron, al punto de romperse. Su marido no apartaba la vista de la criada desnuda. Mara abrió su boca y se inclinó hacia delante, moviéndose más cerca de la entrepierna de Kei.

Kei inclinó su cabeza y olió el aire.

Lorrán reconoció el movimiento. Nekane era el responsable. Él miró hacia abajo, a la mujer desnuda y negó con la cabeza.

—No mía.

Mara alzó la vista con adoración, cuando su pelo rubio susurró a través de su espalda desnuda. Parpadeó y sonrió dulcemente.

—Lo siento, Su Majestad, no lo entiendo.

—No mía, repitió Nekane, un poco más fuerte. ¿Dónde está mía? Nekane miró alrededor del cuarto, en busca de su pareja perdida. El bramido del dragón hizo erupción de la boca humana. Lorrán abrió la puerta y se apresuró en el cuarto.

—Estoy aquí. Estoy aquí.

—¿Mía? ¿Ida?

—No, sólo me bañaba.

Él la tiró duro contra su cuerpo, cuando no reaccionó, olvidado completamente de la mujer que estaba arrodillada a sus pies. Su boca se cerró sobre la base del cuello de Lorrán, lamiendo y probando su piel, mientras que sus manos se deslizaron hacia abajo, ahuecando su culo, empujando su coño contra su creciente erección. Su mente estaba enturbiada por el primer beso, y sólo tuvo la suficiente presencia de ánimo para mirar sobre su hombro.

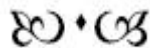
—Se puede marchar, ahora, dijo ella a la que pronto sería una antigua criada.

Antes de que la puerta estuviera cerrada, Kei le había quitado el traje y se había arrodillado ante de ella, acariciando con el hocico su apertura mojada.

—Mía, susurró él contra su piel. Su lengua bajó entre sus pliegues, embromando su clítoris. Mía.

—Sí, suspiró ella. Él levantó su pierna y la puso sobre su hombro abriéndola a la profunda penetración de su lengua. Ella jadeó, los ligeros toques contra sus paredes interiores hicieron que su coño se llenara de crema. Él siguió lamiendo y bebiendo, llenándose de su gusto. Se necesitaron meros segundos para olvidar a la otra mujer. Nekane y Kei obviamente no la recordaban. Ellos la querían a ella.

Lorrán se sostuvo del pilar de la cama detrás de ella, se inclinó y se instaló para que él la joda con su larga y dulce lengua.



—La quiero fuera.

Los ojos de Kei se abrieron. Lorrán interrumpía su sueño, pero quería conocer su posición. Kei/Nekane la habían jodido durante horas alternativamente, lamiéndola y jodiéndola hasta que no podía recordar su propio nombre.

—¿Hmm?

—La quiero fuera —repitió Lorrán.

—¿A quién?

Kei levantó la cabeza de su estómago y examinó sus ojos.

—¿Mara? ¿La mujer que se arrodilló desnuda ante ti preparado para atenderte? ¿La recuerdas?

—Vagamente —él besó su estómago, encima del ombligo.

—¿No estuviste interesado por ella en absoluto? —Lorrán se agachó interiormente tan pronto como la pregunta dejó su boca.

Kei levantó su cabeza y se sentó a su lado. Ella lo sabía, hablaba con Nekane. Finalmente, él movió a su cabeza.

—Ella no olía justo. —le sonrió—. No olía como tú. —él tomó un profundo aliento y suspiró. Kei se quedó atónito y tomó otro profundo aliento.

—¿Qué pasa? —Lorrán se empujó sobre sus codos y lo miró.

—Estás embarazada.

—¿Qué? Eso es imposible. —Su corazón golpeó con fuerza. Kei se retiró y miró fijamente la ventana abierta. ¿Kei? Ella nunca le había visto así. Él parpadeó y luego movió su cabeza.

Finalmente, se dio vuelta.

—Se está riendo.

—¿Nekane?

—Sí. Un dragón. Risas. —Kei alzó la vista y un momento después saludó con la cabeza—. Algo sobre tener semilla superior.

Lorran tocó su estómago. ¿Un bebé? ¿Ella iba a tener a un bebé? Miró a su marido. Sería capaz de darle un heredero.

—Espera. ¡¿Va a ser medio dragón?! —gritó ella.

Epílogo

Veintidós años más tarde

Lorran anduvo por el pasillo, llevando los brazos cargados por paquetes y más paquetes. Con este viaje final, estaba todo preparado para la décimo octava celebración del cumpleaños de Kayla. Lorran dio su pila a Marso y suspiró. Lo han hecho durante otro año sin...

Los gritos, dispersaron el pensamiento justo cuando se formaba.

Otro año sin una crisis, suspiró ella, sabiendo que esto ya no era verdad. Dos jóvenes criadas corrieron. La marcha de pasos sonó a través del suelo de mármol. Varios juegos de pasos corrieron a por ella. Uno se paró finalmente.

—Su Majestad, es necesaria.

—Sí, ya había adivinado esto.

El rugido de Nekane la llevó abajo por el pasillo. Habían pasado años desde que él asustó a los criados. Ella se apresuró por la puerta del Gran Cuarto y se encontró con sus hijos que esperaban dentro, mirando a su marido *cambiado a dragón* andando hacia un joven hombre vestido de guerrero.

Kayla pateó el suelo y le exigió detenerse. El dragón no hizo caso de la orden y dio otro paso hacia el guerrero que se agachaba.

—¿Qué pasó? —preguntó Lorran a su hijo mayor, Bren.

Él se apoyó contra la pared.

—Nekane decidió visitarnos.

—Entendí esto cuando oí los gritos. ¿Ahora, qué lo causó? —como había presentido, Nekane y Kei habían aprendido a vivir juntos. Cuando el dragón se había hecho más viejo, su entendimiento creció y él ya no temió dejar a Lorran salir de su vista. Ella todavía se quedaba cercana para mayor seguridad y porque la necesidad era igual para ella que para Nekane y Kei.

Ella se dio vuelta hacia Raineck, su hijo pequeño.

—¿Bien?

Él se encogió de hombros.

—Papá entró y encontró besándose a Miek y Kayla. Se volvió un poco loco.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo ella, cuando atravesó el cuarto.

—¡Pero, Papá, estamos enamorados! —dijo Kayla tirado del antebrazo de Nekane. El dragón balanceó su masiva cabeza alrededor. Una incredulidad casi humana marcó su cara. Él echó un vistazo a la joven mujer y se volvió hacia el hombre aplastado contra la pared.

—Bien, señor —protestó el guerrero—. No nos amamos realmente. Realmente, realmente no nos conocemos muy bien.

Lorran los alcanzó cuando Kayla puso de golpe sus manos en las caderas.

—¿Qué? Me dijiste que me amabas.

—Bien, seguro pero... —él alzó la vista al dragón y tragó—. Pero lo que quise decir fue como a una hermana. La amo como amo a mi hermana.

—No tienes hermana —se mofó Kayla.

Nekane se rió entre dientes y el sonido produjo eco en el cuarto. Miek temblaba con cada sonido.

—Nekane, detente—dijo Lorrán. Anduvo delante del guerrero y fulminó con la mirada los ojos del dragón—. Y Kei, sé que me escuchas. Retírale. —Kei también había aprendido a quedarse presente cuando Nekane estaba en la forma física.

Esto lo hacía muy peligroso, el cuerpo del dragón y la mente de un humano.

—Déjale ir. Creo que ha aprendido su lección sobre acercarse a nuestra joven hija. Se giró. ¿Verdad? —Su sonrisa era suave, pero su tono no lo era. El hombre joven asintió con la cabeza—. Creo que debería marcharse. Otra vez él asintió con la cabeza. Y podría ser mejor si se buscara empleo en otra parte. Ella no tenía tiempo para vigilar a Nekane y Kei a cada minuto. Tan pronto como girara la espalda, encontrarían a Miek y volvería a amenazarle. Era difícil decir lo que podrían hacer, pero no quiso averiguarlo. Aunque hubieran sido capaces de abolir la mayor parte de las leyes que destierran a dragones, todavía existía el prejuicio contra los dragones. Ellos no tenían que alimentar el fuego. Todavía había tanto trabajo por hacer.

Usándola como un escudo, el guerrero se deslizó a lo largo de la pared hasta estar cerca de la puerta. Se estremeció cuando vio a los hermanos de Kayla en la puerta, esperando con los brazos cruzados.

Y luego se fue.

Lorrán se giró hacia su hija.

—Vamos a hablar sobre esto, señorita.

Kayla se sonrojó, pero asintió con la cabeza.

—Ahora idos, todos vosotros. Y cerrad la puerta con llave detrás de vosotros.

Las amenazas de Nekane podían haber sido fingidas, pero su cólera no lo era. Él merodeó alrededor del cuarto, ahora diminuto por su forma enorme.

Sus tres niños tenían una cantidad igual de sangre de dragón y humano. Nekane estaba igual de orgulloso y frustrado de verlos crecer como Kei. Parecían tener tres padres... y uno de ellos podía respirar fuego.

Cuando la puerta se cerró, Lorrán anduvo delante de Nekane.

—Te advertí que llegaría este día.

Demasiado joven. Ella es demasiado joven —la voz de Nekane se metió en sus pensamientos.

Le enviaremos a un convento —añadió Kei mentalmente, sumándose a la conversación.

—La dejarán crecer y ser una joven mujer normal. —*O al menos tan normal como una mujer mitad dragón/mitad humana podría ser.* Lorrán guardó aquel comentario para ella—. Hablaré con ella. Sólo extiende tus alas.

Sería mejor que sea todo lo que extiende.

—Kei...

¿Qué quería que hiciéramos? ¿Dejarle tenerla?

Nekane se sentó en sus ancas. La línea obstinada de la barbilla del dragón le dijo que él y Kei estaban de acuerdo. Ella no conseguiría atraer a ninguno a su lado.

—No, pero...

Entonces hicimos bien. Hemos acabado. Vamos a hacer el amor.

Una cosa sobre Nekane, él no había cambiado su modo de acabar una discusión. Parecía que el sexo era todavía la fuerza impulsora de su vida.

—No creo...

No. Discusión acabada. Puerta cerrada. Vamos a hacer el amor.

—Kei, yo...

Nekane volvió su cabeza y la lamió el cuello. Su cuerpo, acostumbrado durante veintidós años a su toque, se derritió. Aquella lengua ágil se deslizó dentro de su vestido y rozó la cumbre de sus pechos, alcanzando sus duros pezones.

—No hemos acabado con esta discusión —le advirtió ella.

Sí, por el momento.

La seductora sonrisita de Kei entró en su cabeza junto con el estruendo de Nekane. Los muchachos trabajaban juntos. Iba a ser una noche larga.

Todos los pensamientos de protesta desaparecieron. Ella desabotonó rápidamente su vestido y estuvo de pie ante su amor, desnuda y abierta para ellos. Lorrán se dejó caer al suelo. Nekane empujó su amplia nariz contra su carne humedecida. Su ronco gruñido retumbó por su cuerpo y vibró en su coño. Lorrán jadeó por la rápida sacudida del placer. Su lengua lamió sus piernas y se sumergió en su sexo, gruesa y llena, casi como una polla.

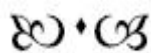
¿Bueno, eh? ¿Te gusta mi lengua en tu coño, mi amor? ¿Mi pareja?

—Sí. —ella no podía parar el gemido de la confirmación. Estaba abierta para ellos. La luz vaciló en los ojos del dragón. Kei y Nekane la amaban. Habían sido veintidós años y el toque de su lengua, la sensación de la erección de Kei nunca dejaban de excitarla. Dejó a Kei/Nekane probarla. Sabía la experiencia, que la esperaban unas largas horas.

Mi amor. Las palabras susurradas de Kei flotaron por su mente.

Mía. La palabra se filtrada por los gruñidos contentos de Nekane.

—Sí.



—No es justo. —Kayla hizo plaf en la escalera de piedra, entre sus hermanos—. Cada hombre del que me siento ligeramente atraída se escapa tan pronto como encuentra a Papá y si él no los espanta, lo hace Nekane. —Suspiró pesadamente y dijo con énfasis dramático—. Voy a morirme virgen.

Bren apoyo su barbilla en una mano y asintió con la cabeza.

—Conozco el sentimiento.

Rainek repitió el movimiento al otro lado.

—Yo, también —estuvo él de acuerdo.

—¿Vosotros?! —Kayla miró a sus hermanos—. Vosotros no podéis entender. Sois hombres. Tengo que esperar hasta que esté casada. Lamentablemente, nunca encontraré a nadie que quiera casarse conmigo debido a Papá. ¿Quién va a querer luchar contra un

dragón por mí? A causa de las restricciones de la sociedad y de ser la hija de un dragón, nunca tendré sexo.

—Uh, Kayla, estamos en el mismo barco que tú.

—Sólo peor —refunfuñó Bren.

—¿Cómo podría ser peor?

—Tenemos la sangre de dragón en nosotros —explicó Raineck. Justo como tú. Buscamos a nuestros compañeros.

—¿Y? —Kayla movió su cabeza—. Pueden probar hasta que hayan encontrado a sus parejas. Pero yo solo si encuentro a un guerrero complaciente para luchar contra un dragón.

Bren suspiró.

—Kayla, lo que Raineck trata de decirte, es... como el dragón está con nosotros desde el nacimiento, ya comenzó la búsqueda de nuestros parejas. No podemos tener sexo hasta que encontremos a la mujer que quiere el dragón. —Kayla negó con la cabeza, sin entender o sin creer completamente lo que acababa de oír—. Físicamente no podemos tener sexo hasta que encontremos a nuestras parejas —clarificó Bren.

—¿Se supone que no pueden...? —Bren asintió con la cabeza. Ella miró Raineck—. ¿Tú tampoco?

Él asintió.

—No pasa nada. Se parece a Papá con cualquier mujer además de Mamá. Ninguna respuesta física.

Kayla sonrió y no pudo parar la risa que comenzó salir de su garganta.

—De alguna manera me siento mejor sabiendo esto.

FIN